

Alfonso Gálvez

HOMILÍAS

New Jersey
U.S.A. - 2008

Homilías by Alfonso Gálvez. Copyright © 2008 by Shoreless Lake Press. American edition published with permission. All rights reserved. No part of this book may be reproduced, stored in retrieval system, or transmitted, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording or otherwise, without written permission of the Society of Jesus Christ the Priest, 52 West Somerset Street, Raritan, New Jersey 08869.

CATALOGING DATA

Author: Gálvez, Alfonso, 1932-

Title: Homilías

Library of Congress Control Number: 2008935038

ISBN-13: 978-0-9771592-4-6

**Published by
Shoreless Lake Press
52 West Somerset Street
Raritan, New Jersey 08869**

PRINTED IN THE UNITED STATES OF AMERICA

PROEMIO

El contenido de este librito es un pequeño conjunto de nueve homilias. Extraídas que han sido de un abultado número de ellas (unos cuantos miles) predicadas a lo largo de muchos años en diferentes lugares y en diversas circunstancias. No se ha seguido ningún criterio especial de selección para reunir las aquí, y únicamente se ha pretendido que sean contiguas en cuanto a la fecha y de las más recientes.¹ Abarcan el arco completo de todos los Domingos y Fiestas del ciclo Adviento–Navidad del período 2007-2008. Por lo tanto, desde el Domingo Primero de Adviento (2, Diciembre, 2007) hasta la Fiesta de la Sagrada Familia (13, Enero, 2008,²).

Dirigidas todas ellas a un público muy específico, singularmente jóvenes, no son ofrecidas aquí como modélicas. No lo son bajo ningún aspecto, ni tampoco pretenden serlo.

Pronunciadas, como es lógico, en lenguaje oral, nada ha sido añadido en ellas y nada ha sido suprimido. Mantenedas

¹Este Prólogo fue redactado en Julio del 2008.

²Según el antiguo Calendario Romano–Latino, restaurado en cuanto a su vigencia por Benedicto XVI.

intactas en todo lo esencial, sin modificaciones de ningún género, solamente han sido sometidas a lo que se podría llamar un *lavado de cara*. Hay que tener en cuenta que el lenguaje hablado no puede gozar de la precisión o la tersura de la palabra escrita. Cosa que únicamente podría ocurrir de la boca de los genios de la oratoria que en el mundo han sido; por más que nadie se atreverá a pretender que los *Sermonarios* de los Padres (San Agustín, San Juan Crisóstomo, San Gregorio de Nisa, San Bernardo, por citar algunos) fueron pronunciados tal y como han llegado hasta nosotros. La limpieza o *lavado de cara* al que han sido sometidas ha consistido, simplemente, en unas cuantas depuraciones de estilo con el fin de adaptarse en lo posible a las exigencias de la sintaxis: suprimir repeticiones, *enderezar* la gramática en algunos lugares (casi siempre levemente), evitar alguna expresión demasiado sonora solamente admisible en el lenguaje hablado, etc. En cuanto a los textos bíblicos, como podrá comprobar el lector dotado de suficiente paciencia para ello, están citados de memoria; y así es como se han dejado, salvo alguna que otra corrección en los signos ortográficos. De todas formas, y a pesar de tales pequeños arreglos, se supone que han conservado la espontaneidad y la transparencia del lenguaje hablado, siempre tan distinto del escrito. Lo cual hará que parezcan demasiado sencillas; aunque debe tenerse en cuenta, sin embargo, que una homilía no es un ensayo, ni una conferencia, ni tampoco una clase de Teo-

logía. Si alguien se adentra en su lectura, seguramente estará de acuerdo en que se van desgranando en ellas las verdades más profundas de la Fe expuestas de un modo asequible, e incluso entretenido, al público al que van dirigidas.

Lo que sí contienen estas homilias es una total sinceridad y un profundo cariño. Será inútil buscar en ellas los acostumbrados tópicos, logomaquias o palabras huecas. Y en este sentido es probable que su contenido suene para algunos de manera extraña, acostumbrados como están a tantas prédicas de pura cháchara, faltas de sinceridad, repetidoras de tópicos hasta el aburrimiento y, lo que es más doloroso, *faltas de Espíritu*.

La homilía es mucho más importante de lo que a menudo se piensa, por lo que merecería un especial cuidado del que a menudo se ve privada. Como parte de la Misa, si acaso reúne las condiciones debidas, parece obrar algo así como *ex opere operato*, o provista de una fuerza especial. De todos modos, es evidente que una exhortación fuera de la Misa no posee la capacidad de impacto propia de la homilía.

La cual ha de fundamentarse sobre la base de la virtud propia de la Palabra de Dios: *La palabra de Dios es viva y eficaz, más cortante que una espada de doble filo: penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las articulaciones y de la médula, y descubre los sentimientos y pensamientos del corazón.*³

³Heb 4:12.

Pero la *Palabra de Dios* no es el único elemento a considerar en la homilía. Hay que tener en cuenta también a la persona del *predicador*, junto a las *disposiciones* necesarias que ha de reunir para que la semilla produzca fruto. Veámoslas separadamente.

Y lo primero que requiere la Palabra de Dios es ser efectivamente *la Palabra de Dios*. Algo así como si el principio de identidad reivindicara sus derechos.

A nadie tiene porqué extrañar esta afirmación. Todo lo contrario. Puesto que lo normal —lo absolutamente normal— es que se intente hacer pasar por predicación cristiana algo que nada, o casi nada, tiene que ver con la Palabra de Dios. Son muchos los cristianos de buena voluntad para los que ha transcurrido su vida entera sin apenas haberla escuchado. O sin haberla escuchado jamás.

Sobre todo desde que comenzó la gran irrupción de horizontalismo en la Iglesia, o desde que la teología modernista tomó las riendas de la Catequética a partir de los tiempos del Concilio Vaticano II, los que habían de predicar los principios del Evangelio pensaron que era más urgente y necesario predicar los del Mundo. No es ninguna exageración. Fueron los tiempos en los que la Teología comenzó a ser sustituida por la Antropología. El Hombre comenzó a pensar, siguiendo las doctrinas de raigambre idealista, que no era preciso esperar a ningún Paraíso extramundano y que bastaba con edificar el

único posible aquí y ahora. La gran masa de la Humanidad ofreció poca resistencia a la idea, e incluso pareció aceptarla con entusiasmo. En cuanto a los posibles baluartes de resistencia, por parte del Magisterio de la Iglesia, en ningún momento significaron una barrera infranqueable. Por lo que respecta a la predicación, se cumplió al pie de la letra lo dicho por el Evangelista San Juan: *Ellos son del mundo; por eso hablan según el mundo, y el mundo los escucha.*⁴ No hace falta decir que los que antes hemos llamado *principios del Mundo* no fueron etiquetados con este nombre, sino que fueron presentados con el ropaje de doctrinas llamativas y exigencias propias de una Nueva Era: derechos humanos, democracia, solidaridad, compromiso con los marginados, diálogo, el problema ecológico,⁵ los de orden sociológico-político, etc., etc. Hubiera sido inútil —de hecho lo fue— recordar a unos y otros la enseñanza de San Pablo: *Todo eso acaba en la corrupción, a base de usarlo según los preceptos y enseñanzas de los hombres.*⁶ Pero ya el mismo Jesucristo había avisado, recordando a Isaías, acerca de la inanidad de tales doctrinas; en definitiva, las propagadas ahora por los nuevos vientos del modernismo

⁴1 Jn 4:5.

⁵El tópico *ecología* es posterior y pertenece a una época más actual. Surge cuando ya parecen haber consumido su energía los de orden sociológico-político.

⁶Col 2:22.

que soplan en la Iglesia: *Inútilmente me dan culto, mientras enseñan doctrinas que son preceptos humanos.*⁷

Simplificando las cosas en lo posible, vamos a enumerar las diversas etapas transcurridas con respecto al modo de predicación en la Iglesia. Aunque lo que más interesa ahora es referirse al momento actual: concretamente al período que abarca el siglo pasado y lo transcurrido del presente. Bien entendido que *simplificar las cosas* no significa modificar la verdad en lo más mínimo. Lo que se dice a continuación no ha llegado hasta el autor de este escrito a través de fuentes documentales o testimonios orales; sino muy al contrario, puesto que se trata de *vivencias propias* experimentadas en el transcurso de una larga vida sacerdotal pastoral. Y por supuesto limitadas al ámbito del país en el que principalmente ha transcurrido casi toda su existencia (España). Para el autor no se trata de hechos de los que haya oído hablar o recibido información, sino de realidades experimentadas a lo largo de su propia vida.

Hasta el comienzo de la década de los sesenta del siglo pasado, más o menos, la predicación poseía un carácter rimbombante y gerundesco.⁸ Era la época de los *predicadores famosos* y de los *sermones de campanillas*. Aún no se había

⁷Mc 7:7.

⁸La *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, Alias Zotes*, del P. Isla (1702–1783), es una bien fundada sátira de la predicación en su tiempo. El libro tuvo amplia difusión en toda Europa.

difundido la televisión, la fe del pueblo sencillo era firme, y la gente encontraba fácilmente tiempo para asistir a funciones litúrgicas de larga duración y oír sermones demasiado prolongados. Como ya hemos dicho en algún otro lugar, en la época de la *oratoria sagrada* a la que nos referimos abundaba más la oratoria que lo sagrado. Existían abundantes libros de sermonarios (Palabra de Dios enlatada) para ayuda de los predicadores; en los que no había que hacer otra cosa sino elegir, aprender alguno de los discursos *prefabricados* y *soltarlos* en su momento. Algunos, sin embargo, como le ocurría al mismo Fray Gerundio, se creían lo bastante eruditos para fabricar lo que ahora se llamaría *su propio rollo*. El cual consistía, casi siempre, en llevar a cabo el milagro de hablar, durante un buen espacio de tiempo, sin decir absolutamente nada. Y aunque esto suponga adelantar algo de lo que se dirá después, ya puede verse que aquí no existen, ni de lejos, las condiciones que ha de reunir una buena predicación. De todas formas —justo es señalarlo— aquellos predicadores eran gente de fe, como era también el Pueblo que los escuchaba. De ahí que pueda decirse que la falta de base sólida (tanto teológica como escriturística) en la predicación, no hacía demasiado daño, como no fuera el de privar a los fieles de bienes mayores.

Con el final de la época *gerundesca* comienza una nueva etapa en la predicación. Desaparecen definitivamente los ser-

mones campanudos y hace su entrada solemne en la Pastoral la *predicación rabiosa*. A la que podemos llamar así por el fuerte elemento de *protesta airada* que solía acompañar a su carácter político marxistizante.

Comenzaba a dar sus frutos —y abundantemente— la infiltración marxista y masónica llevada a cabo en los seminarios. Mucho facilitó las cosas el procedimiento utilizado por el Vaticano mediante el nombramiento de los llamados *Obispos Auxiliares*. Los años del franquismo iniciaban en España su recta final y con ella su debilitamiento. Pero aún existía el *derecho de presentación de Obispos*, al que el Gobierno no había querido renunciar. El recurso a los Obispos Auxiliares (a los que no afectaba ese derecho del Estado), elegidos todos ellos de tinte político marxistizante, fue un intento efectivo para derribar al Régimen.⁹

La *predicación rabiosa* no encontró obstáculos en su tarea. Cualquier sacerdote con cargo pastoral (como es lógico, especialmente los jóvenes en su casi totalidad) se creyeron obligados a subir al tren del *progreso* y hacer la guerra al Ré-

⁹Desconocemos los motivos que pudieron alentar al Vaticano a contribuir a derribar al Régimen de Franco. Pero si lo que se pretendía era ayudar a introducir la *democracia* en España, resulta difícil explicar la misión de la Iglesia en tal cometido. Lo que sucedió en años posteriores, y el papel desempeñado en todo el asunto por los Obispos Auxiliares en la Iglesia Española, queda, como tantas cosas, para el juicio de la Historia.

gimen. El Dictador era siempre el Malo de la película —más bien el *Supermalo*—, y era preciso volver cuanto antes al sistema de los derechos humanos y de las libertades. Todo ello envuelto bajo la bandera de la democracia y en contra del totalitarismo y la dictadura. Los Obispos Titulares, más o menos asustados o influidos por el arrollador ambiente, o no tomaron cartas en el asunto, o bien secundaron las corrientes del momento. Y como todo parece indicar que, no pocas veces, la Historia tiene a gala burlarse de los hombres, al final (con su culminación en la primera década del siglo XXI) todo vino a desembocar en la verdadera privación y negación de los derechos humanos y de las libertades. Cosa que tuvo lugar definitivamente bajo el Gobierno Socialista, de carácter enteramente masónico y marxista.

Por supuesto que aquí no interesa la consideración política de tales sucesos, la cual queda para la Historia y no es de este lugar. Aunque sí que cabe anotar ahora el grave daño infligido al Pueblo cristiano con tal especie de predicación. La Palabra de Dios fue enteramente marginada por el momento. Mientras que Marx y sus seguidores ocuparon los púlpitos y desterraron el Evangelio, junto con las doctrinas de los Padres y del auténtico Magisterio. Comenzaba ya por entonces la gran crisis sacerdotal y la involución hacia una Iglesia antropocéntrica en vez de teocéntrica. Y los vientos modernistas que siguieron al Concilio Vaticano II agravaron aún más la situación.

La última etapa en la evolución de la predicación, en la que nos encontramos ahora totalmente inmersos (primera década del siglo XXI), coincide en su aparición con el comienzo de la nueva era de los tiempos del Vaticano II. De nuevo también aproximadamente. Desaparecido en España el Dictador e implantada la nueva Constitución, y una vez caído oficialmente el marxismo,¹⁰ la *predicación rabiosa* ya no tenía razón de ser. Comienza ahora la etapa actual, a la que podríamos llamar con justo título la de la *predicación inane*.

La cual consiste en el delicado arte de *hablar sin decir nada*.¹¹ Sin embargo, la nota dominante de esta etapa es más bien la *supresión* en la predicación de todo elemento sobrenatural. Las razones aducidas por los Pastores suelen fundamentarse casi siempre en referencias humanas. El aborto o la eutanasia, por ejemplo, son ilícitos *porque se oponen a la Constitución*; el reconocimiento de los *derechos* de los homosexuales, en todo caso *debiera estar bien regulado por la Ley*; el uso de los anticonceptivos puede ser aceptado como el *único remedio efectivo contra el sida*, etc. Las ideas de la *tolerancia* y el *diálogo* se han difundido y han sido aceptadas como los

¹⁰Es un decir. La Caída del Muro de Berlín dista mucho de haber acabado con el comunismo en Europa, en cuanto que su influencia sigue tan vigente como siempre. Lo mismo puede decirse con respecto a la *Teología de la Liberación*.

¹¹Fue Capmany en España quien consagró la expresión *lenguaje episcopal*.

nuevos dogmas de fe. Puede decirse que ha triunfado plenamente el concepto masónico acerca del Hombre como único Dios del Universo, impuesto de grado o por fuerza en todos los ámbitos sociales (y especialmente en el de la enseñanza) por un Gobierno que no oculta su carácter.

Así que lo primero a considerar, si acaso quiere hacerse una buena homilía (o predicación en general), es que tome como base la Palabra de Dios. La verdadera, por supuesto, y no la inventada por los hombres. Sin complejos, sin tratar de no ofender al Sistema y sin preocuparse por las posibles reacciones opuestas: *No me avergüenzo del Evangelio, porque es una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree, del judío en primer lugar y también del griego.*¹² Y en otro lugar añade el Apóstol: *Nosotros nos abstuvimos de disimulos vergonzosos, no procediendo con astucia ni falsificando la palabra de Dios.*¹³

Pero la Palabra de Dios resultaría ineficaz sin la persona del apóstol (enviado) para difundirla: *¿Cómo invocarán a Aquél en quien no creyeron? ¿O cómo creerán, si no oyeron hablar de Él? ¿Y cómo oirán sin alguien que predique? ¿Y cómo predicarán si no hay enviados?*¹⁴ De ahí la fundamental necesidad del predicador, pues el Espíritu (en realidad el úni-

¹²Ro 1:16.

¹³2 Cor 4:2.

¹⁴Ro 10: 14-15.

co Maestro de las almas) no suele actuar sin el instrumento del intermediario.

Presencia del intermediario que a su vez sería inútil si carece de las debidas disposiciones. Y, si bien es cierto que el Espíritu puede actuar incluso a través de la burra de Balaam (Nu 22), ordinariamente no lo hace sino por medio de alguien que haya *aprendido* de Él. Puesto que la misión del apóstol consiste en trasladar a los hombres la Palabra de Dios (Mt 28:20; Jn 17:20; Heb 5:1; *passim*), tal cometido se hace imposible sin haberla oído y entendido previamente. Por eso advertía San Pablo a los Corintios: *Enseñamos estas cosas no con palabras aprendidas por sabiduría humana, sino con palabras aprendidas del Espíritu, expresando las cosas espirituales con palabras espirituales*.¹⁵

Por otra parte, la Palabra de Dios (expresada definitivamente en el Nuevo Testamento, con la Revelación llevada a cabo por Jesucristo) contempla los problemas de los hombres de todos los tiempos, así como las soluciones pertinentes para resolverlos desde el punto de vista de la Fe, el cual, en último término, es el único verdadero y efectivo. Pero la auténtica profundidad de los problemas humanos, así como el medio de solucionarlos, solamente son conocidos por aquéllos que aprenden del Espíritu (Jn 16:13; 1 Cor 2:14), único y exclusivo Maestro de la Verdad. De ahí que solamente sea capaz de

¹⁵1 Cor 2:13; cf 1:17.

verdadera predicación el apóstol que sea hombre de oración (*contemplata aliis tradere*). Sin la gracia de Dios y la labor del Espíritu por medio, toda predicación es tan inútil como la lluvia caída en medio del desierto.

Ésa es la razón de la ineficacia de muchas homilías y de la predicación en general. El pretendido apóstol no logra *aterri-
zar* en los problemas de los hombres que lo rodean, mientras que los fieles, por eso mismo, *desconectan* la audición de sus palabras. De ese modo, mientras que el primero se encuentra enteramente ajeno a los verdaderos problemas, a los fieles tampoco les interesan sus palabras; las cuales *oyen*, pero no *escuchan*, de modo parecido a la impresión que producen las gotas de lluvia que caen sobre el tejado.

A lo que hay que añadir otros elementos bien conocidos que refuerzan la ineficacia de la predicación: el temor a las reacciones del Sistema, o de los medios de comunicación, o de todos aquéllos que, en general, podrían no estar de acuerdo con las verdades del Evangelio. También sucede a menudo que el predicador está más pendiente de auto promocionarse, en busca de posibles cargos de más relumbrón, que del bien de las almas que le han sido encomendadas. Así es como se ha desarrollado todo un Arte de logomaquias y palabras vacías que pone en moción lo que parecía imposible: la habilidad de hablar y hablar, o de escribir y escribir, *sin decir absolutamente nada*. Muchos fieles de buena voluntad se sentirían

enteramente imposibilitados, después de oír una homilía o de leer alguna Pastoral, de deducir de allí algo práctico o siquiera mínimamente interesante para la vida real. Tal vez no sería impropio recordar aquí la sentencia del Señor: *Os digo que de toda palabra vana —“omne verbum otiosum”— que hablen los hombres darán cuenta en el día del Juicio.*¹⁶ Verdaderamente, la era de la *predicación inane* se encuentra ahora en su pleno apogeo.

Sin embargo, la Palabra de Dios, cuando es verdaderamente Palabra de Dios, es algo absolutamente vivo y eficaz: como una espada de doble filo (Heb 4:12). Y según el mismo Señor, *las palabras que os he hablado son espíritu y son vida.*¹⁷ Por lo que, si son *vida*, solamente puede darse testimonio de ellas a través de la *vida*. Concretamente la de un apóstol que las haya incorporado a la suya, a partir de cuyo momento no tiene encomendada otra misión que la de transmitir las a los oyentes.

¹⁶Mt 12:36. Según San Pablo, citando al Sirácida, *cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón* (Ro 10:8). Ahora bien, ¿qué palabra eficaz puede proceder de un corazón vacío?

¹⁷Jn 6:63.

PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO

(2, Diciembre, 2007)

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: —Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y sobre la tierra angustia de las gentes, consternadas por el estruendo del mar y de las olas; y los hombres perderán el aliento a causa del terror y de la ansiedad que sobrevendrán al mundo. Porque las potestades de los cielos se conmoverán. Entonces verán al Hijo del Hombre que viene sobre una nube con gran poder y gloria.

Cuando comiencen a suceder estas cosas, levantaos y alzad la cabeza, porque se aproxima vuestra redención.

Y les dijo una parábola: —Observad la higuera y todos los árboles: cuando ya echan brotes sabéis que ya está cerca el verano. Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el Reino de Dios. En verdad os digo que no pasará esta generación sin que todo se cumpla. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

(Lc 21: 25—33)

Antes de cernerse sobre la Cristiandad esta Edad oscura y tenebrosa en la que estamos inmersos, el tiempo de Adviento era un tiempo de gozo, de intensa alegría, de preparación y disposición, que transcurría con enorme felicidad para todos. Se trataba de esperar la llegada de Alguien muy deseado y amado, la cual iba a producirse precisamente en el tiempo de Navidad. Prepararse para un acontecimiento feliz es también otro acontecimiento, el cual, ya de antemano, llenaba al Pueblo cristiano de gozo y de alegría. Vosotros no podéis imaginar, puesto que no habíais nacido, la ilusión que rebosaba en el corazón de la gente en este tiempo de Adviento ante el acontecimiento, ya próximo, de la Navidad. Pero así era.

El tiempo de Adviento, exteriorizado simbólicamente en la Liturgia por medio del color morado, era entonces un tiempo penitencial, tal como sucede en todos los tiempos de preparación que establece la Iglesia. Así ocurre igualmente con la Cuaresma con respecto a la Pascua de Resurrección, en la que se conmemora nuestra propia redención y glorificación; pues nada mejor que el ayuno, la abstinencia, el sacrificio y la mortificación para prepararse a celebrar un gran evento en el Calendario Litúrgico de la Iglesia. En definitiva, para la celebración de cualquier Misterio que nos induzca a participar en la Muerte de Cristo, a fin de tomar parte después más inten-

samente en la gloria de su Resurrección. De manera que este tiempo de Adviento, pese a que la gente se preparaba con sacrificios para celebrar luego el maravilloso acontecimiento de la Navidad, lejos de considerarse como un Tiempo de carácter negativo, era entendido más bien como positivo y luminoso. Era realmente un Tiempo en el que la gente contaba con ilusión los días que faltaban para la fiesta de la Navidad.

Claro está que entonces se vivía sinceramente el ansia ante la espera del que iba a venir: un Ser muy amado y muy querido. Pues en el pueblo cristiano había fe. También había pecados y pecadores —siempre los ha habido—, aunque el sentimiento general era de fe y de amor al Señor. Ya sabéis que espera quien ama. Y siempre se espera con ansiedad a una persona a la que se ama profundamente. Si no se ama a alguien, o bien no se le espera, o se le espera con indiferencia, pensando que ya llegará. Pero si de verdad se le ama y, por lo tanto, se le echa de menos; si se siente la nostalgia de su ausencia. . . , es entonces cuando se le espera con ansiedad aguardando el momento del encuentro. En este sentido, bien puede decirse que la esperanza se identifica con el cariño. Así pues, espera quien ama; y quien ama profundamente, cuando ocurre la ausencia de la persona amada, siente la nostalgia pertinente y espera con ansiedad. Por eso digo que amar y esperar vienen a ser la misma cosa, que es lo mismo que afirmar que la virtud de la esperanza se identifica con la virtud de la

caridad. De manera que el momento de aguardar, llegado este tiempo de Adviento, era la ocasión para intensificar el amor: para esperar a la persona amada con más ansiedad y con más cariño; si acaso era posible todavía aumentar en él.

Así que la Alegría perfecta, la que Él nos prometió en la noche de la Última Cena junto a la promesa de que nadie nos la podría arrebatar, es el fruto directo y primero del gozo, de la esperanza y del amor. Sabéis que el primer fruto que produce el Espíritu Santo en nuestra alma es el Amor, seguido del Gozo o la Alegría. Por eso este Tiempo era tiempo de alegría y de ilusión, aunque realmente experimentadas y vividas, por más que vosotros no lo hayáis conocido así. Como el amor es lo que da sentido a la existencia del ser humano —pues el ser humano ha sido hecho por el Amor y para el Amor—, si ese objetivo se pierde como Norte de orientación, desaparece el significado de la existencia: de la Poesía se pasa a la Prosa, del Tecnicolor al Blanco y negro y de la Alegría perfecta al Vacío del alma. ¿Qué tiene de extraño que nuestro mundo —incluidos muchos cristianos— no sepa saborear el sentido del Adviento ni signifique nada para él? Pues es bien cierto que el Mundo de hoy ha perdido el sentido del Amor: la estrella que lo conducía hasta su objetivo final y que no es otro sino Dios.

El pueblo cristiano, más o menos culpablemente, ha dejado de amar y de esperar. Ha olvidado a Dios y vive vacío,

sintiendo la angustia de la amargura y de la desesperación. Y digo *más o menos culpablemente* porque en realidad todo el mundo busca llenar su corazón con las cosas que el mundo ofrece. Las cuales no hacen otra cosa que aumentar el vacío y la amargura que existen en las almas.

Mientras que la actitud de la espera, por el contrario, cuando se refiere al ser querido y amado que es Jesús, es causa de una bendita ansiedad. Y es entonces cuando se entienden las palabras del apóstol San Pablo cuando decía: *Porque para mí la vida es Cristo y la muerte ganancia*. Para él su vida era Cristo, mientras que la muerte, o el encuentro definitivo con Él, era una ganancia. El sentido de la existencia cristiana se ha perdido en el mundo de hoy. Por lo que es urgente y necesario que en un mundo descreído, que ha renegado de Dios y que ha dejado de esperar porque ha dejado de amar, viváis intensamente vuestra fe. Pues aumentar vuestra fe supondría aumentar vuestra esperanza y vuestra caridad: las tres virtudes teológicas, que hoy la Iglesia está necesitando con tanto apremio dada la crisis en la que se encuentra. De la cual no la van a salvar los expertos, ni los teólogos, ni sus propios Pastores, sino solamente los santos.

Pero hemos dicho antes que, aunque pase desapercibido para los cristianos de hoy, el Tiempo de Adviento que ahora comenzamos no es un Tiempo litúrgico como otro cualquiera. Ni siquiera es tan sólo, como ocurría ordinariamente para los

antiguos, un tiempo de preparación o de mortificación; negativo en cierto sentido (pues todo lo que tiene sentido de sacrificio nos parece así), sino que es en realidad un Tiempo de Alegría: pues viene Él, y su venida es inminente: *El que era, el que es, el que ha de llegar... He aquí que vengo pronto.*

Cuando el *Cantar de los Cantares* nos habla de la llegada del Esposo lo hace con voces de júbilo: *¡La voz de mi amado!* —dice la esposa— *¡Vedle que llega, saltando por los montes, triscando por los collados!* Porque, si bien la esposa espera con impaciencia al Esposo, es el Esposo quien siente aún más impaciencia por encontrarse con la esposa. ¿Cuántas veces hemos dicho que el amor es mutuo y recíproco? El Señor llega a nuestro lado con más ansiedad por su parte que la que nosotros experimentamos cuando lo esperamos. Él está impaciente por llegar y nosotros porque llegue, aunque Él siente más ansiedad que nosotros. Y por eso exclama, según se dice en el Apocalipsis: *He aquí que estoy a la puerta y llamo; si alguno escucha mi voz y me abre, entraré en su casa y cenaré con él, y él conmigo.* Esta increpación, que yo he leído siempre con emoción, va dirigida en realidad a cada uno de nosotros. Es la llamada a la puerta de nuestro corazón, la misma con la que se nos invita a la santidad, al amor perfecto, a la generosidad total, al heroísmo completo, a la confianza y a la fe absolutas en Él. Llamada que Él nos está haciendo, no digo simplemente ahora, sino cada día y en cada momento. *He aquí que estoy*

a la puerta y llamo; si alguno (condicional) escucha mi voz y me abre... (sabe bien el Señor que no todos tienen el mismo corazón, ni la misma generosidad, y ni siquiera aman de la misma manera), *si alguno oye mi voz y me abre, entraré en su casa y cenaré con él, y él conmigo.*

Nosotros le esperamos, y Él por su parte también nos espera pero con mayor impaciencia. De ahí el sentido dinámico, positivo, sublime, maravilloso y bello del Tiempo de Adviento. Como expresaba aquella sencilla estrofa que yo compuse para vosotros; en la que decía el Esposo:

*Amada, yo he buscado
de mi huerto de azahares el sendero,
y, luego, te he esperado
detrás del limonero
a ver si te encontraba yo primero.*

Te estaba esperando y tú me esperabas, dice el Señor; aunque era Yo quien con más impaciencia te aguardaba.

El Papa acaba de publicar una Encíclica sobre la virtud de la esperanza. La importante virtud que aporta a nuestra vida tanta fuerza como para ser capaz de darle sentido. Porque también existen los que nada esperan: aquéllos que viven en la atonía de una vida gris, sin sentido, sin orientación, sin amor... ¡y sin nada!

Dice el Evangelio que, cuando el Padre de familias salió a contratar obreros para su viña, lo hizo a diversas horas: muy temprano, a última hora de la mañana, hacia el mediodía y a las primeras horas de la tarde. Ya casi declinando el día, encontró algunos obreros que estaban todavía en la plaza, y les preguntó: *¿Por qué estáis ahí todo el día ociosos?* Y ellos le respondieron: *Porque nadie nos ha contratado.* Y efectivamente; pues hay en el mundo demasiada gente cruzada de brazos, ociosa y sin esperar nada porque nadie les ha dicho nada: con su vida sin sentido y enteramente vacía. El Padre de familias de la parábola los mandó a trabajar a su viña; tal como haréis vosotros dentro de pocos años. A saber: despertaréis a mucha gente y los enviaréis a trabajar a la viña del Señor; a fin de que den sentido a su vida, recobren el sentido de su existencia y de este modo también la Alegría perfecta. La Alegría que nos había prometido Jesús en la noche de la Última Cena. Pues es sumamente doloroso vivir sin esperanza, sin sentido de la existencia, sin ilusión y sin saber dónde encaminarse...

Muchas veces os he hablado de la actitud del ciego de Jericó: aquél que estaba pidiendo limosna a la vera del camino y oía a la gente que pasaba de acá para allá, en una y otra dirección; andando unos y corriendo otros, más apresurados algunos y otros más tranquilos. Mientras que él no podía moverse de allí, porque era ciego... Hasta que un día

oyó un gran tumulto y preguntó quién llegaba. Le dijeron que se aproximaba Jesús el Nazareno. Y entonces comprendió la miseria de su situación: estar a la vera de un camino, al fin y al cabo hecho para caminar, para ir a lugares lejanos y desconocidos. . . , y sin embargo él no podía moverse. Pues bien; tengamos cuidado. No vaya a suceder que también nosotros nos encontremos a la vera de un camino y sin poder transitar por él.

La intensidad de nuestro amor, la profundidad de nuestro corazón y el sentido de nuestra vida se miden por la magnitud de nuestra esperanza: ¿Qué esperamos. . . ? ¿A quién esperamos. . . ? ¿Con qué ilusión y con cuánta nostalgia esperamos. . . ? Pues bien; en la medida en que esperemos a Jesús, en que lo echemos de menos, en que sintamos la nostalgia de su ausencia y el deseo de su presencia. . . , en esa misma medida se revelará el sentido y la hondura de nuestra existencia.

Sí; efectivamente. Los obreros ociosos estaban desperdiçando su gran oportunidad. Pero es que, además de los que estaban allí, cruzados de brazos todo el día porque nadie los había contratado, se encuentran también los que nada esperan porque se sienten decepcionados: ¡Ay de los decepcionados! Recordad a los discípulos que iban camino de Emaús. De repente se les une un caminante y les pregunta de qué iban hablando:

—*¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no se ha enterado de lo que pasó estos días en la ciudad? . . . Lo de Jesús*

de Nazaret... Nosotros esperábamos que fuera él el que iba a liberar a Israel; pero a todo esto, he aquí que éste es el tercer día desde que pasó todo... ¿Es que no conoces tú los sucesos ocurridos? Jesús el Nazareno, del que nosotros esperábamos que iba a ser el Mesías y ha sido causa para nosotros de un gran desengaño.

Esta mañana he tenido ocasión de leer en la Prensa algunos comentarios de muy mala fe. Especulaban sobre la última Encíclica del Papa, asegurando tranquilamente que la Encíclica, cuyo tema como sabéis es la esperanza, ha sido publicada para intentar convencer a los incrédulos y apuntalar la falta de fe de los católicos. De los cuales dichos no hay que extrañarse demasiado. Son propios de los decepcionados, de los desengañados, de los amargados, de los angustiados, de los que no tienen norte ni guía y ni siquiera saben para qué viven ni para qué fueron creados: el hombre es, según ellos, un ser para la nada o para la muerte. La gran verdad es que han pasado por la vida sin haberla conocido y sin haber gozado de su sentido.

Con frecuencia hemos recordado la parábola de las diez vírgenes que esperaban la llegada del Esposo. Según el Evangelio, como el Esposo tardaba en llegar, *les entró sueño a todas y se durmieron*. O sea, que se durmieron igualmente, tanto las prudentes, que habían preparado el aceite para las lámparas, como las necias, que no se habían tomado la molestia de pro-

curarlo: *Y hacia la medianoche se escuchó un clamoreo: ¡Ya está ahí el esposo; salid a su encuentro!* Reconozco que a mí siempre me produjo extrañeza la circunstancia de que fueron todas las que se quedaron dormidas, tanto las necias como las prudentes. Ahora bien, ¿cómo es posible que esto le ocurriera a las prudentes, que además estaban preparadas y habían tomado las medidas convenientes para el momento de la llegada del Esposo? Sin embargo es lo cierto que también se descuidaron e igualmente se durmieron.

Aunque para todo puede encontrarse una cierta explicación. Pues es verdad que, por más que vivamos en la nostalgia de la ausencia del Señor y en la esperanza de su regreso; por más que deseemos ardientemente que tenga lugar nuestro encuentro con Él; por más que sintamos el deseo de ser santos... , es lo cierto que somos seres humanos. Y por lo tanto, débiles. Vivimos todavía itinerantes en el mundo y formamos parte de la Iglesia militante. Nuestro amor no es todavía perfecto. Permanecemos en el *todavía no*, sin haber llegado al *ya*, puesto que aún no estamos en la Patria. De ahí que, tanto nuestro amor como nuestra esperanza, sigan experimentando altibajos y eventualidades. Por eso habremos de pasar por momentos en los que nos sentiremos más tibios, menos ilusionados y con menos nostalgia con respecto al Señor. Aunque llegará un día, al final de nuestro peregrinaje, en el que *llegado lo perfecto desaparecerá lo imperfecto*, en el *ya* de la Patria, *cuando conoceremos como somos conocidos*.

Sin embargo, y tal como nos lo cuenta el *Cantar de los Cantares*, notad cómo el Esposo llega buscando a la esposa con profunda ansiedad, *saltando por los montes y brincando por los collados*. ¿Cuándo nos convenceremos que el Señor nos busca con inquietud, y que por mucho que nosotros deseemos amarlo, Él nos ama más? Incluso cuando somos pecadores o cuando, dejándonos engañar por el Enemigo, llegamos a pensar que Él ya no nos ama.

*¡Helo aquí que viene saltando por las montañas,
brincando por las colinas!*

Y se dirige a nosotros:

*¡Ábreme hermana mía, amada mía
mi paloma, mi pura;
pues está mi cabeza llena de rocío,
mis quedejas del sereno de la noche!*

A todo lo cual contesta la esposa:

*Me he despojado de mi túnica,
¿cómo volver a vestirme?*

Observad los numerosos imponderables que ha de afrontar un amor que se encuentra en el *todavía no*. ¡Cuántas veces demoramos el momento de abrirle la puerta al Señor, aplazando nuestra entrega para un mañana que nunca se hace presente! Todos lo hacemos así. *¿Cómo voy a abrirte si ya me he quitado la túnica? Ya no puedo abrirte...* Y sin embargo Él viene con redoblada impaciencia y el más intenso deseo de estar junto a nosotros.

Pero nosotros, en medio de tantos imponderables y tantos desfallecimientos, nos mantenemos en la esperanza. Hemos mencionado antes a los que esperaban con los brazos cruzados porque, según ellos, *nadie los había contratado*; cuando la realidad era que no esperaban. También nos hemos referido a los escépticos e incrédulos, que nada esperan porque en nada creen y no saben amar; ni siquiera a sí mismos. Pero también están, y entre ellos podemos contarnos nosotros, los que esperan contra toda esperanza, como decía San Pablo. Lo cual —esperar contra toda esperanza— significa longanimidad y fortaleza de alma. Virtudes que necesitamos desde el momento en que vivimos en un mundo —y vosotros os vais a ver sumergidos en él y más enteramente después de mí— en el que es necesario esperar contra toda esperanza: triunfan los malos y son perseguidos los buenos; vence la mentira y reina por todas partes el engaño. Mientras que los buenos, o los que tendrían que ser tales, solamente muestran cobardía, complejos de inferioridad y silencios culpables.

Me imagino a algunos Cardenales —y aludo a las noticias de los periódicos— cenando en la Embajada Española en Roma, con asistencia de la señora Vicepresidenta del Gobierno y escuchando y pronunciando discursos. Todo el mundo sabe que tal señora es atea militante y bastante descreída. Y aquí es donde se formula mi pregunta: ¿Qué clase de discursos han de escuchar y de pronunciar los Cardenales ante una señora semejante, en un ambiente además de total incredulidad? ¿Cómo se le puede prometer a esta gente que la Iglesia y el Estado van a trabajar juntos, puesto que ambos están dispuestos a colaborar? Yo solamente veo que el Estado trabaja con respecto a la Iglesia; aunque no precisamente a su favor. Y en cuanto a la labor de la Jerarquía al respecto, apenas si la contemplo por ninguna parte.

Vivimos en un mundo que necesita de hombres capaces de esperar contra toda esperanza. Pues, cuando fallan las esperanzas y las expectativas humanas, es que ha llegado el momento de poner la confianza en Jesucristo. Por lo tanto, aquí están vuestro momento y vuestra hora.

Pero volvamos de nuevo al Evangelio. Recordad el pasaje del paralítico en la piscina de Siloé. Treinta y ocho años esperando para introducirse en el agua, después de que hubiera sido removida por el Ángel. Pues sólo se curaba quien, después de ese momento, entraba el primero en ella. Lo habéis oído: ¡Treinta y ocho años fracasando en el intento! Y sin

embargo el infeliz seguía esperando, sin ninguna expectativa de poder entrar en el agua el primero; pues era paralítico y vivía en el colmo de la miseria. No tenía a nadie para pagarle y lo introdujera en el agua; antes de que otro lo hiciera entre la multitud que allí se encontraba. Y entonces pasa Jesús y le pregunta: *¿Quieres ser curado?... Señor, no tengo uno que me eche al estanque cuando burbujea el agua; y mientras que yo voy, baja otro antes que yo.* Así que treinta y ocho años esperando, al parecer sin posibilidad alguna, y no obstante seguir creyendo en una curación... que alcanzó al fin: *Levántate*, le dijo Jesús, *toma tu camastro y anda.*

He ahí la esperanza que habréis de vivir vosotros. La que os dotará de un corazón anhelante y ardiente, todo de Jesucristo. La que os conducirá a amarlo de verdad, como tantas veces hemos prometido y deseado hacer:

*Me he levantado para abrir a mi amado...
pero mi amado se había ido, desaparecido.*

Así decía la esposa del Cantar de los Cantares. Para añadir luego:

*Pero si halláis a mi amado,
¿qué le habéis de anunciar?
¡Que desfallezco de amor!*

Justamente es ésa la que habrá de ser vuestra actitud. Desfallecer de amor. Por eso la Biblia termina con aquellas frases sublimes que son quizá lo más bello que jamás se haya escrito en el mundo: *Y el Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven! . . . Y el que tiene sed, venga: el que quiera, tome gratis el agua de la vida. . . He aquí que vengo pronto.*

En un mundo descreído y paganizado, en el que incluso tantos Jerarcas de la Iglesia parecen haber abandonado a Dios por las cosas de este mundo, vosotros, que desfallecéis de amor y esperáis a Jesús con ansiedad, que estáis convencidos además de su próxima llegada, recordad que Él dijo: *Vengo pronto.* Y así será.

Entonces esta Iglesia, ahora en crisis —la mayor de su historia—, que lucha en medio de un mundo paganizado y enemigo de Dios, serán convertidos y renovados, el uno y la otra, a causa de vuestra fe y de vuestra esperanza. Las cuales no serán sino el fruto y el resultado de un Amor perfecto y total.

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO

(9, Diciembre, 2007)

Entretanto Juan, que en la cárcel había tenido noticia de las obras de Cristo, envió a preguntarle por mediación de sus discípulos:

—¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro?

Y Jesús les respondió:

—Id y anunciadle a Juan lo que estáis viendo y oyendo: “los ciegos ven” y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y “a los pobres se les anuncia el Evangelio”. Y bienaventurado el que no se escandalice de mí.

Cuando ellos se fueron, Jesús se puso a hablar de Juan a la multitud:

—¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? Entonces, ¿qué salisteis a ver? ¿A un hombre vestido con finos ropajes? Daos cuenta de que los que llevan finos ropajes se encuentran en los palacios reales. Entonces, ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os lo aseguro, y más que un profeta. Éste es de quien está escrito:

“Mira que yo envió a mi mensajero delante de ti, para que vaya preparándote el camino”.

(Mt 11: 2–10)

El Evangelio de hoy nos presenta a san Juan Bautista, encarcelado por orden del rey Herodes en la fortaleza de Maqueronte, donde poco después sería decapitado. Desde la lóbreguez y tristeza de su mazmorra envía a algunos de sus discípulos para que pregunten a Jesús. El Bautista quiere saber si en realidad Él es definitivamente el Mesías o si han de esperar a otro.

El Bautista había dado ya testimonio solemne y público de Jesús en el río Jordán una vez que lo hubo bautizado, cuando se abrieron los Cielos y apareció el Espíritu en forma de paloma. El Precursor había proclamado por todas partes que Jesús era el Mesías, el Hijo de Dios. Incluso había insistido a sus discípulos acerca de que era Jesús a quien habían de seguir; y fue por eso que lo dejaron solo. Y sin embargo, después de todo eso, llegado este momento de oscuridad y ya próximo a la muerte, envía a sus discípulos a preguntar. Desea que quede confirmado definitivamente, de la boca del mismo Jesús, si Él es el Mesías; y en caso de que no lo sea, quiere saber si todavía han de esperar a otro.

Lo que nos demuestra, una vez más, que los santos (y ésta es una de las muchas maravillas que jalonan el firmamento de la existencia cristiana) son realmente seres humanos. Y que como tales también han de afrontar momentos de luz y de

oscuridad, de gloria y de sufrimiento. Incluidas las llamadas *Noches del espíritu*, en las que terribles sentimientos de soledad les hacen creer que Dios les ha abandonado. Como en este caso concreto le sucedió a san Juan Bautista.

Todo lo cual nos conduce a comprender la maravillosa conjunción de lo natural y de lo sobrenatural, tal como se da en los santos. Y de una forma que resalta más la gloria de su grandeza. En la homilía de ayer os decía que no hay verdadera santidad allí donde no existe primero, como base necesaria, la naturalidad. Pues ambas cosas se complementan. Y es justamente el elemento sobrenatural, que con tanta fuerza brilla en los santos, lo que eleva, purifica y engrandece a la parte natural. Como vemos claramente en el caso que nos ocupa. Lo que debería servirnos de aliciente e infundirnos ánimo cuando nos veamos pequeños e infelices. En definitiva algo que ocurrirá con seguridad a lo largo de nuestra vida, y más intensamente a medida que se aproxime el final de nuestro camino y nuestro encuentro definitivo con el Señor.

Es en los momentos de vacilación y de debilidad, cuando quizá nos vemos acosados por las tentaciones. . . Cuando todo hace suponer —como les sucedió a los Reyes Magos— que la estrella que nos guiaba se ha perdido en el horizonte. . . Cuando todo parece haberse vuelto negro y que el fracaso es el único resultado de nuestra existencia. . . Cuando sentimos la impresión de que todo se viene abajo. . . Es entonces, pre-

cisamente cuando esto sucede, cuando es llegado el momento de poner en práctica la consigna de san Pablo: *Spes contra spem*, esperar contra toda esperanza. ¿Y qué sería de nosotros sin la virtud de la esperanza, la cual se fundamenta a su vez, como dice el Papa en su última Encíclica, en la virtud de la fe, hasta el punto que prácticamente vienen a ser sinónimas? Aunque yo diría que en realidad son sinónimas las tres principales virtudes: la fe, la esperanza y la caridad.

Y marcharon los discípulos de Juan a preguntarle a Jesús, tal como les había ordenado su Maestro. Y Jesús les contestó con una respuesta, comprensible y lógica y al mismo tiempo extraña: *Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: los cojos andan, los ciegos ven, los sordos oyen, los leprosos quedan limpios, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados*. Por cierto que añade un inciso un tanto misterioso: *Y decid a Juan que bienaventurado aquél que no se escandalice de mí*.

Han sido muchos los teólogos y escritores de Espiritualidad que han creído ver en esta respuesta de Jesús (la extraña relación de actuaciones que encarga le sea transmitida a Juan) un cierto orden de prelación, de menos a más o de lo menos llamativo a lo más espectacular: *los cojos andan, los ciegos ven, los sordos oyen, los leprosos quedan limpios, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados*. Aunque existe algo bastante peculiar en la respuesta, y por eso os he dicho que parece lógica y al mismo tiempo extraña. Y me refiero a que

aduce, como prueba suprema de su Mesianidad, ¡el hecho de que los pobres son evangelizados...! De donde por encima de los milagros, incluso tan espectaculares como puede ser el de la resurrección de los muertos, Jesús aporta como prueba suprema que lo avala ¡el hecho de que los pobres son evangelizados...! Pues parece verdad que, en la existencia cristiana, los milagros y los hechos espectaculares gozan de un valor puramente relativo... Y tanto es así que, si bien a veces presentan un matiz positivo, otras en cambio parece bastante negativo.

A propósito de esto, recordad las consecuencias que se derivaron de un milagro tan grandioso como el de la resurrección de Lázaro, como resultado del cual los judíos decidieron definitivamente acabar con Jesús. Recordad lo que sucedió con el milagro de la curación del ciego de nacimiento; el cual provocó las iras de los fariseos y de los doctores de la ley: insultaron al infeliz ex-ciego, lo expulsaron de la Sinagoga y decidieron que Jesús era un pecador por hacer tales milagros en sábado. Algo parecido a lo ocurrido, también en sábado, con el milagro realizado en la Sinagoga con el hombre de la mano seca, etc. En resumen, y como podéis ver, el valor práctico de los milagros es más bien relativo.

De donde todo parece indicar que la mejor prueba de índole práctica, acerca de la divinidad de Jesús, estriba precisamente en el hecho de la evangelización de los pobres. A

propósito de lo cual habríamos de preguntar lo que significa que alguien sea evangelizado. La respuesta consiste en que se le anuncia la Buena Nueva. Y anunciar la Buena Nueva, a su vez, es anunciar el Evangelio. Un cuerpo sublime de doctrina que Dios nos ha otorgado, convertido en realidad práctica a través de la existencia de Jesucristo. Cuerpo de doctrina que contiene la virtud de hacer cambiar, no ya el rumbo de nuestra vida, sino la esencia misma de nuestra existencia mediante nuestra transformación en hombres nuevos. San Pablo hablaba del *hombre viejo*, personificado en Adán, y del *hombre nuevo*, hecho verdad en Jesucristo. La evangelización de los pobres, por lo tanto, consiste en anunciarles la Buena Nueva, a fin de hacerles saber que son hijos de Dios y que su patria es el Cielo. En convencerlos de que la verdadera Felicidad (que puede comenzar ya en este mundo, si bien solamente en forma incoada o en primicias), no puede consistir en otra cosa que en el seguimiento de Jesús y en el amor a su Persona: justamente en aquello que ha de conducir a la muerte del propio yo, a través de la destrucción del egoísmo y la generosidad de un corazón abierto que lo entrega todo por amor.

Ésa es la Buena Nueva que se le anuncia a los pobres, y la mejor prueba de la mesianidad de Jesús. Notad que no se trata del anuncio a los pobres de una elevación de su nivel de vida, ni de la promesa de que por fin van a poder llevar a cabo sus reivindicaciones, con todos los *derechos humanos* recono-

cidos y actualizados. Ni tampoco tiene que hacer referencia a la implantación definitiva de una cierta justicia social. La verdad es que Jesucristo ni siquiera llega a nombrar tales cosas. Anuncia a los pobres la Patria del Cielo, la vida nueva que supone para ellos una total transformación y, en definitiva, aquello que solamente Dios les podía dar, a saber: al mismo Jesucristo en Persona.

Y los pobres son evangelizados. Dáos cuenta de la importancia que esto tiene para vosotros. Tanto para aquéllos que vais a ser sacerdotes como también para los que no vais a serlo, aunque sí apóstoles de Jesucristo. Porque ésta es vuestra única misión; no ya la principal, sino la única: evangelizar a los pobres. Vosotros no habéis sido llamados para organizar sindicatos, ni para elevar el nivel de vida en un determinado lugar, ni para conseguir reivindicaciones de la clase trabajadora en una mejor sociedad de bienestar. . . Ni tampoco para involucrarse en problemas propios de la sociedad civil y que no pertenecen propiamente a lo que es un Mensaje de lo Alto, cuyo anuncio y contenido le ha sido encomendado a los apóstoles del Señor.

He aquí la maravilla de la Buena Nueva. Pero cuando tal maravilla es reducida a otra cosa que ya no es nueva, sino vieja, y además miserable, el Mensaje que era sublime se convierte en vulgar, prosaico y anodino. Y es entonces cuando la misión del apóstol, que era cuasi divina por ser la misma

misión de Jesucristo, se convierte en algo puramente humano, rastrero, de horizontes limitados, prosaico, prácticamente nulo y que no conduce a nada ni sirve para nada.

Sin los pobres, además, no podría subsistir el Cristianismo. El Mundo y la sociedad de los hombres tienden a pensar que los pobres son una desgracia; en todo caso un mal y, en último término, algo que hay que soportar. Por mucho que los que a sí mismos se llaman revolucionarios pregonen y proclamen la redención de los pobres, la auténtica verdad es que el Mundo odia a los pobres y los desprecia. Y sin embargo. . . , los pobres son los predilectos del Evangelio: *Bienaventurados los pobres; porque de ellos es el Reino de los Cielos*.

Por lo que a mí respecta, he vivido más de cincuenta años de sacerdocio y he conocido toda clase de gentes: obispos, sacerdotes y laicos. He vivido en diversos lugares y países y he desempeñado diferentes cargos —si bien, para suerte mía y de los demás ninguno de importancia—. Mi parroquia de indiecitos, en los Andes del Ecuador, estaba enclavada a casi 5000 metros de altura, y en ella experimenté quizá los más felices momentos de mis primeros años de vida sacerdotal. Allí tuve ocasión de conocer el frío de la alta montaña y la miseria en la que vivían mis pobres feligreses. Nubes bajas casi siempre, niebla casi continua, llovizna pertinaz. . . , y mucha hambre. La Casa parroquial era un enorme y viejo edificio de madera en donde yo vivía solo. Las ventanas de mi cuarto se

asomaban al cementerio, en el cual, por encontrarse la mitad de las tumbas casi al descubierto, podían contemplarse las momias entre los ataúdes medio deshechos.

Los indios vivían miserablemente: hambre, falta total de higiene y pobres vestimentas. Las chozas que habitaban, en las que yo había de entrar para visitarlos o administrar los últimos sacramentos, tenían un techo tan bajo que no era posible incorporarse una vez dentro de ellas. El suelo era de tierra apisonada, y por supuesto que las chozas carecían de ventanas. En ellas se cobijaban —todos juntos— las personas y los animales domésticos: gallinas, conejos, cerdos y cabras. Los indios dormían en el suelo, pues carecían de camas, o en todo caso sobre alguna pequeña alfombra de fibras deshilachadas.

Recuerdo bien, como uno de los momentos más impresionantes que he experimentado a lo largo de mi vida, la ocasión en la que fui requerido para asistir a un enfermo. Después de cuatro o cinco horas a caballo, montaña arriba y abajo, dejando atrás valles y enormes barrancos, atravesando simas profundas, o ríos que se veían como hebras de hilo desde la altura de puentes colgantes movedizos, llegamos por fin a una miserable choza. En la que pudimos contemplar a una pobre mujer que se debatía entre tremendos dolores. Se encontraba cubierta de hierbas y potingues, proporcionados por algún brujo de las cercanías; puesto que no había allí médicos ni los

hubo jamás. Tampoco había farmacias, como es de suponer, ni medicinas, ni comercios donde comprar algo, ni dinero, ni nada de nada. La única persona que significaba algo en el poblado, bastante alejado además de aquellas cabañas, era precisamente yo mismo: constituido a la vez como sacerdote, padre, juez y alcalde. Pues en realidad, para los indios todo giraba alrededor del padrecito; o, como ellos decían, *taitito*, que es la palabra que en lenguaje quechua quiere decir padrecito.

Después de administrar los sacramentos a aquella mujer que se quejaba angustiosamente de sus dolores (de la que siempre he ignorado la clase de enfermedad que padecería; así como tampoco lo hubiera sabido nadie en aquellos fríos páramos de la alta montaña), bajo aquella llovizna que se oía caer insistentemente sobre el techo de la choza, envueltos en aquel firmamento de nubes bajas y nieblas, todos los familiares, allí presentes y alrededor mío, comenzaron a suplicarme con lágrimas:

—*Taitito, usted que lo sabe todo y que lo puede todo, ¿por qué no nos dice qué podemos darle para que se cure, o al menos para que se alivie de los dolores? Ya ve usted como se encuentra esta pobre mujer. ¿Qué medicinas tiene usted, si acaso tiene alguna, o qué remedios conoce, si es que conoce alguno?*

Confieso que no pude retener las lágrimas. Emocionado ante la miseria y la pobreza de aquella gente... , así como

de su fe, increíble también. Por eso pienso a menudo que la pobreza, la caridad y la fe profunda, son cosas que suelen ir siempre juntas. Casi entre sollozos, apenas si pude decirles otra cosa:

— *Es verdad que soy vuestro padre en el Señor y que me gustaría dar la vida por vosotros. Pero no soy médico, ni tengo medicinas.*

La farmacia más próxima estaría seguramente a más de cien kilómetros de aquel lugar. Y continué diciéndoles:

No tengo nada, ni soy médico. No entiendo de dolores y sufrimientos del cuerpo, y sí solamente de los del alma. Es todo lo que puedo hacer por vosotros: consolar el alma de esta mujer y prepararla para el Cielo.

Y me marché de allí, de nuevo a caballo por las sinuosas veredas de aquella cordillera, de camino a mi casa y con el corazón destrozado.

También recuerdo algo que me ocurrió con unos pobrecitos de mi parroquia de Barquisimeto, en Venezuela. Era la mía una parroquia del extrarradio en aquella enorme ciudad. Tan pobre y miserable, y tan poblada de delincuentes, que apenas si la gente de la ciudad pasaba por mi territorio. Estaba situada en un distrito llamado Barriounión, que era un barrio enorme y superpoblado en el que los taxistas de la ciudad no se atrevían a entrar después de la puesta de sol. Todo el mundo iba armado, y de ahí que las peleas y tiro-

teos, unidos a la miseria y falta de trabajo (a pesar de que Venezuela era entonces un país rico), estaban a la orden del día en mi parroquia. Apenas si recuerdo haber llevado a cabo algún entierro de alguien fallecido de muerte natural. En cierta ocasión acudí a proporcionar ayuda a una familia pobre, de la cual me habían informado acerca del nombre de la calle y el número de la casa. Cuando por fin llegué al lugar, pude comprobar que el tal número no existía, pues había un hueco entre las cifras y faltaba precisamente la que yo buscaba. En su lugar había un solar, donde yacían hacinadas unas pobres gentes con un fuego medio apagado y unos camastros llenos de mugre. Todo al aire libre, bajo el sol o las estrellas. Me dijeron que era precisamente el lugar que yo buscaba:

—*Sí, es aquí.*

—*Y entonces, ¿dónde vivís vosotros?*

Me respondieron enseguida:

—*Aquí es dónde vivimos nosotros.*

Y efectivamente; porque allí era donde vivía y aquél del modo como vivía aquella pobre gente.

Bienaventurados los pobres...

A este respecto, el Evangelio contiene unas palabras del Señor que son realmente consoladoras. Algunos las han interpretado como el anuncio profético de una situación histórica que siempre sería dolorosa. Como algo lamentable que habrá de ocurrir de todas formas en la historia de la humanidad. Pe-

ro en realidad son palabras de aliento, bien capaces de animar nuestro espíritu. De esas que encienden el deseo y la ilusión de seguir Señor. La de ser pobres como Él, que se hizo pobre y humilde hasta la muerte. El Señor las pronunció con ocasión de que una mujer pecadora ungió sus pies con un unguento bastante caro del que Judas pensó con maldad:

—*Ese bálsamo precioso se podía haber vendido y entregado a los pobres, en vez de desperdiciarlo en los pies del Maestro.*

Y el Señor respondió:

—*No penséis mal de esta mujer... , pues a los pobres siempre los tendréis con vosotros.*

De manera que *a los pobres siempre los tendréis con vosotros...* Si acaso estas palabras fueran interpretadas en el sentido de una promesa indefectible, tal como fueron entendidas aquellas otras, también del Señor: *Y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* (aludiendo a la Iglesia), resultaría que la promesa de que siempre tendremos a los pobres con nosotros sería igualmente también la garantía de la perennidad de la Iglesia. Algo así como si hubiéramos de entender que, sin los pobres, la Iglesia no podría sobrevivir. Y sin ellos tampoco tendríamos adónde ir, ni a quién dirigirnos para anunciar la Buena Nueva. Pues los ricos... *¡Ay de los ricos!*, decía Jesús, *porque ya recibieron aquí su recompensa.* Y además —añadía el Señor— *no podréis servir a Dios y a las riquezas.*

Son los pobres quienes llenan de alegría el mundo y dan sentido a la vida cristiana. Los que señalan el objetivo de nuestras ilusiones y la meta de nuestras aventuras. Les debemos nuestra alegría y, por si fuera poco, poseemos la garantía de que *siempre estarán con nosotros*. Como Jesús se hizo pobre por nosotros y obediente hasta la muerte: el más pobre y el más humilde de los hombres.

Ya el profeta Isaías había anunciado, refiriéndose a Jesús: *Como gusano más que como hombre. Despreciado, vendido en treinta monedas, humillado y conducido hasta la muerte*. Pero este pobre entre los pobres ha sido el más grande entre todos los hombres que han existido. Y también ha tenido muchos discípulos que le han seguido fielmente, como San Francisco, el *Poverello* de Asís, y tantos otros que igualmente procuraron imitarlo en su pobreza.

La verdad es que los términos pobreza y caridad —o si se quiere, el amor— son equivalentes. Pues, ¿qué otra cosa es el verdadero amor sino la voluntad de renunciar a todo, incluido el propio yo y hasta lo más íntimo que exista en el corazón, para entregarlo a la persona amada?

En el momento de la cruz, Jesús, después de haber entregado a su Madre —única cosa que le quedaba— al apóstol San Juan, se dirige al Padre para decirle: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*. Como si dijera: La única cosa que me queda es mi Corazón, o el Amor que te tengo a ti y el que

profeso a los hombres; y también eso lo pongo en tus manos. ¿Qué le quedaba entonces a Jesús por entregar...? ¿Acaso no es esa la pobreza absoluta...? Pues entregaba *todo* porque su Amor era *total*. Por eso os he dicho que la pobreza absoluta, o la entrega total, son expresiones equivalentes al Amor perfecto.

El Amor perfecto es aquél que no se reserva nada y lo entrega todo, puesto que para él es la persona amada lo absolutamente primero. *Yo soy para mi amado*; y también *él es para mí*, por supuesto, ya que el amor es reciprocidad. Pero de todas formas, *yo soy para mi amado*. El Amor y la Pobreza, siempre juntos. De ahí la belleza de la virtud cristiana de la pobreza y de la expresión *los pobres son evangelizados*; solo superadas por la grandeza de la virtud de la caridad, al fin y al cabo la reina de todas las virtudes.

Tened en cuenta que el Demonio, Padre de la mentira, Señor del engaño, Maestro de la manipulación, Histrión y Payaso por excelencia, sabe utilizar el disfraz y manejar la mentira mejor que cualquiera lo haya hecho jamás. Mentiroso desde lo más profundo de su naturaleza, utiliza el procedimiento de presentar actitudes, en realidad perversas pero con apariencia de virtudes auténticas, para engañar así a los incautos (o a los que quieren ser engañados, que viene a ser lo mismo). Y sucede que la pobreza es quizá la virtud más trabajada por él como posible y eficaz instrumento de engaño. Para lo cual se

ha esforzado en presentar modelos de pobreza cristiana que, en realidad, no son sino burdas falsificaciones y caricaturas de la auténtica virtud.

La virtud de la pobreza es tal que, debido a su excelcitud y su belleza, no puede sino presentarse como sublime y seductora. Pero el Demonio y el Mundo, llevados de su odio a Dios, aborrecen la virtud de la pobreza. Y por eso han procurado, como medio para destruirla, utilizar falsificaciones de la susodicha virtud y ofrecerlas como modelos de vida cristiana. Se trata de vivencias y actitudes cuyo auténtico lugar se halla justamente en el punto opuesto a la pobreza cristiana; con lo que han logrado convertir la verdad en mentira, lo sublime en caricaturesco, y el testimonio de la bondad en el escándalo de la maldad.

Por lo que a mí respecta, siempre he sentido particulares sospechas con respecto a la pobreza *espectacular*. La misma que es pregonada y cacareada a los cuatro vientos y aplaudida por el mundo. Una pobreza capaz de entusiasmar al mundo, precisamente porque se presenta como bien dispuesta a aceptar los criterios del mundo y a vivir según ellos. Nunca he dejado de sentir extrañeza ante la pobreza de personas que disponen de avión particular. La que practican algunos líderes mundiales, pobres en teoría, pero que luego acaban pronunciando discursos en la ONU sobre la paz mundial, entre aplausos y aclamaciones.

Y ya que hablamos de este tema, os confieso que alguna vez me he planteado la pregunta: Siendo la ONU un antro de corrupción y de manejos inconfesables, como todo el mundo sabe, ¿qué sentido tiene la presencia en esa Organización de un religioso católico para pronunciar un discurso sobre la Paz? ¿De qué Paz se trata? ¿De la Paz de Jesucristo, quizá? Pero la ONU está muy lejos de creer en Jesucristo... Si algún cristiano tuviera el atrevimiento de predicar ante tal Organización la Paz de Jesucristo, tal vez sería escuchado educadamente... , aunque sin duda alguna haría el más espantoso de los ridículos: los oyentes se mofarían de tal Paz, además de que la creencia en la Persona de Jesucristo sería la última cosa que estarían dispuestos a aceptar.

Y si acaso se trata de hablar de la Paz, pero tal como el mundo la entiende, a saber: ausencia de guerra, es difícil encontrar sentido a un intento que más bien parece cómico. La verdad es que todas las naciones llevan a cabo una increíble y fantástica carrera de armamentos. Consecuencia lógica, al fin y al cabo, de la máxima desconfianza que existe en cada una de ellas con respecto a las otras.

Pero entonces, si las cosas son así, ¿qué significado tiene la presencia de un líder religioso en la ONU para hablar sobre la Paz según el mundo? ¿Hay alguien capaz de pensar que los políticos mundiales se van a apresurar, ahora ya enteramente convencidos, a tratar de llevarla a la práctica? Desgraciada-

mente, sin embargo, esta clase de actuaciones teatrales son siempre aplaudidas por el Mundo. Algo así como si existiera un pacto tácito de dar paso a una farsa que, además de no comprometer a nada, contribuye a seguir sembrando por todas partes la semilla de la Mentira.

En definitiva, tal como os he dicho antes, la pobreza cristiana nunca es aplaudida por el mundo. Por la sencilla razón de que la verdadera pobreza, entendida como auténtica virtud, es ignorada de sí misma... , además de ser despreciada por el Mundo. La virtud de la pobreza recuerda, en cierto modo, a algo que ya sucede con la virtud de la humildad y con la santidad en general. Ningún hombre realmente pobre, realmente humilde, o realmente santo, se considera pobre, humilde, o santo. Pues en esto consiste la grandeza de las virtudes cristianas: brillan con luz esplendorosa ante los ojos de Dios... , mientras viven bajo la sombra del desprecio, e incluso del odio, ante los ojos del Mundo.

... *Y los pobres son evangelizados.* Y en esto vino a consistir la prueba de la divinidad de Jesucristo, tal como Él mismo se lo hizo saber al Precursor a través de los mensajeros. Se trataba del Dios hecho Hombre, que nació en un establo en Belén y que murió enteramente pobre en el patíbulo de una cruz.

Pero el mensaje enviado al Bautista contenía un inciso final: *Decid a Juan que es bienaventurado aquél que no se*

escandalice de mí. Ahora bien, ¿acaso los hombres se escandalizan de Jesucristo? Pues sí, efectivamente; porque una gran parte de los humanos transcurren su existencia escandalizándose de Jesucristo.

Para muchos ya es demasiado que este Hombre pretenda ser Dios. Algunos que todavía creen en la divinidad llegan a razonar así: ¿Cómo es posible que la miseria y la pequeñez de un hombre puedan ser el recipiente de la grandeza infinita de Dios? Por lo cual rechazan el supuesto. ¿Un simple hombre que pretende ser Dios...? *Pero, ¿no es éste el hijo del carpintero?* Incluso muchos que hoy forman parte de la Iglesia, incluidos miembros de la Jerarquía, se escandalizan ante la posibilidad de que Dios se haya hecho hombre. Por lo que estarían dispuestos a aceptar a Jesús como revolucionario, como un antecesor del Che Guevara o como un líder que quiso promover la justicia social; pero a fin de cuentas un simple hombre. En cuanto al binomio Dios *verdadero* y Hombre *verdadero*, a la vez y en la misma Persona de Jesucristo, son muchos los que no lo admiten.

Que Jesucristo pretenda demasiado, al presentarse como verdadero Dios, es un pensamiento frecuente en bastantes que forman parte de la Iglesia actual. Es conveniente, según ellos, *rebajarlo de categoría* y presentarlo de manera que pueda ser aceptado por el hombre moderno. Lo malo del caso es que el hombre moderno suele ser racionalista, aunque en el peor

sentido de la palabra. Con mentalidad de canuto que sólo está dispuesta a ver lo que se ajusta a su tamaño y al alcance de su propio horizonte. ¿Puede un hombre atribuirse a sí mismo la condición divina? ¿Es posible que alguien pretenda que trae para los hombres un Mensaje de lo Alto, además de amenazar con el Infierno a quienes lo rechacen? Pero, ¿qué es el Cielo? ¿Y en qué otra cosa puede consistir el Infierno sino en una mera *posibilidad real*? ¿Un Dios bueno iba a castigar con un Infierno eterno a sus creaturas? Es aquí, en este mundo en el que todos vivimos, donde ha de ser construido el único Paraíso que es accesible al hombre. . . , puesto que ni existe ni puede existir otro.

He ahí la postura de algunos obispos, de muchos sacerdotes y religiosos, y de bastantes cristianos que piensan como ellos. ¿Qué tiene entonces de particular que diga Jesús que son bienaventurados los que no se escandalizan en Él?

Bienaventurados aquellos humanos que sienten emoción en su corazón ante el hecho de que Dios se haya hecho uno de ellos. Que se asombran, con admiración, de que el Dios que es Jesucristo posea también un corazón de hombre, unos sentimientos de hombre, un corazón de carne como el de cualquier hombre, capaz de latir con amor, y una mente humana capaz de pensar también en humano. Que se estremecen de ilusión por el hecho de que Dios, en su grandeza infinita y en su deseo de amar al hombre y ser correspondido, haya querido ponerse

a la altura de lo humano, haciéndose Él mismo humano. Y es que el amor, si es verdadero, exige un nivel de igualdad entre el amante y el amado: (*Mi amado es para mí y yo soy para mi amado*), única forma de hacer posible la reciprocidad y la bilateralidad entre uno y otro.

Por rechazar esto, es por lo que son incapaces de entender que Dios, al hacerse Hombre, *comprende* y comparte con el hombre lo que es la lucha contra el mal, el sufrimiento, las *Noches del alma y del espíritu* y, en definitiva, todas las angustias con las que ha de enfrentarse el ser humano. . . , así como también sus gozos y sus alegrías. Tomó sobre Sí nuestras miserias y debilidades. Aunque de tal modo y de manera que llegó a experimentarlas en grados de profundidad e intensidad desconocidos para el sentir humano: *Mi alma está triste hasta la muerte. . . Padre, si es posible aparta de mí este cáliz*. Por eso llega incluso a sudar sangre en su angustia.

Aunque admitir que Dios haya sido capaz de tal cosa es inadmisibile para el mundo de hoy. Y de ahí el escándalo ante Jesucristo.

Frente a todas estas cosas, mantened firme vuestra fe en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre. Y vuestra ilusión en los pobres, que son quienes os van a acoger y escuchar. Como os dije al principio, he estado en muchos lugares y he conocido muchas gentes. Y cuando he tenido que abandonar un lugar de trabajo, siempre lo he hecho con el corazón

destrozado, pues la gente me amaba y deseaban que continuara con ellos. Sin embargo, en ninguna parte he sentido mayor dolor y pena que cuando tuve que dejar a mis indiecitos de Tambo. Aquel lugar olvidado de la alta montaña de los Andes ecuatorianos, de chozas perdidas y de habitantes que vivían en la miseria. Pero los que allí habitaban me amaban con locura, y hubieran sido capaces de hacer por mí cualquier cosa que les hubiera pedido. En ningún lugar, de aquéllos en los que he estado a lo largo de mi vida, he amado tanto a mis feligreses como lo hice con aquéllos, así como en ninguna parte he sido tan bien correspondido como allí. Claro que mis indios eran pobres entre los pobres, y por eso sabían entregar lo que los ricos nunca han sabido dar: su propio corazón.

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO

(16, Diciembre, 2007)

Éste es el testimonio de Juan, cuando desde Jerusalén los judíos le enviaron sacerdotes y levitas para que le preguntaran: “¿Tú quien eres?”. Entonces él confesó la verdad y no la negó, y declaró:

—Yo no soy el Cristo.

Y le preguntaron:

—¿Entonces, qué? ¿Eres tú Elías?

Y dijo:

—No lo soy.

—¿Eres tú el Profeta?

—No —respondió.

Por último le dijeron:

—¿Quién eres, para que demos una respuesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo?

Contestó:

—Yo soy la voz del que clama en el desierto:

Haced recto el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías.

Los enviados eran de los fariseos. Le preguntaron:

—¿Pues por qué bautizas si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta?

Juan les respondió:

—Yo bautizo con agua, pero en medio de vosotros está uno a quien no conocéis. Él es el que viene después de mí, a quien yo no soy digno de desatarle la correa de su sandalia.

Esto sucedió en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan estaba bautizando.

(Jn 1: 19–28)

El tercer domingo de Adviento, que hoy celebramos, conocido también como Domingo *Lætare*, comienza en el *Introito* de la Misa con las palabras de San Pablo a los Filipenses: *Alegraos siempre en el Señor*.

Antiguamente, cuando los cristianos celebraban los Tiempos Litúrgicos, este domingo se consideraba como un pequeño paréntesis (como un respiro, dirían algunos) dentro de la preparación penitencial que se llevaba a cabo con vistas a la Navidad.

De ahí la utilización de los ornamentos rosados en este día. Una especie de mezcla de morado y de blanco. Como para recordarnos juntamente, tanto la preparación penitencial a través del ayuno y del sacrificio, como la proximidad de la celebración del nacimiento de Nuestro Señor. Y efectivamente; hoy nos alegramos porque el nacimiento del Señor está cerca (*Dominus prope est*), como dice también el Apóstol y se recoge en el mismo Introito.

En este tercer domingo de Adviento, vuelve la Iglesia a ofrecer a nuestra consideración la figura prominente de San Juan Bautista, acerca de la cual hemos hablado y comentado ampliamente, a lo largo de tantos años, y sobre la que hemos escrito tantas cosas.

En el fragmento evangélico de hoy conviene poner atención a la pregunta que algunos dirigen al Bautista. Llega hasta él una comisión de fariseos enviada desde Jerusalén para interrogarle acerca de su persona. El Bautista era ya por entonces un hombre muy conocido, que bautizaba en el río Jordán y atraía a numerosas muchedumbres:

—*¿Quién eres tú?*

Esta pregunta, dirigida al Bautista, es la misma que el Mundo os va a hacer a vosotros: *¿Quién eres tú?* ¡Y ay de vosotros si no sucediera así! Pues el hecho de que se os formule esta pregunta es un indicador de que sois algo especial. Que os mostráis como algo, no digo ya distinto, sino incluso como bien diferente y situado muy por encima del comportamiento ordinario de la gente.

El Bautista aprovecha la ocasión para decir que él no es el Cristo, ni Elías, ni el Profeta. Añade que él bautiza simplemente en agua:

Yo bautizo en agua, pero en medio de vosotros hay uno al que no conocéis y que viene detrás de mí, y que os bautizará en Espíritu Santo y fuego. Yo soy sencillamente la voz que clama en el desierto, el Precursor y el que prepara los caminos del Señor.

San Juan Bautista es un personaje que viene a hacer de frontera entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Cierra el primero y abre el segundo, situado como a caballo entre ambos

en la línea divisoria que separa la Antigua de la Nueva Ley. Sin embargo fue el mismo Señor quien advirtió que el Bautista no era precisamente *una caña movida por el viento*. A lo que el Señor añadía que *en realidad fue el mayor de los nacidos de mujer. . . , a la vez que el más pequeño en el Reino de los Cielos*; donde el menor de sus moradores sería mayor que él, a pesar de su misión a desempeñar como Precursor. Según lo cual, pese a lo que representa el Bautista en la existencia del Mesías, y aun con toda su grandeza, no pertenece todavía en plenitud al Nuevo Testamento.

Por eso os he dicho que la pregunta que los fariseos dirigieron al Bautista, pidiéndole que se identificara, es la misma que el Mundo os va a dirigir a vosotros. Y también he añadido que es bueno que suceda así. Pues vais a aparecer ante él como distintos al común, y hasta como contrarios y opuestos a los sentimientos, criterios y costumbres de los demás. Habréis de dar razón de vuestra existencia, de vuestra presencia y de vuestro comportamiento. Lo cual habrá de ser motivo, como decía San Pedro, de que todos puedan alabar a Dios. En cuanto al Señor, era Él quien decía: *Que vean vuestras buenas obras para que así puedan dar gloria a vuestro Padre que está en los Cielos*. En efecto; vuestras buenas obras. . . , y las maravillas que habréis de llevar a cabo.

Con lo que hemos llegado a un punto importante. Pues vosotros ya no estáis en la frontera o línea divisoria entre el

Antiguo y el Nuevo Testamento, sino que estáis plenamente en el Nuevo. Y si el Bautista pudo decir de sí mismo que él no era Elías, ni el Profeta, ni el Cristo, vosotros no podréis responder del mismo modo. En cuanto que, por el hecho de encontraros plenamente dentro del Nuevo Testamento, estáis identificados con Cristo: habéis sido elegidos por Él mismo para actuar *in persona Christi*. De tal manera que cuando, viendo vuestra vida y modo de proceder, se sientan animados a preguntar: *¿Quién eres tú?*, ya no podréis decirles como el Bautista *Yo no soy el Cristo*. Pues ciertamente no lo sois; aunque sí en cierto sentido y de alguna manera, puesto que obráis *in persona Christi*. Y por eso decía el Apóstol: *Vivo yo, pero ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo el que vive en mí*.

Por supuesto que no vais a ser unos precursores, destinados a preparar los caminos. Puesto que los caminos están ya preparados: *Ya sabéis adonde voy*, y también *Yo soy el camino*, decía Jesús a los suyos en el discurso de la Última Cena. Por lo tanto sabéis muy bien adónde dirigiros y cómo hacerlo. Vuestra misión no consistirá en preparar caminos; sino en anunciarlos y señalarlos a las gentes para que sepan donde se encuentran y por donde tienen que dirigir sus pasos. Así como la del Bautista era una misión de preparación, la vuestra es de realización gloriosa. El Bautista no era el Cristo, ni el Mesías, ni el Profeta. Pero vosotros sois el Cristo en

cierto modo, puesto que le habéis dado vuestra vida y habéis recibido la suya en cambio: *El que coma mi carne vivirá por mí; vivirá en mí y yo en él*. Vuestra misión, repito, habrá de consistir en anunciar que los caminos ya están preparados y, tal como se dice en la parábola de los invitados a las bodas, que el banquete ya está dispuesto.

En este sentido os encontraréis en una situación que es superior a la del Bautista. No vais a preparar nada, sino a anunciar lo que ya está aquí: *Id por todo el mundo a enseñarles a las gentes lo que yo os he mandado*. Las palabras del Señor son de una profundidad y de una belleza inconmensurables. Algo así como si os dijera a vosotros: *No vais a hacer simplemente lo mismo que yo hacía. Pues confiáis y creéis en Mí y me amáis como yo os amo, haréis aún mayores cosas de las que yo hice*. La promesa del Señor supone la apertura de una puerta que introduce en la más maravillosa de las Aventuras que podría imaginar un ser humano: la del seguimiento de Jesucristo. En ella habréis de realizar, no digo ya maravillas, sino cosas aún superiores a las que Él hizo; según Sus propias palabras.

Considerad, por lo tanto, vuestra superioridad con respecto a la misión del Bautista. Pues para vosotros Cristo es vuestra vida: *Para mí la vida es Cristo... Cuando aparezca Cristo, vuestra vida...*, decía el apóstol San Pablo. Y en efecto, porque es la vida de Cristo la que habréis de mostrar ante los hombres. Con vuestras palabras, desde luego; aunque serán

vuestras vidas las que prestarán autenticidad y sinceridad a vuestras palabras. La gente creará en vuestras palabras cuando contemplen vuestra vida: *Porque además*, os podría decir el mismo Jesucristo, *si van a conocer que sois mis discípulos, es porque viviréis el mandamiento nuevo. El que yo primero he practicado con vosotros, para que así, de la misma forma que yo os he amado hasta el fin, así vosotros también os améis unos a otros*. Sólo así comprenderán todos que el amor no conoce limitaciones. Pues sabéis bien que, o se ama hasta el fin, o se acaba viviendo en la mediocridad y en la tibieza; que es la forma de no vivir la vida.

Habéis de ser diferentes a los otros hombres porque habéis sido elegidos entre ellos (*ex hominibus assumptus*). Vivís entre ellos pero no sois como ellos. Entresacados de entre los hombres, pero para las cosas que miran a Dios (*pro hominibus constituitur in his quæ sunt ad Deum*). No para las cosas meramente humanas ni para mejorar las condiciones de vida entre los hombres. Por más que algunos de los cristianos de hoy, incluida alguna parte de la Jerarquía, hayan optado por hablar a los hombres de sólo aquello que desean oír: se trata de las fábulas y mitos puramente humanos, de los que ya hablaba San Pablo, y que tienen la virtud de apartarlos por completo del camino de la salvación.

El sacerdote es distinto del Bautista, que no era Cristo, ni el Mesías, ni el Profeta. Pero el sacerdote sí que es *otro Cristo*.

Sin embargo el mundo moderno, o el mismo que ha renegado de Dios y le ha vuelto la espalda a Jesucristo, se ha esforzado en rebajar o diluir la figura del sacerdote. Para lo cual ha propalado la falsa idea de una cierta crisis de identidad. El sacerdote ya no es considerado como un hombre elegido por Dios, entresacado de entre los demás y llamado expresamente *como lo fue Aarón*. Ahora se dice que es un hombre que pertenece a la comunidad y ha sido elegido por ella. Seguramente para predicar ante la comunidad. . . el mensaje de la misma comunidad. Con lo cual no podrá proporcionarle a la comunidad nada que ésta no posea ya, puesto que él mismo es un producto suyo. De manera que ya tenemos el Mensaje de Dios convertido en un mensaje desvalorizado y puramente humano. A saber: la sublime maravilla del Mensaje evangélico reducida a esperanzas e ilusiones meramente humanas. Y así es como hemos vuelto al Antiguo Testamento, o quizá a menos todavía.

Para muchos cristianos de hoy, incluida buena parte de la Jerarquía, lo más importante es el poder, la influencia social, el dinero, el prestigio ante los hombres, el miedo a aparecer como intransigentes o exagerados, el prurito de no molestar ni herir al hombre moderno o el ansia de agradar a los medios de comunicación. Todo lo cual viene a recapitular el modo de pensar y de actuar de muchas Familias Espirituales, dentro de la Iglesia. Con el resultado que todos conocemos, puesto que,

como decía el Señor, *no podéis servir a Dios y a las riquezas*. Recordad lo que sucede en la conocida épica de *El Señor de los Anillos*: Boromir quiso apoderarse del Anillo de Poder, forjado por quien era su dueño, el Señor Oscuro. Quien poseyera el Anillo de Poder se convertiría en el señor del Mundo. Boromir se empeñó en apoderarse del Anillo. Por supuesto que para emplearlo en hacer el bien, a fin de derrotar al Señor Oscuro. Sin caer en la cuenta de que no se puede vencer al Señor Oscuro con sus propias armas, del mismo modo que no se puede derrotar al mundo utilizando sus propios criterios y medios. La verdad es que solamente se puede intentar esa tarea empleando medios sobrenaturales; que son justamente los que el mundo no comprende e incluso por los que se sentiría escandalizado. *El hombre espiritual juzga de todo; pero el hombre carnal no comprende las cosas del Espíritu, porque para él son locura*. El resultado ya lo conocemos: a Boromir le costó la vida el intento. Y todo por no haber querido comprender que el Señor Oscuro sólo podía ser derrotado con los medios contrarios a los suyos, a saber: con la humildad, con el sacrificio y con la inmolación. Que en este caso quedaban configurados en la persona del *hobbit* Frodo, a la vez tan pobre como débil y pequeño. Si bien conviene añadir que Frodo se hizo acompañar de un amigo. Pues el camino de la vida siempre es bueno recorrerlo acompañado de alguien, mejor que hacerlo solo:

*Si vas hacia el otero
deja que te acompañe, peregrino...*

Y así fue como un hombre infeliz y humilde, pequeño e impotente, fue capaz de llegar, sorteando obstáculos aparentemente insuperables, hasta el Monte del Destino y destruir el poder del Anillo.

Pues solamente se consigue derrotar al Gran Adversario a través de la humildad, consumada a su vez en la inmolación de la propia vida. Al fin y al cabo el discípulo es el seguidor de su Maestro, y el Maestro culminó su misión clavado en una cruz. De manera que el Maestro logró la victoria a través de una aparente derrota; y el discípulo no es más que su Maestro, como tampoco el siervo es más que su Señor.

Lo mejor de esta bella narración es el modo como fue derrotado el Señor Oscuro, a saber: mediante la utilización de medios que él nunca hubiera imaginado, puesto que, entre otras cosas, habría considerado impensable que alguien fuera capaz de renunciar a utilizar el poder del Anillo. ¿Acaso es posible que alguien renuncie voluntariamente al Poder? ¿Es concebible que alguien prefiera la humildad y la pequeñez? Quizá encontremos la respuesta en las palabras del Maestro: *¡Oh Padre!, te doy gracias porque has revelado estas cosas a los pequeños del mundo, y las has ocultado a los soberbios, a los grandes y a los sabios.*

Desgraciadamente, los mensajes que hoy suele escuchar el Pueblo cristiano, de boca de buena parte de la Jerarquía, acostumbran a estar carentes de contenido sobrenatural: la difusión de la democracia, la mejora del medio ambiente, el entendimiento entre los hombres, la ayuda económica a los oprimidos. . . Unos oprimidos, por cierto, que no son considerados tales porque se encuentren esclavizados por el pecado; sino porque no viven según las condiciones sociales que se supone que son las óptimas. Y como sabéis muy bien, siempre anda de por medio la falsedad de casi todas estas pretensiones. Últimamente se ha demostrado que casi todas las Organizaciones Multinacionales (ONG's), las cuales se autoatribuyen fines altruistas, no son sino Grupos dedicados a enriquecerse mediante la difusión de eslóganes pretendiendo el cuento de la ayuda a los necesitados.

La búsqueda del Poder y de la Influencia son cosa corriente hoy día. Aunque para ello haya de pagar el precio del servilismo ante el Poder civil.

En el Pueblo israelita, el Sanedrín, o Consejo Supremo de los Judíos, era juntamente el máximo Organismo civil y eclesiástico. De modo que no existía división entre ambos Poderes, por cuanto que se entendía que no podía existir Poder religioso si no se ostentaba también el civil. De manera parecida, muchos eclesiásticos del momento piensan que es útil y aprovechable, si acaso no es posible otra cosa, lograr por lo menos el acercamiento al Poder civil.

Afortunadamente el Señor aclaró las cosas, estableciendo que debe darse al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Algo que es importante que aprendáis, como medio imprescindible de dedicaros exclusivamente a lo vuestro. Como decía también el Señor: *A mí nadie me ha constituido repartidor o juez entre vosotros.*

En eso se fundamenta la grandeza del sacerdote de la Nueva Ley frente a la del Bautista. A pesar de la gloria del Precursor, aún es mayor la del sacerdote del Nuevo Testamento. Siquiera sea porque sigue caminos y se rige por normas tan enteramente contrarios como incomprensibles para el Mundo.

San Pedro y San Juan, después de resucitado y ascendido el Señor a los Cielos, acudieron en cierta ocasión al Templo para orar. Allí encontraron a un paralítico junto a la llamada Puerta Preciosa, pidiendo limosna como tantos otros. El desgraciado extendió la mano para pedirles algo. Por lo que San Pedro, lleno de compasión, le dijo:

—No puedo darte oro ni plata, porque carezco de ellos. Pero te doy lo que tengo: en el nombre de Jesús levántate y comienza a andar.

Y el paralítico se levantó y comenzó a andar.

Pues así, de la misma manera, nunca podréis sanar a los paralíticos, ni devolver la vista a los ciegos, ni hacer hablar a los mudos, ni resucitar a los muertos, si acaso poseéis oro o plata. Que es lo mismo que decir si empleáis los medios del

mundo. Y lo mismo os digo si, por ejemplo, os empeñáis en volver a las doctrinas y leyes del Antiguo Testamento.

Al hombre que se encontraba en la línea divisoria entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, como hombre bisagra que venía a ser el Bautista, se le hicieron preguntas:

—*Dinos quién eres, pues nos tienes confusos. ¿Quién eres tú? ¿Eres o no eres el Mesías? ¿Eres o no eres el Cristo? ¿Eres acaso Elías o el Profeta?*

Y él respondió:

—*Yo no soy el Cristo, ni el Mesías, ni el Profeta.*

Y así fue como el hombre que *no era una caña movida por el viento, sino el mayor de los nacidos de mujer*, consumió su existencia en este mundo una vez que ya estaba en el otro. Durante su vida terrena estuvo situado algo así como en una frontera en el Tiempo. Pero las fronteras, como lugares de paso que son, nunca son para detenerse en ellas, sino para trasladarse de un lado a otro. Con su muerte traspasó la línea divisoria, y hoy se encuentra ya en la gloria y en la plenitud consumada del Nuevo Testamento que es la alegría del Cielo. Sin embargo tal consumación no pudo llevarse a cabo antes de acabada su misión terrena; cuando encarcelado en la fortaleza de Maqueronte fue mandado decapitar por el Rey Herodes. La Iglesia de hoy día lo conmemora como uno de sus más grandes santos. El Canon de la Misa lo nombra repetidamente, colocándolo siempre a continuación de la in-

vocación a la Virgen María, incluso antes de San Pedro y de San Pablo, como hace también el *Confiteor*. Grande entre los grandes, durante su vida terrena supo menguar para que Él creciera; perderse a sí mismo para que Él brillara, renunciar a su propia vida para encontrarla definitivamente. Como dijo Jesús:

—Pues sólo aquél que renuncia a su vida por mí es el que la encuentra.

Y dado que sólo se puede renunciar a la propia vida en beneficio de otro; o sea, por amor, llegamos así a la conclusión de que el amor, y solamente él, es lo único que puede dar sentido a la existencia humana.

VIGILIA DE NAVIDAD

(23, Diciembre, 2007)

La generación de Jesucristo fue así: María, su madre, estaba desposada con José, y antes de que conviviesen se encontró con que había concebido en su seno por obra del Espíritu Santo.

José, su esposo, como era justo y no quería exponerla a la infamia, pensó repudiarla en secreto. Consideraba él estas cosas, cuando un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo:

—José, hijo de David, no temas en recibir a María, tu esposa, porque lo que en ella ha sido concebido es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.

Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que dijo el Señor por medio del Profeta:

“Mirad, la virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien pondrán por nombre Emmanuel”, que significa “Dios-con-nosotros”.

Al despertarse, José hizo lo que el ángel del Señor le había ordenado, y recibió a su esposa. Y, sin que la hubiera conocido, dio ella a luz un hijo; y le puso por nombre Jesús.

(Mt 1: 18–25)

Nos encontramos ya, queridos hijos, ante los días felices de la Navidad.¹

Desde que existe el cristianismo, los cristianos han sufrido tribulaciones y persecuciones por parte del Mundo, en todas las épocas y lugares y de todas las formas y maneras. Aunque parece que en nuestro tiempo tales persecuciones se han intensificado. Efectivamente, el ambiente es cada día más pagano; y no ya meramente pagano, sino incluso anticristiano. Nada tiene de particular, por lo tanto, que festividades sublimes que fueron tan bellas y llenaban de gozo el corazón de los cristianos se vean ahora secularizadas, profanadas y hasta ridiculizadas. Nos vemos obligados a contemplar con inmensa pena que la Navidad va desapareciendo, ante el empeño, bien claro a todas luces, de los enemigos de Dios por desarraigar cualquier sentimiento de cristianismo que todavía pueda existir en el corazón de la gente.

Lo podemos comprobar, por ejemplo, con lo sucedido con la antigua y entrañable costumbre de confeccionar el simulacro del pueblecito de Belén. Lo que siempre hemos llamado *el Belén*.

¹El texto evangélico de Mt 1:18 y ss. es el que corresponde a la Misa de la Vigilia de Navidad. Ha coincidido con el correspondiente al Cuarto Domingo de Adviento del año actual (2007).

Según la Historia, fue San Francisco de Asís el primero en construir una réplica en miniatura del pueblecito de Belén. Y en efecto porque, ¿a quién sino a él se le iba a ocurrir esa idea? Es conocida la ternura de perfecto enamorado que, durante toda su vida, sintió el Santo hacia Jesucristo. Su amor a Jesús fue tan grande como para hacerle compartir de cerca la existencia del Señor, incluida su Pasión. Y no ya meramente en forma espiritual, psicológica o moral aunque grabada hasta lo profundo de su corazón; sino también de manera física, hasta en su propio cuerpo. Si queréis comprender mejor aquel *exceso* (por parte de ambos; tanto de Dios como de él), debéis recordar que el hombre es un compuesto de alma y cuerpo. Y la participación del Santo en la Pasión y Muerte de su Señor fue demasiado íntima, por lo que no es extraño que incluyera al hombre *completo* (su alma y su cuerpo) que fue Francisco de Asís. Y de esa manera vivió hasta el momento de su muerte: sangrando y tratando de ocultar a todos sus heridas (la terrible llaga del costado, sobre todo); en absoluta pobreza y en total identificación con los sufrimientos del Señor. En los últimos años de su vida, ni siquiera podía permanecer erguido, dado que se lo impedían las tremendas heridas de los clavos que le desgarraban los pies.

Pero en fin, estamos ante los nuevos tiempos. Y el *Belén* de antaño ha sido sustituido por el *Árbol de Navidad* de hogaño.

Tal como ha ocurrido también con la maravillosa historia–leyenda de los *Reyes Magos*. Historia, en cuanto que tales

personajes existieron realmente. Leyenda, en cuanto que los niños (los que todavía son niños y siguen teniendo un corazón de niño) continúan pensando que, durante la noche del 5 al 6 de Enero, llegan los *Reyes*; cargados de regalos, desde luego, a fin de depositarlos junto a los zapatitos de los que duermen y aún conservan su corazón puro. En cuanto a nosotros, no estaría de más que recordáramos, una vez más, las palabras de Jesús: *Como no os hagáis como ellos, no entraréis en el Reino de los Cielos.*

Desgraciadamente, los *Reyes Magos* han sido sustituidos por un personaje gordinflón llamado *Papá Noel*. Si alguno de vosotros, consternado, pregunta la razón de tal cambio, que tenga en cuenta una cosa: los pecados del Mundo llevan siempre incluidos su propio castigo. Por supuesto que no sabemos quién es *Papá Noel*, aunque no debemos preocuparnos demasiado por eso, puesto que tampoco él lo sabe. Por cierto que suele reír desaforadamente, de una manera parecida a como lo hacen los tontos de los pueblos. Y también toca una campanilla, atronando los oídos de quienes pasan cerca. En realidad nadie sabe porqué ríe ni porqué toca la campanilla; pero quedaos tranquilos y no hagáis problema del asunto, porque él tampoco lo sabe.

Parece que lo que se pretende es acabar con costumbres llenas de ternura y de encanto sobrenatural, vividas durante muchos siglos por el Pueblo cristiano y basadas en los mis-

terios del Cristianismo. ¿El objetivo inmediato a conseguir? Sustituirlas por otras distintas y paganas, extraídas de mitologías extrañas. Os habréis dado cuenta de que el cambio se ha operado también hasta en las palabras y las expresiones: ya no se dice, por ejemplo, *¡Felices Navidades!* sino todo lo más *¡Felices Fiestas!* Aunque nadie conozca ni el contenido, ni el significado, ni el porqué de tales *Fiestas*. Hasta los ingenuos, sencillos, populares y alegres villancicos han sido transformados en cantilenas profanas, con letras de vulgaridad imposible de superar y cuyo significado no sería entendido ni por el mismo Aristóteles que reviviera para hacerlo, como diría Cervantes.

El resultado es que hemos perdido una de las cosas más bellas y encantadoras que sucedían durante el año: la Noche de Navidad.

Cuando yo era todavía un muchacho, allá en mi pueblo natal asistíamos a la Misa de Medianoche de la vigilia de Navidad. La *Misa del Gallo*, pues tal era el nombre con que era conocida. Por lo que a mí respecta, hasta que llegaba el momento de ir a la iglesia y una vez acabada la cena, me gustaba salir a la calle a contemplar el Cielo. Solía hacer un frío intenso que a mí, siquiera por una vez, andaba lejos de parecerme desagradable. Las estrellas brillaban aquella noche de tal manera como quizá ninguna otra solían hacerlo; o al menos eso es lo que a mí se me antojaba. Siempre me pareció

que el firmamento estrellado de la Noche de Navidad era algo de lo más hermoso que Dios había creado. Incluso el aire, más puro que nunca, se aspiraba en los pulmones como si fuera una caricia. Y en cuanto al suave y arrullador murmullo de los animalitos nocturnos, inducía a pensar en los ecos de un concierto angélico y lejano que llegara hasta mis oídos.

Los tiempos han cambiado y son ahora mucho más difíciles. Y quizá porque vivimos acosados y hostigados por el Mundo que nos rodea, más anticristiano que pagano, con frecuencia nos hemos dejado invadir por el miedo. Recordad sin embargo que San Juan, en su Primera Carta, decía que el amor y el miedo son incompatibles y que el amor perfecto echa fuera el temor. Según lo cual y por lo tanto, quien teme es porque no ama.

Es por eso por lo que nos hacemos la pregunta: ¿Qué ha pasado con nuestra Iglesia...? Porque es evidente que se ha dejado invadir por el temor, hasta el punto de que parece haberla conducido hasta la cobardía.

Y no os digo esto para entristecer vuestro corazón. Al contrario. Deseo ardientemente animaros a que os sintáis felices. ¿Por qué...? La verdad es que hay demasiadas razones para que viváis la Alegría. Una de ellas consiste precisamente en que Dios, en su bondad infinita, ha querido que se conserve en vosotros el espíritu de la Navidad. Por otra parte, si es cierto que el Cristianismo está soportando ahora la mayor

crisis de su historia, tal cosa habrá de suponer para vosotros un magnífico y brillante desafío.

Mis recuerdos de adolescente se acumulan en este punto. Acuden en tropel a mi mente, una vez más, las razones que me impulsaron a hacerme sacerdote. La más decisiva de las cuales fue la llamada de Jesús, por supuesto; impulsada por el amor, como no podía ser menos. Pues habéis de saber que Dios elige para tales oficios, no a los mejores o a los más inteligentes, sino a los que ama más ardientemente. ¿Y quiénes son esos...? Bueno, la verdad es que solamente Él lo sabe, así como también la razón de que las cosas sean así. Si es que hay alguna razón. Pues el Amor tiene sus propias reglas y sus propias razones y ninguna de ellas hay que buscarla fuera de él mismo; puesto que en él se fundamentan, en él empiezan y en él acaban... Pero os decía que recuerdo la llamada que me dirigió el Señor para que le siguiera. Sí, efectivamente; para que fuera *otro Él*, dejando de una vez por todas tantas *glorias humanas* (así me parecían a mí) en las que yo constantemente soñaba (mis éxitos universitarios, mi carrera de Leyes, mi brillante futuro...). Me sentía como el ciego de Jericó después de que el Señor le devolviera la vista: ahora veía claramente por fin, y podía también *seguirle por el camino*. Pero volvamos a nuestro tema. Quería deciros que una de las cosas que me animaron a seguir al Señor —¡ah, los jóvenes!— fue el convencimiento de que los sacerdotes, tal

como yo los veía y conocía, no cumplían con un ministerio que les tendría que haber llenado de ilusión. Así lo pensaba yo en la ingenuidad de mi adolescencia, añadiendo a todo ello la firme determinación —¿cómo no?— de poner remedio a la tragedia. Es ahora, después de haber pasado mucho tiempo, cuando he comprendido que aquellos hombres tenían fe, eran buenos y piadosos y hacían lo que sabían hacer según la pobre formación que habían recibido. Aunque de un modo suficiente para mantener encendida la fe del Pueblo cristiano, a diferencia de lo que ahora sucede en muchos lugares.

Pero ahora, sin embargo, las cosas son diferentes. Pues estamos asistiendo a la deserción de los Pastores de la Iglesia. Sí, habéis oído bien; he dicho *deserción*. Pues existe una crisis profunda en el estamento del sacerdocio que está perjudicando gravemente la fe del Pueblo cristiano. Sabéis, por citar un ejemplo, que se está organizando en Madrid, para el próximo domingo, un Congreso Internacional sobre la Familia. Con la intención, según se dice, de actualizar la conciencia de sus valores. Se está haciendo mucha propaganda sobre el acto e incluso se va a leer en él un discurso del Papa. Hasta aquí, todo bien. Pero lo que me causa honda pena y profundo desencanto son las circunstancias que acompañan. Siempre que se habla del tema, se evita cuidadosamente cualquier referencia a la situación de crisis que estamos atravesando: la referente a la Familia y la que abarca a los valores en general:

Nos reunimos —se dice— no tanto para hablar de la Familia cristiana cuanto simplemente de la Familia.

Observad el cuidado con que se evita cualquier alusión positiva al espíritu del Cristianismo. Pues sin duda que tal cosa sería un tabú. Ahora bien, ¿qué sentido puede tener, en un Congreso sobre la Familia organizado por cristianos y presidido por el Cardenal de Madrid, prescindir del carácter cristiano de la institución? Es verdad que la Familia como tal existe desde Adán y Eva, aunque fue Jesucristo quien elevó el matrimonio —constitutivo de la Familia— a la categoría de sacramento, convirtiéndolo así en una fuente de gracias de lo Alto para los esposos y para los hijos. Y en estos momentos, transcurridos veinte siglos de Cristianismo, no es comprensible que se pretenda explicar la Familia prescindiendo de su carácter sobrenatural. ¿Se quiere volver acaso al Antiguo Testamento? ¿O quizá al puro Derecho Natural. . . ? Pero en unos momentos en los que el Sistema niega sistemáticamente cualquier alusión a la Biblia (Antiguo o Nuevo Testamento), e incluso al Derecho Natural, admitiendo además las más execrables aberraciones (*matrimonio* de homosexuales); en estos momentos, digo, escamotear el constitutivo cristiano en la Familia, a fin de no molestar a los que modernamente han renegado del Cristianismo y de todos los valores, no deja de ser una cobardía a la que se ha llegado por puro miedo:

No somos agresivos. No vamos contra nadie. Esto es simplemente una fiesta. . .

Etc. Y así siguen con cantinelas semejantes, azuzados siempre por el temor de provocar disgustos por parte de algunos. ¿Qué es lo que hay en el fondo de todo esto? Evidentemente el deseo de no molestar al Sistema, de no provocar las iras de un Gobierno declaradamente anticristiano, de no dar la impresión de que las aberraciones contra la naturaleza son llamadas con su nombre, a saber: aberraciones contra la naturaleza... , y en definitiva, cobardía.

El hecho es que estamos viviendo en una Sociedad que se ha empeñado en destruir la Familia. El *matrimonio* de homosexuales, por ejemplo, es nulo ante la ley natural o la ley divina, puesto que es una perversión de la naturaleza y el grado más bajo de ignominia en el que podría caer el ser humano. El atentado del Estado contra el matrimonio no es más que un intento de destruir la institución de la Familia. Se trata de acabar con el instrumento principal de formación del hombre como hombre y como cristiano. Se quiere impedir que los niños sean educados por padres cristianos. E incluso se pretende evitar que los niños aprendan a pensar y a formarse sus propios criterios, a fin de que puedan ser fácilmente manipulados por la Máquina estatal. Sabéis que es un principio marxista el de reconocer al Estado como único educador de los niños, excluyendo a los padres; y de ahí las nuevas leyes de la Enseñanza o, si se quiere decir mejor, de destrucción de la Enseñanza. No se permite que los padres corrijan o castiguen

a sus hijos. ¿Y a qué se ha quedado reducida la consigna de la Escritura: *Quien no castiga a su hijo es porque no lo ama?* ¿Se puede educar a niño solamente con palabras, sin utilizar jamás el castigo (del modo y manera dictados por la justicia y la prudencia) para corregirlo? Sin embargo, las actuales leyes del Estado impiden que los padres castiguen a sus hijos; que es lo mismo que anular su derecho (y su deber) a educarlos.

Hace pocos días tuve ocasión de oír la radio durante algunos minutos. Se entrevistaba al Presidente de una Asociación de defensa de la Familia. Una de las muchas que existen en España y cuyo nombre no recuerdo. El buen señor estaba diciendo tonterías y lo hacía muy bien, pues parecía sentirse en lo suyo. Como la siguiente:

Nosotros no defendemos a la Familia cristiana, sino simplemente a la Familia; nada más. Puesto que la Familia nada tiene que ver con el Cristianismo.

Lo que dicho por un cristiano, y seguramente católico, después de veinte siglos en que el Cristianismo ha estado configurando la Familia, no deja de ser una estupidez. Y como parece que el tarro de las gansadas no estaba agotado, seguía insistiendo el buen hombre:

Pues la Familia no es otra cosa que chica que gusta a chico y chico que gusta a chica.

Así en una emisora católica de radio. Que se califica a sí misma desde el momento en que entrevista a necios que dicen necedades.

Pero vamos a ver: ¿Qué significa eso de que la Familia nada tiene que ver con el Cristianismo? A no ser que se refiriera a la suya propia, claro está. . .

Por supuesto que la Familia existe desde Adán y Eva como institución natural. Y después con el matrimonio como su fundamento, convertido en sacramento por Jesucristo. Desde entonces, al menos en todo el mundo occidental, la Familia está totalmente impregnada de ideología cristiana.

Defendemos a la Familia por la Familia, que nada tiene que ver con el Cristianismo. . . Chico que gusta a chica y chica que gusta a chico. Y eso es la Familia. . .

Evidentemente, una de las desgracias con las que Dios nos castiga a los que vivimos en nuestro tiempo es la de obligarnos a oír mamarrachadas, también por la radio. Y es que, sencillamente nos hemos vuelto locos.

Y en efecto; pues no parece sino que el Mundo como tal, y el Cristianismo en particular, se han vuelto locos. Lo cual, a vosotros que sois jóvenes no tiene porqué causaros abatimiento:

Os escribo a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes y habéis vencido al Maligno, decía San Juan en su Primera Carta. La situación actual, tanto la del Mundo como la de la Iglesia, no puede ser para vosotros otra cosa que la ocasión de un desafío; de poner en vuestro ánimo la ilusión por una tarea que se presenta como dura y difícil. Habréis de dar testimonio

de Jesús en un mundo que ya no cree en Él. De tal manera que, no solamente habréis de estar dispuestos a *trasladar montañas* (tal como prometió el Señor a quienes tengan fe), sino que en ella (en la fe) habréis de poner vuestra confianza hasta la victoria. Pues *ésta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe*, decía también el apóstol Juan en su Primera Carta.

Es cierto que estamos viviendo en un mundo de perversidades, de mentiras, de hipocresías y de cobardías. Lo que nos da ocasión de volver a nuestro tema: ¿Qué ocurre con muchos Pastores de nuestra Iglesia?

Como tantas veces os he dicho, en el Evangelio están contenidos todos los problemas que pueden preocupar a los hombres de todos los tiempos y, como es lógico, las pertinentes soluciones para afrontarlos en cada caso según el Espíritu de Jesucristo.

Pues bien; en el capítulo diez del Evangelio de San Juan habla el Señor de los buenos y de los malos Pastores. Y según nos dice, el buen Pastor va delante de sus ovejas, las guía, las conduce a buenos pastos y las conoce hasta el punto de que llama a cada una por su nombre. Las ovejas le siguen, pues reconocen su voz. En cambio no ocurre lo mismo —sigue diciendo el Señor— cuando es un mercenario quien las guía; ellas no reconocen su voz y además, llegado el momento de peligro, el mercenario huye y las abandona, sin que le importen demasiado puesto que no son suyas.

Pero fijaos en algo muy importante y que suele pasar desapercibido. El mercenario huye y abandona a las ovejas *porque no son suyas*. Con lo que nos tropezamos, por lo tanto, con expresiones referentes a la propiedad y a la posesión. Todas las cuales, junto con otras muy peculiares como las de *mío* y *tuyo*, son propias y características del Amor. Pues cuando dos personas se aman de verdad, todo lo que es de una pertenece también a la otra; pues ambas se han entregado mutuamente sus pertenencias: *Todo lo mío es tuyo, y todo lo tuyo es mío*, decía Jesucristo, dirigiéndose al Padre en el Sermón de la Última Cena; y un poco antes había dicho a los apóstoles: *Todo lo que tiene el Padre es mío*.

Cuando se habla de lo *mío* y de lo *tuyo*, precisamente porque ambos conceptos se han convertido a su vez en *lo nuestro*, debido a la mutua entrega que se ha llevado a cabo, se está hablando del Amor. Por eso, cuando se dice que el mercenario abandona a las ovejas porque no son suyas, lo que se está afirmando en realidad es que no las ama. Mientras que el buen Pastor va delante de las ovejas, enfrenta los peligros y las defiende hasta entregar su propia vida, las conduce a buenos pastos... , y todo porque las ama. Por eso son suyas y así es como lo interpretan las ovejas. Y recíprocamente, porque Él también pertenece a las ovejas: *Mi amado es para mí y yo soy para mi amado. Mi amado es para mí y a mí tienden todos sus anhelos*, decía la esposa del *Cantar de los Cantares*.

Estamos ante los días preciosos de la Navidad. En los que esperamos que el Señor nos haga comprender su verdadero sentido y experimentar el gozo consiguiente. Aunque eso es una cosa —la de gozar de verdad de la Navidad— que queda reservada para los que se dejan conducir y enseñar por el Espíritu del Señor, que es decir por el Espíritu Santo.

A veces nos planteamos la pregunta que durante tiempo se han hecho los teólogos: *Cur Deus Homo?* ¿Por qué Dios se hizo Hombre? Sin duda alguna porque deseaba llevar a cabo nuestra salvación. Pero seguramente también —y ésta puede ser otra importante razón— porque ansiaba que lo conociéramos más *directamente*, que es lo mismo que decir a nuestra manera. Pues sucede que somos seres humanos y no podemos amar a la manera angélica, e iba a ser muy bonito que lo amáramos al modo humano —o si queréis sobrehumano, elevado por la gracia aunque siempre sobre la base de lo humano—. Bien; pero de todos modos, ¿por qué se hizo Hombre? La respuesta más sencilla es la que dice que para ser uno de nosotros (y no meramente igual o semejante a nosotros), para participar y *experimentar* nuestros propios sentimientos. Aunque está claro que, de haber sido vosotros teólogos, os habríais dado cuenta de que no tiene sentido hablar de que Dios *experimente* nuestros propios sentimientos; pues la ciencia infinita de Dios hace imposible que Dios necesite experimentar alguna cosa. En el sentido, al menos, de lo que significa el vocablo

experimentar: aprender o conocer algo que hasta ese momento no se sabía; o comprobar algo que hasta ese momento no había sido objeto de una aprehensión personal. Pero sucede que la ciencia de Dios, como hemos dicho antes, es infinita. Y si Él no tiene porqué experimentar nuestros sentimientos, en cambio sí que podemos nosotros *experimentar* que Él participa de los nuestros. Y que son suyos también como Hombre que es: *Tened en vosotros los mismos sentimientos que Cristo Jesús*, decía el Apóstol San Pablo. De esta manera, cuando Dios se ha hecho Hombre en Jesucristo, con un cuerpo como el nuestro y un alma como la nuestra, sometido además a las mismas debilidades y limitaciones que sufrimos nosotros, es cuando verdaderamente se ha hecho *accesible* a nosotros. Es ahora cuando lo podemos amar con nuestro corazón de carne, porque Él mismo posee también un corazón de carne. El cual corazón, por pertenecer a una Persona Divina, nos da la posibilidad de que amemos *directamente* a Dios y plenamente a nuestro modo. Elevados por la gracia todo lo que queráis; pero a nuestro modo.

Si llegáramos a comprender algo de lo que significa que Dios se hizo hombre, que es decir algo de lo que supone el maravilloso misterio de la Navidad, nos volveríamos locos de Alegría. *Que no nos hable Dios, sino Moisés; pues si nos habla Dios, moriremos*, decían los judíos durante su Peregrinación por el Desierto. Pero nosotros pensamos de diferente

manera: *Que nos hable Dios, a través de Jesús. Pues siendo uno de nosotros, lo hará con lenguaje humano y compartirá nuestros sentimientos humanos. Y nosotros lo percibiremos como humano en su naturaleza humana: a través de su sonrisa humana, de su mirada humana y de sus gestos humanos.* Tratará con nosotros por medio de su alma humana. La que experimentó, lo mismo que la nuestra, el gozo, el dolor, el sufrimiento, el hastío en ocasiones ante el comportamiento de sus discípulos, la ira y el furor que lo llevaron a veces a adoptar una actitud de intransigencia, incluso hasta utilizar un látigo para expulsar a los mercaderes del Templo. . . Él fue quien tuvo siempre presente ante sus ojos el bien de los demás, sin importarle el disgusto o la reprobación de los poderosos (a diferencia de los malos Pastores, que jamás han buscado otra cosa que el aplauso y la aprobación del Mundo). Nosotros, que sabemos que tales sentimientos *humanos* son al mismo tiempo también *divinos*, hemos sabido igualmente que ya podemos amar a Dios tal como deseábamos hacerlo: de una manera perfectamente *humana* y, al mismo tiempo también, *cuasi divina*. Pues es ahora cuando podemos hablar con Él, escucharlo, abrazarlo y dejarnos abrazar por Él. Incluso entregarnos mutuamente las propias vidas (la suya por la nuestra y la nuestra por la suya) en el inefable evento amoroso de la Comunión Eucarística. Hasta podemos pensar que, tan cierto como nosotros nacimos llorando, rabiando y buscando ansio-

samente el pecho de nuestra madre, Él lo hizo de la misma manera; sólo que con mayor pobreza todavía en el pesebre del pueblecito de Belén.

Y no queramos envolver más en tristeza la belleza de estos días relatando nuevas desdichas. Algunas de las que aquejan a nuestra Iglesia y la han sumergido en la mayor crisis de las que ha padecido en su Historia.

Pero, si acaso es verdad que el Mundo se ha vuelto loco, y con él también muchos cristianos, vosotros podéis hacer al respecto algo parecido pero mucho más importante y transcendente: volveros locos también.

Ante todo por el inmenso gozo que el Espíritu va a derramar en vuestros corazones, a fin de que gustéis más y mejor la Alegría propia de los días que ya comienzan mañana.

Y luego por la ilusión y el entusiasmo por la fe en la victoria ante la tarea que os espera. Pues *ésta es la victoria que vence al Mundo, vuestra fe*. Así os lo decía el apóstol, o el mismo que escribía también para vosotros: *Os escribo a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes y habéis vencido al Maligno*.

Quizá los viejos ya no seamos capaces de vencerlo; o quizá los que se han convertido en viejos de espíritu. Aunque sí los viejos en años pero que han conservado el corazón joven. Pero vosotros sois jóvenes, y os sentís llenos de ilusión. Aquella misma que yo sentía cuando era también adolescente, cuando pensaba ingenuamente que los sacerdotes de entonces apenas

si hacían nada por convertir al mundo. Yo era un niño entonces con pensamientos de niño. Vosotros en cambio poseéis ya madurez en Cristo. Por eso sois los jóvenes del *ahora y del siempre*, y nada ni nadie os hará cambiar ni desistir de vuestro propósito. Como Jesucristo, del que decía la Carta a los Hebreos que *es el mismo, y ayer, y hoy, y por los siglos*.

NAVIDAD

(25, Diciembre, 2007)

En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Todo se hizo por él, y sin él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron.

Hubo un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan. Éste vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos creyeran. No era él la luz, sino el que debía dar testimonio de la luz.

El Verbo era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre, que viene a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo se hizo por él, y el mundo no le conoció. Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron.

Pero a cuantos le recibieron les dio la potestad de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre, que no han nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni del querer del hombre, sino de Dios.

Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

(Jn 1: 1-14)

Podríamos comenzar esta exhortación recordando los hermosos versos de Miguel Hernández, ya conocidos de vosotros:

*A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.*

Y así es, efectivamente, porque en un día como el de hoy ¿tendríamos que hablar de tantas cosas...! ¿Y cómo podríamos hablar acerca de lo que significa el Misterio de la Navidad, del hecho de que Dios se hiciera hombre, que naciera y viviera como uno de nosotros y que, al fin, muriera entre nosotros? Es decir: del hecho de que Dios se hiciera, no ya *como nosotros*, sino exactamente *uno de nosotros*. La verdad es que, por mucho que hablemos sobre el tema, no haremos otra cosa que balbucear. Siempre nos quedaremos demasiado lejos; incluso del umbral del Misterio. Pues es lo cierto que *Dios se hizo un niño*.

Recordad la consigna dada por Jesús a sus seguidores de todos los tiempos: *Si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos*. En la que está contenido el sentido

de la existencia cristiana: que es necesario hacerse como niños para entrar en el Reino de los Cielos.

Pero Él no se hizo como un niño, *¡sino que se hizo niño!* Tal vez convenga repetirlo: efectivamente; porque realmente se hizo un niño. Según lo cual, y siguiendo la misma pauta, hacerse niño y vivir como niño, o prolongar la infancia a lo largo de toda la existencia terrena, constituye el ideal de todo discípulo de Jesús. O dicho de otro modo, el ideal de la existencia cristiana consiste en ser siempre un niño.

Por supuesto que alguien podría pensar: Pero, ¿acaso la vejez, ya en la recta final de la vida, no significa haber alcanzado el punto culminante de la madurez humana y, sobre todo, del crecimiento y la identificación con Cristo y en Cristo? ¿Acaso la vejez, por otra parte, no es la decrepitud, el final de la existencia terrena para un ser humano, el agotamiento de las fuerzas y de las posibilidades?

Sin embargo pongamos las cosas en su sitio. Pues la vejez no es sino la culminación de la infancia. Lo que sucede, al contrario de lo que ordinariamente pensamos, es que no siempre vemos las cosas como son. Porque efectivamente —habrá que repetirlo— la vejez es el cenit de la infancia. O también, la misma infancia pero llegada al punto culminante al que estaba destinada la existencia. Es verdad que, a pesar de que nuestro cuerpo se deshace cada día que pasa, nuestro espíritu, en cambio, se va acercando cada vez más al Señor, en conti-

nua maduración. La vejez es la misma infancia del principio de la vida, aunque florecida ahora en una exuberancia de madurez, de sabiduría y de experiencia; a la que le ha sido concedida, sobre todo, la gracia inestimable de alcanzar la plenitud mediante el procedimiento de compartir la vida, la muerte y la entera existencia del Señor.

Porque una cosa es la vejez del cuerpo y otra la del espíritu. La vejez del cuerpo, en cuanto que supone el desmoronamiento del organismo, día tras día, con la consiguiente disminución de las fuerzas físicas, es inevitable que llegue. Y sin embargo la infancia del espíritu siempre permanece. Más todavía, puesto que en increíble paradoja crece constantemente: cada día es más infancia, que es lo mismo que decir que es cada vez más gloriosa, a medida que va acumulando todas las maravillas que encierra la niñez. Por eso moriremos siendo más niños; a saber: más sencillos, más humildes, más puros, más sinceros, más generosos, y más limpios de corazón que el día en que fuimos bautizados y recibimos por primera vez la gracia del Señor.

De ahí que el ideal de cualquier cristiano, en contra de lo que el mundo piensa, y también nosotros a veces, no puede consistir sino en ser el último entre todos. O el más pequeñito, el más débil y el que menos cuenta. Ya Jesús nos lo había advertido: *Quien quiera ser el primero, hágase el último y el servidor de todos*. De manera que, según esto, el último se

convertiría en el primero. Para comprenderlo, podemos evocar sus palabras y hasta percibir sus sentimientos: *Yo estoy en medio de vosotros como quien sirve... Yo no he venido a ser servido, sino a servir... Fijaos en lo que he hecho con vosotros* —decía en la noche de la Última Cena— *Me he puesto y os he lavado los pies; a vosotros que me llamáis Maestro, y en verdad, porque lo soy; y que me llamáis Señor, y con razón, porque lo soy. Pues si yo, que soy el Maestro y el Señor os he lavado los pies... Si os he tratado con humildad, ternura y amor hasta el punto de ponerme, no ya a vuestra altura, sino en un grado aún más inferior... Para que, en el supuesto de que vosotros no podáis llegar hasta mí, yo llegue y pueda estar con vosotros... Pues hemos de estar al mismo nivel, si acaso deseamos comprendernos y amarnos, hasta el punto de intercambiarnos el corazón y la vida...*

Palabras sublimes y llenas de ternura que sólo por los niños pueden ser comprendidas.

¡Los niños...! Pero si los limpios de corazón son los que ven a Dios (*Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*), entonces son los niños los que ven a Dios. ¿No recordáis que era en su Primera Carta donde decía el apóstol San Juan: *Os escribo a vosotros niños, porque habéis conocido al Padre?* Por lo tanto, según el apóstol, quienes han conocido al Padre, o sea a Dios, son los niños. Precisamente los niños, porque aún conservan su corazón puro, y porque sus

ojos limpios todavía no han sido oscurecidos por las nieblas y las suciedades del pecado. Porque ellos, los niños, son los que todavía viven la ingenuidad, creen en la rectitud de la verdad y sueñan en fantasía.

Mirad lo que sucede, por ejemplo, con la tarea de colaborar con Dios acerca de los nuevos seres humanos que vienen al mundo. Para los viejos de espíritu, o para los adultos que dejaron de ser niños, la procreación no es otra cosa que el resultado de la labor de la naturaleza, e incluso a menudo la consecuencia de un accidente. Nada más. Pero para los niños, en cambio, las cosas no son así. Cuando éramos nosotros tales niños, desconocedores de los misterios de la generación, nos preguntábamos acerca del nacimiento de los nuevos seres. Los adultos nos proporcionaban explicaciones extrañas que, precisamente por ser tales, nunca conseguían convencernos del todo. Al final, acabábamos pensando que los niños procedían de algún más allá desconocido para nosotros pero que, en último término, no podía ser otro sino Dios.

Y en efecto, así es. Pues el alma inmortal de cada niño, creada por Dios en el momento de la procreación, es infundida por Él en el cuerpecito de carne, formando así una unidad que ya en ese momento se configura como persona. Los niños están en la verdad, como siempre, cuando piensan que aquel nuevo ser viene de algún lugar desconocido y, en último término, de Dios.

Hablarle a los niños de Dios es como hablarles del agua, de los pájaros del campo, de las flores, de sus propios juegos o del aire que respiran. Oyen lo que se refiere a Dios como algo natural. Preguntad si así lo queréis a los catequistas, a los maestros cristianos y a todos los que hablan de Dios a los niños pequeños. . . Todos insistirán en su respuesta subrayando la buena voluntad, la apertura de corazón, la candidez y la sencillez de fe con que los niños escuchan.

Tened en cuenta un hecho importante acerca del cual los adultos también suelen estar equivocados. Los niños viajan con su mente al país de la fantasía: al mundo de las hadas, al de las brujas, al de los magos, o al de los gnomos y de los enanos. Por supuesto que piensan en todo eso. . . , y sin embargo no creen en eso. Alguna vez nosotros fuimos niños y leíamos con placer los cuentos de hadas, de enanos, de duendes, de gigantes y de cosas semejantes. Los leíamos con gran alegría y gozo en el corazón, al mismo tiempo que sentíamos volar nuestra imaginación. . . y sabíamos muy bien que nada de eso era real. Pero sí que estábamos convencidos de que existía un mundo de fantasía; o un mundo del más allá al que no llegábamos porque estaba demasiado alejado y por encima de nosotros. Pero que no por eso dejaba de existir. Nuestra niñez vivía en la creencia de que tal mundo habría de ser más sublime y hermoso, más verdadero y recto, más honrado y auténtico, de aquél en el que nos sentíamos sumergidos y en

el que vivíamos. Por lo cual, en cierto sentido, hacíamos girar nuestra existencia dentro de ese mundo de fantasía.

Pero fijad vuestra atención en los viejos, en la llamada gente madura y en todos los que han dejado de ser niños. Se ríen de los pequeños porque —así lo piensan ellos— creen en las hadas y en los duendes. Cuando en realidad son ellos, los mayores, los maduros y los que han dejado de ser niños, los que creen en las brujas y viven en su mundo de fantasía. . . , que en este caso sí que es enteramente falso. Pues, ¿quiénes son los que nos predicán sus falsas y necias utopías, excrecencias de un mundo retorcido de inútil fantasía, el cual no existe sino en las imaginaciones corrompidas de aquéllos que dejaron de creer en Dios? La lucha de clases que nos conducirá a la igualdad entre las clases sociales, a través de la cual se implantará, por fin, la justicia social y desaparecerán las diferencias entre los hombres: el mundo en el que cada uno recibirá lo suyo, según sus necesidades. ¿Y qué decir de la paz? La paz, que nada tiene que ver con la que nos prometió Jesucristo, y que algún día se convertirá en realidad en todo el mundo cuando al fin sean respetados los derechos humanos (¡?). Incluso algunos miembros de la Jerarquía de la Iglesia lo creen así. Olvidando al parecer que el mundo de la utopía es el mundo de la mentira, o el de una fantasía que ha dejado de ser tal porque no es sino una verdad retorcida. Cuando en realidad los niños nunca han llegado a retorcer la verdad. Pero

entonces, ¿quiénes son los niños y quiénes los viejos? De ahí que el corazón cutre de estos últimos haya intentado ahogar el verdadero mundo de fantasía y grandeza de los niños. Así se han esforzado tanto en sustituir las bellas fantasías en las que creíamos cuando éramos niños. El mundo, por ejemplo, de los Reyes Magos. Melchor, Gaspar y Baltasar llegaban cargados de juguetes durante la noche, aprovechando nuestro sueño. El mismo que ha sido sustituido ahora por el extraño universo de Papá Noel: un estrambótico personaje que nadie sabe quién es, que se exhibe en los Grandes Almacenes a plena luz del día y se fotografía con los niños, que toca la campana y se ríe nadie sabe porqué.

Nosotros sabíamos que los Reyes Magos fueron personajes reales e históricos. Creíamos de corazón, aunque de manera muy confusa, que venían durante la Noche de Reyes a regalarnos escondidamente los juguetes. Y aunque también es verdad que nunca llegábamos a comprender aquello con claridad, en el firmamento de nuestra imaginación no se afirmaba ni se negaba la realidad del hecho. Nuestra mente permanecía abierta a lo sublime, a lo desconocido, a lo fantástico y a lo maravilloso. A todo lo que nos transcendía y no acabábamos de comprender... , o como presintiendo la existencia de la belleza y de la bondad infinitas. Nos parecía tan natural la imposibilidad de entenderlo todo que habríamos considerado absurdo negarlo por esa sola razón. Gracias a lo cual, tanto

nuestra imaginación como nuestra mente permanecían abiertas a Dios. Sí, porque en último término, como al final del camino, se encontraba Dios.

La sociedad moderna, en cambio, ha sustituido el mundo de la fantasía de los niños, lleno de alegría y de belleza, por una montaña de inmundicias. A través de sus televisiones, de su cine, de la manipulación de los medios de información y de otros instrumentos de destrucción de las mentes que el Sistema se ha preocupado de facilitar.

Muchas veces hemos reflexionado, y a mi parecer deduciendo conclusiones equivocadas, acerca del episodio del Niño Dios a los doce años discutiendo en el Templo con los Doctores de la Ley. Después de haber visitado el Templo con sus padres, y ya de vuelta al hogar, el Niño permaneció allí sin que nadie lo advirtiera. Sus padres lo buscaron con la consiguiente angustia, hasta que al fin lo encontraron, al cabo de tres días, hablando y discutiendo con los Sabios de Israel, que no salían de su asombro.

Siempre hemos visto el episodio como algo lógico y normal: al fin y al cabo el Niño era Dios. Según lo cual, bien podía discutir con los Doctores de la Ley y con quien fuera necesario.

La realidad, sin embargo, más bien parece mostrar el episodio como otra muestra de la enternecedora Humanidad del Señor. A mi entender, no existe ahí milagro alguno que valga.

Efectivamente es el Dios hecho Hombre quien está dialogando con los Sabios de Israel. O si lo preferimos así, es Jesucristo como verdadero Hombre; sin necesidad de recurrir por esta vez a su naturaleza divina, aunque no la excluyamos. Yo diría incluso que, para saber más que aquellos Expertos en la Ley, solamente hacía falta tener el corazón limpio. . . y, por lo tanto, la mente clara. En un sentido contrario, aquellos vetustos Maestros de Israel, que habían retorcido y corrompido la Ley con sus arbitrarias interpretaciones, no habrían conseguido sino oscurecer su mente y privarla de la Luz. Como una ventana que ha sido tapizada, o cuyos cristales están cubiertos de suciedad, y no deja pasar la claridad del día. Cuando no existen obstáculos y el corazón es honrado, la mente se abre libremente a la luz de la verdad. Pues un corazón limpio siempre impulsa a la mente, a través de la luz, por los rectos caminos que conducen hasta la verdad. Hubiera sido suficiente con que aquel Niño extraordinario poseyera un corazón extremadamente limpio, una mente bastante despejada, y una inteligencia natural sumamente elevada, para dejar atónitos y asombrados a los Peritos de la Ley.

Los niños suelen ver las cosas como son. En cambio no ocurre así con los viejos que, habiéndose empeñado en dejar de ser niños, se han acostumbrado a retorcer la verdad.

Recordad, por ejemplo, el caso del tan famoso y no menos traído y llevado cuadro de *Guernica*. Los mayores, los exper-

tos, los adultos, los entendidos y sobre todo los muy cultos, no dudan en ver en el cuadro un mensaje político. Conocida la ideología de Picasso, el autor de tamaña obra de arte, no es de extrañar que las ideologías izquierdistas la hagan propia y la exploten hasta obtener abundante jugo. Con lo cual quedan justificados el gasto de numerosos millones, además de la entrega de algunos cuadros de Velázquez (de cuyo valor artístico no hay discusión en este caso), que quiso pagar el Gobierno español a cambio de *la mayor obra maestra que han contemplado los siglos*. La cual significa, según los expertos en Arte (ya es mala cosa, para una obra de Arte, que sea necesario recurrir a los *significados* para entenderla) el cruel bombardeo del pueblo de Guernica por el Ejército de Franco durante la Guerra Civil española. Desgraciadamente, si preguntáis a un niño (o a cualquier persona con sentido común y todavía no impuesta en Política) acerca de lo que se aprecia en el cuadro, os contestará que algo parecido a un toro degollado. . . , que efectivamente es lo que más se aproxima a lo que aparece en el cuadro. Después de todo los niños ven las cosas como son. Y por eso perciben la verdad, la belleza, y hasta la misma poesía, de un modo como ya no son capaces de hacerlo los que dejaron de ser niños.

Recordad también el cuento del Rey Desnudo. Al que le habían confeccionado una túnica de pedrerías y joyas preciosas, tejida con hilos de oro y adornada de un conjunto de no

sé cuantas maravillas más. . . Pero que solamente podía ser vista por los que fueran hijos de madre honrada; y solamente por ellos. Ya podéis suponer que todo el mundo veía la túnica; o tal vez sucedía, según podemos sospechar, que nadie se atrevía a confesar lo contrario. Hasta que por fin llegó el día en que el Rey salió a desfilarse por las calles de la capital de su Reino. Cabalgando en brioso corcel y *vestido* de su famosa túnica. Todo el mundo *lo veía* brillantemente ataviado y todo el mundo lo aclamaba: ¿Y quién se iba a atrever a decir que en realidad estaba viendo a un Rey desnudo, como así era en realidad? ¿Quién sería el primero en confesar que su madre no había sido honrada? Porque es lo cierto que todo el mundo *¡veía al Rey completamente desnudo!* ¿Pero iban a ser acaso los hombres provecos y maduros los que estarían dispuestos a reconocer la dudosa honradez de sus progenitores? Por lo cual, según ellos, y así lo reconocían a voz en grito, el Rey iba lujosa y brillantemente ataviado con su túnica. . . Recordad a ciertos fariseos de los que nos habla el Evangelio. Habían sorprendido a una mujer cometiendo adulterio, por lo que ellos, hombres cumplidores de la Ley, querían hacer justicia y que muriera apedreada.

—*¿Qué hacemos con ella, Maestro? Ya conoces la Ley. . .*

Y la respuesta de Jesús:

—*Pues si esperáis mi respuesta, ahí la tenéis: Aquél de vosotros que esté sin pecado, que sea realmente honrado, que arroje sobre ella la primera piedra.*

Y ahí acabó el episodio. En cuanto al Rey de nuestro cuento, vamos a repetirlo, ¿cómo iba alguien a reconocer públicamente que no veía su lujoso atavío? Cuando en realidad nadie lo podía ver... por la sencilla razón de que no existía. La cruda verdad consistía en que los sastres que habían confeccionado la túnica, recabando para ello preciosos materiales, eran vulgares estafadores. Habían engañado y robado al Rey y se habían burlado de él y de sus súbditos. Les bastó para ello aprovecharse de los más bajos sentimientos de unos y de otros: de la hipocresía, de la cobardía, de la estúpida vanagloria, del temor al qué dirán, etc. Hasta que por fin surgió un niño de entre la muchedumbre. Y como no podía ser de otra manera, como suelen hacer los niños, habló claro y sinceramente: *¡Pues yo digo lo que veo: que el Rey va desnudo y que me demuestren lo contrario si no es así!* A la cual confesión se unió inmediatamente el griterío y el asentimiento general de la muchedumbre, en medio de la más espantosa y general de las rechiflas.

Por eso, en un día como el de hoy, es importante impear del Señor que infunda en nuestro corazón el espíritu de la infancia espiritual. Aquello de lo que tanto habló Santa Teresita del Niño Jesús, tal vez con un lenguaje un poco pasado de moda pero cuyo fondo permanece siempre en la verdad de su doctrina. Lenguaje tierno en la forma si queréis, aunque con la entereza de espíritu de la doctrina que ella denominó *infancia espiritual*.

A este propósito, recordad uno de los episodios que se cuentan del niño Tiberio en la novela *Las Campanas Tocan Solas*. Cuando el señor Pedro, muy celoso de su huerto en general, y de los frutos de sus higueras en particular, sorprendió a Tiberio y su pandilla encaramados en una de ellas —la mejor, por supuesto—, comiéndose con entusiasmo las mejores brevas; a saber: las más gruesas y las más sabrosas. . . El señor Pedro, armado de su garrote y sumamente indignado, se encaró con todos ellos:

—*¿Qué hacéis ahí? ¿Os estáis comiendo mis brevas?*

A lo que contestó Tiberio, con la sencillez propia de un niño angelical:

—*Si lo estás viendo, ¿para qué lo preguntas. . . ?*

Los niños entienden mejor lo poético porque captan mejor lo bello. Están más abiertos a la fantasía y, por lo tanto, también al más allá. Y Dios, a pesar de estar bien presente en nuestro corazón y en todas las cosas, solamente es visible en el más allá del Cielo. En un mundo que, si ahora a nosotros se nos antoja en forma de fantasía, algún día lo percibiremos en la realidad. Será cuando contemplemos a Dios cara a cara, y cuando lo imperfecto haya dejado de serlo para dar paso a lo perfecto.

En cuanto a vosotros, si algún día hacéis el descubrimiento de comprobar que sois los últimos según los parámetros del Mundo, consideraos felices. Es hermosa la virtud de la

humildad. Y los hombres hacemos alarde de locura cuando pretendemos sobresalir frente a los demás, que prevalezcan nuestros criterios o que se valoren nuestros méritos. ¡Desgraciados los que nunca necesitan que nadie les aconseje! Los que piensan que son más listos o mejores que los demás, o los que se entristecen porque consideran que no son suficientemente apreciados sus méritos. Ahora bien, ¿cuál sería el puesto que a nosotros nos correspondería en justicia? Porque si Santa Teresa de Jesús estaba convencida que el suyo propio no era otro que el Infierno, ¿qué decir entonces del nuestro? Y la respuesta, sencilla por otra parte, no puede ser sino ésta: puesto que somos niños, no nos queda sino abandonarnos en los brazos amorosos de nuestro Padre Dios. Cuya Bondad y Amor son infinitamente superiores a lo que pueda significar nuestra debilidad. También es cierto que, cuanto más nos alegramos de que *Dios es*, tanto más nos sentimos felices de ser pequeños en la consciencia de nuestra infancia espiritual. El Ser Infinito se identifica con la grandeza de la Belleza Infinita. Pero para nosotros, que somos creaturas, lo más hermoso capaz de ser alcanzado por nuestra imaginación es el hecho de que somos pequeños. Por lo demás, ¿qué puede importar todo eso después de que nos ha sido dicho que *Ya no os llamaré siervos, sino amigos?* No olvidéis nunca las otras palabras, también del Señor:

—*¡Oh Padre!, te doy gracias, porque has revelado estas cosas a los pequeños y humildes y en cambio se las has ocultado a los sabios y prudentes del mundo.*

En este País nuestro hay millones de ciudadanos que están convencidos de que el señor Zapatero, el Jefe del Gobierno, es poco menos que un profeta, o tal vez un poco más. Y que ciertos Partidos políticos, como el PSOE para unos o el PP para otros, son Partidos políticos al mismo tiempo que medios de salvación. Pero un niño comprendería fácilmente la verdad y advertiría la gran mentira del enorme montaje. Ni se dejaría engañar fácilmente por los que han falsificado la realidad, convirtiendo la belleza en fealdad y la rectitud en perversidad; por los que han vuelto sus espaldas a Dios y, en definitiva, por todos aquéllos que *amaron la mentira más que la verdad.*

Hoy celebramos el día de la luz, de la belleza, de la inmensidad, de la poesía, de la música y de la Bondad de Dios que se volcó sobre nosotros. El día en el que lo Infinito se hizo finito y se entregó a nosotros, a fin de hacernos también capaces de infinitud. Es verdad que somos creaturas y no somos capaces de abarcar lo infinito. Aunque sí podemos abrir por entero nuestro corazón y llenarlo en totalidad. Al fin y al cabo, puesto que hemos sido hechos participantes de la Vida Divina, bien podemos decir que de alguna manera estamos abiertos a la Infinitud: *Nos hiciste, Señor, para ti...*

Por eso os dije al principio, citando al poeta Miguel Hernández, que

*Tendríamos que hablar de tantas cosas... ,
compañero del alma, compañero...*

Puestos a hablar de Dios no sabríamos acabar nunca. Dicen que San Francisco de Asís no hablaba en su predicación sino de Dios y del Amor de Dios. Pero la gente lloraba y se convertía. Sin grandes disquisiciones teológicas por su parte, hablaba de Dios y de su Amor por nosotros y le brotaban las lágrimas con la emoción. Se advertía fácilmente que aquel hombre amaba profundamente a Dios... y que Dios lo amaba profundamente a él. Pues no habéis de olvidar, como siempre os he dicho, que el amor es siempre y en todo caso bilateral y recíproco.

Que en un día tan hermoso, como es el de hoy, el Señor y la Virgen María Nuestra Madre os bendigan. A vosotros y también a nuestros hermanos. Los mismos que, estando en este momento lejos de aquí, se encuentran sin embargo presentes en espíritu entre nosotros. A un solo y único corazón, inundado por un mismo Espíritu, le corresponde una sola y suficiente bendición. Así sea.

DOMINGO DENTRO DE LA OCTAVA
DE NAVIDAD

(30, Diciembre, 2007)

Su padre y su madre estaban admirados por las cosas que se decían de él.

Simeón los bendijo y le dijo a María, su madre:

—Mira, éste ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel, y para signo de contradicción —y a tu misma alma la traspasará una espada—, a fin de que se descubran los pensamientos de muchos corazones.

Vivía entonces una profetisa llamada Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era de edad muy avanzada, había vivido con su marido siete años de casada y había permanecido viuda hasta los ochenta y cuatro años, sin apartarse del Templo, sirviendo con ayunos y oraciones noche y día. Y llegando en aquel mismo momento, alababa a Dios y hablaba de él a todos los que esperaban la redención de Jerusalén.

Cuando cumplieron todas las cosas mandadas en la Ley del Señor, regresaron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y fortaleciéndose lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él.

(Lc 2: 33–40)

El texto evangélico de hoy, Domingo Infraoctava de Navidad, nos habla del acontecimiento de la Presentación del Niño en el Templo a los pocos días de haber nacido, tal como estaba ordenado por la Ley.

También nos dice la narración que el anciano Simeón, conducido por el Espíritu, reconoció al Mesías y se acercó a él cuando era llevado por sus padres. La Virgen María y San José depositaron al Niño en brazos del anciano. Quien pronunció entonces aquellas misteriosas palabras que todavía hoy, al cabo de más de veinte siglos, nos siguen llenando de confusión: *He aquí que este Niño ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel, y como signo de contradicción.*

Según las cuales nos enteramos de que el Niño había sido puesto para resurrección de muchos —no de todos, sino de muchos—, así como para ruina de otros muchos también. Pero siempre y en todo caso —en todo momento y lugar— habría de ser un signo de contradicción. Una profecía —ser un *signo de contradicción*— que, tal como viene demostrando la Historia, abarca desde el comienzo mismo de la vida de Jesús hasta el final de los Tiempos.

Como confirmación de lo dicho, las palabras del profeta Simeón, tal como sucede con tantas otras del Evangelio, están siendo objeto de manipulación por teólogos del momento

y modernas cristologías. Las afirmaciones acerca de que Jesucristo ha sido constituido para ruina de muchos en Israel, o como signo de contradicción en el mundo, no agradan demasiado a la mentalidad moderna. Y de ahí que los teólogos de la *modernidad*, como es sabido, se hayan esforzado tanto en adaptar los textos sagrados a los criterios del mundo; en vez de hacerlo al contrario, que es lo que parece habría de exigir la lógica. Como decía el Apóstol en su Segunda Carta a Timoteo: *Llegará un tiempo en el que los hombres no soportarán la doctrina sana, sino que se buscarán maestros que les halaguen los oídos según sus deseos.*

Para las modernas teologías, como las de la *bondad* o las del *cristianismo anónimo* (ya se sabe: todo el mundo es bueno e incluso cristiano aun sin saberlo, mientras que es imposible que la Bondad divina condene a nadie eternamente, etc.), sin olvidar dentro de esta tendencia a otras corrientes doctrinales actuales como las *ecumenistas* (todas las religiones son buenas, etc.), las doctrinas *tajantes* (el Infierno existe y es eterno, o que Cristo vino para la salvación de muchos y no de todos, etc., etc.) en el Cristianismo son inadmisibles. Por poner algún ejemplo, recordemos que, después del Concilio Vaticano II, en las traducciones a las lenguas vernáculas se cambió la fórmula de la consagración del cáliz en la Misa: según la cual, ahora se dice para la salvación de *todos*, en vez de la de *muchos*. De todas formas, siempre puede servirnos de consuelo saber

que, afortunadamente, tanto las sanas corrientes doctrinales dentro de la Iglesia como la vigilancia del Magisterio, parece que desean volver a utilizar la fórmula original y auténtica de la consagración del cáliz.

Si Jesucristo es señal de contradicción, constituido como tal tanto para la salvación como para la ruina de muchos. Si además de eso tenemos en cuenta que Él dijo de Sí mismo, con respecto al cumplimiento de su misión, *que no había venido a traer la paz, sino la espada...* Pero aun reconociendo que sus palabras son a veces duras, con todo sería una locura ignorarlas. O lo que viene a ser lo mismo, ocultarlas mediante el disimulo o reducirlas a eufemismos. El Evangelio debe ser aceptado en su conjunto, lo mismo con respecto a las enseñanzas de Jesús que pueden parecer enternecedoras, como a las que suenan con dureza y son difíciles de entender: *Yo no he venido a traer la paz, sino la espada y la división*. Son palabras dichas por Él, y de ningún modo inventadas por nosotros. Por lo demás, ¿qué sentido puede tener para el hombre la operación de escamotear o manipular las enseñanzas divinas?

En el día de hoy, Domingo 30 de Diciembre, y según dispone el nuevo Calendario Litúrgico vigente en la Iglesia desde el Concilio Vaticano II, se celebra la Fiesta de la Sagrada Familia.

Con cuyo motivo, como ya sabéis, se va a celebrar en Madrid una gran concentración que se viene preparando desde

hace algún tiempo. Se trata, como puede suponerse, de exaltar la importancia y la transcendencia de la Familia. Pero, ¡atención!, pues ahora viene lo importante: en contra de lo que hubiérais podido pensar, no se trata de la Familia cristiana, *sino simplemente de la Familia*. Sí, ya lo sé: por supuesto que el acto ha sido organizado por la Jerarquía de la Iglesia y a él van a asistir, podemos creerlo con seguridad, exclusivamente cristianos. Y con todo, aunque no acabéis de comprenderlo (habrá que echar mano de la abstracción filosófica), *se trata meramente de la Familia* (concepto puro, sin adjetivos, y por eso mismo más universal). Por todo lo cual, y mediante la ayuda de la enseñanza cristiana de no pensar mal sin fundamento, debemos suponer (pensando en la intención de los organizadores) que se pretende no herir, y aun ni siquiera molestar, a quienes no son cristianos.

Siempre ha sido general la creencia de que la familia es una institución natural. Aunque el cristianismo le otorgó una dignidad inmensamente superior, convirtiendo el matrimonio (fundamento de la familia) en sacramento. Con lo que hizo posible que la institución poseyera virtualidades que hubieran sido impensables en el orden puramente natural; a saber: fuente de santificación para los esposos y hogar adecuado para la formación humana y cristiana de nuevos hijos de Dios, principalmente. Desde entonces, pretender hablar de la familia *prescindiendo de su carácter cristiano*, no tiene sentido.

Pero se trata, según se dice, de no molestar ni herir. Por lo que los eslóganes se repiten continuamente: *No pretendemos ofender a nadie, ni herir a nadie*, etc. Durante el acto se leerá un Mensaje del Papa, será presidido por el Cardenal Arzobispo de Madrid, asistirán fieles de España y de fuera de España. . . , *pero no se va a celebrar la Santa Misa*. ¿La razón de esto último? Ya lo hemos dicho: no molestar a nadie. Es la fiesta de la Familia, y no de la familia cristiana.

En la familia pre-cristiana, como todos sabéis, el paterfamilias era el dueño y señor del destino de todos los miembros que la componían. La mujer no poseía, ni de lejos, la dignidad que ahora posee, como esposa y también como madre; de tal manera que no era sino un mero *instrumento* en manos del jefe de la familia. Etc., aunque afortunadamente el Cristianismo elevó la institución y lo cambió todo.

Pero entonces, ¿por qué tratar de esconder y disimular la condición cristiana de la familia? El Cristianismo, que cuenta ya con una Historia de más de veinte siglos, ha predicado incesantemente y por todas partes el Evangelio. ¿Qué habría ocurrido si, a lo largo de los siglos, tan gran multitud de misioneros y apóstoles se hubieran abstenido de predicar por temor a molestar a los paganos? San Pablo solía decir que estaba dispuesto a predicar a Cristo, ocurriera lo que ocurriera, y aunque tal cosa provocara el escándalo de algunos y fuera considerada una locura por otros.

Pero el complejo de inferioridad de los cristianos, junto al miedo a confesar la propia fe, parecen haberse puesto de moda en los tiempos modernos. De ahí las tendencias, entre otras cosas, seguidas por ciertos modernos ecumenismos, según las cuales hay que renunciar a la idea del cristianismo como único camino de salvación, después de Jesucristo. Y todo ello a pesar de que *no se os ha dado otro Nombre bajo el cielo por el cual podáis conseguir la salvación*, según decía San Pedro.

Quizá no sería mala idea recordar a la caterva de *vergonzantes* que pululan en tantos estamentos de la Iglesia, las palabras del Apóstol contenidas en su Carta a los Romanos: *Yo no me avergüenzo del Evangelio*.

¿De verdad estamos obligados a creer que todo el mundo es bueno, que es imposible cometer un pecado mortal, que el infierno es una mera posibilidad real o que Dios es demasiado bondadoso como para condenar a alguien para toda la eternidad? Si en la Liturgia de la Palabra, como parte de la Misa (o siempre y en todo lugar) hemos de dejar de anunciar el Evangelio, ¿qué hacemos con la consigna del Señor: *Id por todo el mundo, anunciando a todas las gentes lo que Yo os he mandado*? Si, como se dice, la palabra apóstol significa *enviado*, habrá que preguntar: ¿enviado a quién, y para qué...? Por lo tanto, adiós a todas las enseñanzas contenidas en el Evangelio.

Imaginad a San Pablo, llegado a Atenas para predicar a los griegos. Por supuesto que estaría obligado a utilizar, como

único fundamento de su enseñanza, la *Ética* de Aristóteles. En modo alguno debía molestar a los griegos; estando de por medio, además, la conveniencia de utilizar su propio lenguaje para ser entendido. Claro que entonces habrá que preguntar de nuevo: Pero vamos a ver, ¿se trataba, sí o no, de anunciar el Evangelio?

Imaginad ahora a los apóstoles —a San Pedro, por ejemplo—, llegados a Roma para predicar también el Evangelio. Quizá debieron haber utilizado, como base de su enseñanza, los preceptos del moralista Séneca —un gran moralista, por cierto, aunque fuera pagano—. O las doctrinas filantrópicas de un personaje tan ilustrado como Cicerón (siempre tan bellas y elegantes, como su tratado *De Senectute*). Pero en todo momento teniendo en cuenta dos elementos imprescindibles: el deseo de no molestar a los romanos y la utilidad de emplear exclusivamente un lenguaje inteligible para ellos.

Pero en ese caso, ¿cómo habría sido predicado el Evangelio? Tal como decía San Pablo en su Carta a los Romanos: *¿Cómo invocarán a Aquél en quien no creyeron? ¿Y cómo creerán, si no oyeron hablar de él? ¿Y cómo oirán, si no se les predica? ¿Y cómo predicarán, si no son enviados?*

Todo parece indicar que, para las nuevas teologías, solamente debe predicarse de aquello con lo que el Mundo está de acuerdo. Así se ha dado lugar a que cristianos de profunda influencia social, bien sea por su cargo o por la transcendencia

de sus actividades socio-políticas, asuman actitudes que resultan incomprensibles para las personas sencillas y de buena voluntad. Como la de arrodillarse ante una estatua de Buda; o la de besar el Corán, otorgándole así al libro, de manera explícita o implícita, el carácter de sagrado. Entre otros ejemplos que podríamos traer a colación. Sucede, sin embargo, que Buda era ateo. Y en cuanto al libro del Corán, por si alguien no lo sabe, está plagado de doctrinas extrañas y contrarias a las creencias cristianas: la guerra contra los *infieles* (que son todos aquéllos que no reconocen a Alá como único Dios y a Mahoma como a su Profeta); la mujer como mero instrumento del varón o el absoluto rechazo de la divinidad de Jesucristo. Podríamos añadir a todo eso otro tipo de consideraciones: como la persecución a la que están siendo sometidos los cristianos por obra del mundo islámico, acompañada de los correspondientes asesinatos, iglesias incendiadas, intolerancia absoluta, etc., etc.

Pero volvamos a San Pablo: *Pero yo predico a Cristo; y a Cristo crucificado. Aunque sea escándalo para unos y locura para otros.* Y es que, afortunadamente, el Apóstol, carente por completo de complejos, no andaba preocupado en cuanto a las molestias a causar por su predicación entre los que no querían oír nada de Jesucristo. El complejo de inferioridad —preciso es reconocerlo— es una de las lacras más repugnantes que puede contraer el ser humano.

No queremos herir a nadie, ni molestar a nadie, etc. Siempre las componendas de los cobardes. Tened en cuenta sin embargo, por lo que respecta a España por lo menos, que la ideología socialista ha intentado por todos los medios la destrucción de la Familia. Cristiana o no cristiana, está procurando acabar con todos sus fundamentos. Al fin y al cabo sabe muy bien lo que significa la Familia, como célula base de la sociedad y como núcleo principal de formación cristiana de los seres que vienen a este mundo. Destruída la Familia, y puesta en exclusiva la educación de la juventud en manos del Estado, el camino hacia un materialismo total está trazado.

Para conseguir todo lo cual el socialismo está intentando —con bastante éxito— privar a los padres del derecho inalienable de educar a sus hijos. En cuanto a la enseñanza, en España por lo menos, la asignatura llamada *Educación para la Ciudadanía*, de estudio obligatorio, no tiene otro objeto que el de formar a la juventud en el marxismo y materialismo más burdos.

Pero aquéllos que se avergüenzan de su condición de cristianos no se atreven a denunciar nada. Pretenden olvidar que Cristo ha sido siempre signo de contradicción, además del miedo que sienten ante la advertencia de San Pablo a Timoteo: *Los que quieran vivir según Cristo, padecerán persecución.*

El texto evangélico de hoy contiene también unas palabras del anciano Simeón, dirigidas esta vez a la Madre del Niño,

que no dejan de ser profundamente misteriosas: *Y en cuanto a ti —dirigiéndose a la Virgen María— llegará un día en que una espada de dolor te atravesará el alma, siendo la causa de que queden al descubierto los pensamientos de muchos corazones.*

Con respecto a tales palabras, pienso que no sería demasiado difícil comprender la metáfora de la espada atravesando el corazón de la Madre. Ver morir a Jesucristo en la Cruz, después de haber sido condenado por su propio Pueblo, además de azotado, abofeteado, escupido, despreciado de todos y en aparente fracaso de su misión como Mesías, necesario es reconocer que era demasiado. Además ella sabía que era el Hijo de Dios, y sobre todo, si cabe decirlo así pero que es cierto, ¡era también su propio Hijo! Misterio de dolor, en el que siempre será posible profundizar aun sin llegar jamás hasta el fondo, pero el cual, al menos de algún modo, puede ser fuente incesante de consideraciones para nosotros.

Con todo, el anuncio de Simeón en el que se anuncia que, a través de esa espada de dolor, quedarán al descubierto los misterios y pensamientos de muchos corazones, resulta más difícil de entender.

Nos consta que el corazón humano, debido a la miseria a la que fue conducido por el pecado original, incrementada luego por nuestros propios pecados personales, ha quedado oscurecido y ensombrecido. Sometido a demasiadas pruebas,

parece en ocasiones como rodeado de espinas. Las variadas dificultades y abundantes problemas que van surgiendo a lo largo de nuestra vida, los criterios mundanos del ambiente en el que vivimos y que de algún modo nos constriñen, las tentaciones que constantemente nos asaltan... , y un largo etcétera, hacen que nuestro corazón sea con frecuencia difícil de entender y aún más de controlar. Hasta los buenos deseos, y las mejores intenciones, tropiezan con graves dificultades para hacerlos realidad en nuestra vida. Y es que el ser humano es un ser difícil, pues con frecuencia su corazón es complicado y está expuesto a demasiados embates.

Pero es evidente que, por lo que se refiere a la tarea de purificar el corazón (*Bienaventurados los limpios de corazón*), destruyendo lo malo, de una parte, y extrayendo lo bueno que hay en él, de otra, desempeña un papel decisivo el dolor sufrido en su día por Nuestra Madre del Cielo (al fin y al cabo ella es la Corredentora). Nuestra existencia de cristianos, como el grano de trigo que cae en la tierra y muere, solamente puede fructificar a través del dolor. Y en este caso, compartiendo también el de la Madre del Señor.

Ahora el Santo Padre ha autorizado la celebración de la Santa Misa según el Rito de San Pío V, también llamada *Misa Tridentina*, tenida como oficial en la Iglesia durante una multitud de siglos. La belleza, la grandiosidad y la profundidad de su Liturgia son cosa manifiesta, componiendo un

conjunto sin duda el más adecuado y lo mejor que se conoce para incrementar la devoción de los fieles, suscitando en ellos también el auténtico sentido sacrificial de la Misa. Algunos se han sentido tan entusiasmados que han llegado a pensar, o a proclamar, que posee un valor mágico con respecto a la Misa del Rito Ordinario o de Pablo VI, que es ahora la más común. Tened en cuenta, sin embargo, que la Misa de San Pío V no es cosa que actúe *por sí sola*; algo así como si por el mero hecho de celebrarla ya está conseguida la salvación del mundo.

Ciertamente es un maravilloso instrumento que el Señor ha puesto en nuestras manos, seguramente porque lo necesitamos con urgencia en los difíciles tiempos en los que vivimos. Es una Misa que puede ayudarnos a comprender mejor el sentido de la Muerte de Cristo, así como la manera según la cual estamos llamados a compartirla. Pues solamente haciendo realidad en nuestra vida diaria el Sacrificio de Cristo, del que nos hemos llenado hasta rebosar celebrando este Rito, es como proporcionaremos un fruto abundante a la Iglesia y al mundo en el que vivimos. Es lo más probable que trasladar la Muerte de Cristo a la realidad de nuestra existencia, haciendo verdad aquello de lo que participamos en la Liturgia (un Sacrificio por otra parte real, y no meramente conmemorativo), nos cueste la totalidad de la vida. Quizá no veamos nunca aquí en la tierra el fruto de nuestra inmólación y de nuestros trabajos. Pero la realidad está ahí, lo mismo que están tam-

bién las palabras de Cristo: *Para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca.*

Solamente así los hombres se sentirán atraídos por vuestro testimonio. Habéis de *participar* en esta Misa *sufriendo* en ella y con ella. *Incorporando* la Muerte de Cristo a vuestra propia vida es como verdaderamente vais a aprovechar este hermosísimo Rito. Sin que ello obste para nada, ni suponga menoscabo alguno para el Rito Ordinario o de Pablo VI, promulgado después del Concilio Vaticano II y que viene a ser en definitiva tan válido como era el antiguo.

Jesucristo fue, y sigue siendo, un signo de contradicción: *El que conmigo no recoge, desparrama... Quien no está conmigo, está contra mí.* Todas estas consignas, lo mismo que sucede con otras también contenidas en el Evangelio, no son bien vistas por la teología progre o modernista. Como ya os he dicho antes, para tales corrientes doctrinales todo el mundo es bueno, el Infierno es una mera posibilidad, todas las religiones son camino de salvación, etc., etc. Definitivamente, un cristianismo sin aristas, *a gusto del cliente*, es lo que priva en la atmósfera del mundo de hoy. Quizá habría que recordar más a menudo las palabras de San Pablo contenidas en la Carta Segunda a los Corintios: *Y si algunos vinieren, dispuestos a predicar un Cristo distinto del que os hemos predicado, o un Espíritu distinto del que habéis recibido, o un Evangelio distinto del que habéis aceptado...* Y luego añade: *Sabed que*

yo no me considero inferior en nada a esos "superapóstoles" que tales cosas os predicán.

El texto evangélico de hoy acaba diciendo que el Niño *crecía en edad, en gracia y en sabiduría*. A su vez, los textos paralelos nos dicen también que vivía *sujeto y obediente a sus padres*.

Lo cual no deja de ser un escándalo ante los estrechos alcances de nuestro pobre entendimiento. ¿Qué puede significar eso de que Dios *crezca*? En edad, en gracia, en sabiduría, etc. Por supuesto que lo aceptamos por la fe, a pesar de nuestra dureza en comprenderlo. Pues, de todos modos, es necesario reconocer que nuestro conocimiento acerca de Jesucristo es más bien reducido, por lo que olvidamos fácilmente la diferencia de sus dos naturalezas —divina y humana—, unidas sin mezclarse en el misterio insondable de la unión hipostática. La única Persona divina que es Jesucristo conteniendo a su vez las dos naturalezas.

Pero efectivamente nos cuesta asimilar la realidad de que Dios se someta a la defectibilidad de la naturaleza humana. Dios sujeto y obediente a los hombres... Incluso aunque se tratara de seres como su Madre, la llena de Gracia; de donde no es de extrañar que ni siquiera ella misma lo comprendiera en algunas ocasiones. Efectivamente, Jesucristo ha sido siempre un signo de contradicción y una piedra de escándalo.

Pero veamos: ¿Acaso doctrinas como la de las bienaventuranzas no constituyen un motivo de escándalo? Afirmar y

asegurar que son bienaventurados los que lloran, los pobres, los que son perseguidos por causa de la justicia, los limpios de corazón. . . , ¿no es ponerse en contra de todos los criterios y modos de pensar del Mundo? Hasta da la impresión de que tales doctrinas contradicen a la pura lógica del pensamiento humano.

Y el escándalo perdura, después de más de veinte siglos. Por lo cual podéis estar seguros que va a ocurrir lo mismo con el testimonio que habéis de dar de Él.

La predicación cristiana, en la misma medida en que sea verdadera y auténtica, será siempre un signo de contradicción. El apóstol no puede proclamar el Evangelio pensando en agradar a la gente, o con la mirada puesta en los *media*. El gran peligro que acecha a la moderna Pastoral, y en el que cae tan a menudo, ya fue denunciado por San Juan en su Primera Carta: *Ellos son del mundo; y por eso hablan del mundo, y el mundo los escucha*. Pocos textos del Nuevo Testamento habrán sido tan relegados al olvido como éste. Vosotros iréis por todo el mundo —*enseñando a las gentes todo lo que yo os he mandado*, según la consigna del Maestro—, y además con prisa —*el tiempo es breve*, decía San Pablo— y sin dejarse amilanar por los obstáculos. Algo parecido a lo que decía aquella bella estrofa, creo recordar que de Fray Luis de León:

*Acude, corre, vuela,
traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
no perdones la espuela,
no des paz a la mano,
menea fulminando el hierro insano.*

El celo de tu casa me consume... Nuestro Dios es un fuego devorador... Yo he venido a la tierra a traer fuego, ¿y qué he de querer sino que arda?

Recuerdo de mi estancia en El Ecuador mis correrías a caballo por los altiplanos de los Andes. Horas y horas subiendo montes, atravesando valles y barrancas, buscando el camino entre la espesa niebla o procurando resguardarme —bien envuelto en un *poncho* impermeable— de la constante llovizna, hasta llegar a las cabañas de los indios. Me habían avisado para atender a algún enfermo moribundo, y hasta algunas veces —¡asombraos!— para ser juez notario del testamento de un pobre indiecito que partía de este mundo. Yo viajaba conducido por algún guía. Llanuras desoladas y montañas peligrosas. Frío y oxígeno ralo por la altura. Y prisa, mucha prisa, pues las distancias eran largas y atrás, muy abajo y bastante lejos, había quedado mucha gente en la iglesia formando largas colas a fin de recibir el sacramento de la Penitencia. La angustia del tiempo escaso y del abundante quehacer me obligaba a picar espuelas a mi caballo; muy a mi pesar, por supuesto, pues sentía honda lástima de aquellos atormentados y mal alimen-

tados animales. Sin embargo, ¿qué íbamos a hacer sino correr? Cuando tantos pobrecitos infelices nos aguardaban para que les devolviéramos la paz de Dios. O quizá aquellas gentes no eran tan infelices, ahora que lo pienso mejor después de tantos años transcurridos. Al fin y al cabo, *bienaventurados los pobres...* Y también, *bienaventurados los que lloran...*

*Acude, corre, vuela,
traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
no perdones la espuela,
no des paz a la mano,
menea fulminando el hierro insano.*

No molestemos a los que no creen... Hagamos una Liturgia de la Palabra y dejemos la Misa, puesto que hay muchos que no creen en ella...

Ante el Cristianismo que impera en nuestro tiempo, que no es sino el de las concesiones y la cobardía, la Iglesia y el mundo necesitan que vosotros, jóvenes —los que *sois fuertes y habéis vencido al Maligno*—, ante un mundo gélido que ha abandonado a Dios, hagáis vuestra la consigna de Jesucristo: *Yo he venido a la tierra a traer fuego, ¿y qué he de querer sino que arda?* El apóstol de Jesucristo será verdadero y auténtico, capaz de dar fruto abundante, en la medida, y solamente en la medida, en que sea también ante los hombres un signo

de contradicción: *Bienaventurados seréis cuando los hombres hablen mal de vosotros por causa mía*, decía el Señor.

OCTAVA DE NAVIDAD

(1, Enero, 2008)

*Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidarlo,
le pusieron por nombre Jesús, como le había llamado el
ángel antes de que fuera concebido en el seno materno.*

(Lc 2:21)

La vida cristiana, como sabéis muy bien por la teoría y por vuestra experiencia personal, está llena de aporías, de paradojas y de aparentes contradicciones; como queráis llamarlas. Aporías o paradojas acerca de situaciones que jamás serán entendidas por el hombre carnal. Porque, como decía el Apóstol, *el hombre carnal no entiende las cosas del espíritu; son para él locura y disparate y no las puede llegar a comprender*. Nosotros las comprendemos gracias a la fe, y tratamos de profundizar en ellas por medio de la razón; por más que, contempladas superficialmente, nos sigan pareciendo aporías o ilusorias contradicciones.

El Evangelio de hoy nos presenta a Nuestro Señor cumpliendo las funciones que ordenaba la Ley. Sus padres lo presentaron en el Templo, tal como estaba prescrito por la Ley, para circuncidarlo e imponerle un nombre. En este caso el de Jesús. La circuncisión en el Pueblo Judío ha sido siempre un rito sangriento, levemente lacerante, por el cual se considera que el niño en cuestión entra a formar parte del Pueblo de Israel.

De manera que Nuestro Señor comienza a ejercitar la obediencia ya desde recién nacido. No sólo con respecto a las leyes divinas, sino también a las humanas. Y así es como se manifiesta en Él, desde el comienzo de su vida, la fascinante virtud

de la obediencia. Después, durante toda su existencia, Jesucristo se sometió a la obediencia a su Padre en cuanto a las leyes divinas (*Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre*). Y también a la obediencia a los hombres en cuanto a las humanas. Como, por ejemplo, a las leyes por las que se le exige el pago de impuestos:

—*¿Quiénes te parece, Pedro, que han de pagar los impuestos, los hijos de los reyes o los extraños?*

Al responderle que los extraños, le dijo Jesús a su discípulo:

—*Luego los hijos están exentos; pero para no escandalizarlos...*

Y todavía, en cuanto a las leyes humanas, se somete tanto a las eclesiásticas como a las civiles. Las cuales, para los judíos, ambas emanaban del Sanedrín y constituían una misma Ley.

Jesús se sometió a ser condenado a muerte, tal como lo había decidido su propio Pueblo, después de haber sido tachado de criminal, de blasfemo, de embaucador y de embustero: *Como cordero llevado al matadero*. Su muerte en la Cruz, sumiso a los designios de su Padre, resulta para nosotros un misterio insondable. San Pablo la asociaba con la obediencia cuando decía que *Cristo se hizo por nosotros obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*.

Desde el principio hasta el final de su vida Cristo aparece como Maestro. Por supuesto que en todos los aspectos que

se refieren a una existencia configurada según el Evangelio. Y en particular, con respecto a esa virtud —la obediencia— que a veces se nos antoja tan difícil y refractaria y a la cual, no se sabe bien porqué, hemos convenido en considerarla como *pasiva*. El hecho de que los cristianos hayamos adquirido la costumbre de considerar algunas virtudes como pasivas es otro enigma. Pues no solamente lo hacemos con respecto a la obediencia, sino también en lo que se refiere a la pobreza, a la mortificación, al sacrificio... Y ya es difícil cosa explicar cómo la virtud puede ser alguna vez pasiva, pues es lo cierto que siempre es tan *activa* como maravillosa. *Virtus* en latín significa *fuerza*; y por supuesto que hace falta mucha fuerza, además de mucha gracia de Dios, para poner en práctica cualquiera de las virtudes cristianas.

Podemos dar por seguro que la virtud de la obediencia no es para débiles o faltos de carácter; sino para quienes poseen mucha entereza, bastante generosidad, gran valentía, y un profundo sentimiento de docilidad y de sometimiento a la voluntad e inspiraciones de Dios. Y si bien es cierto que todas las virtudes son sublimes y maravillosas, ésta en particular lo es de un modo especial. Puesto que se fundamenta en la caridad —como todas ellas—, aunque de un modo muy peculiar con respecto a las otras. Lo cual quiere decir que extrae toda su fuerza del Amor: también de un modo muy particular.

¿Y por qué insistimos en que la obediencia se fundamenta especialmente en el amor? El amor supone la entrega de todo

lo que se es, y de todo lo que se tiene, a la persona amada. En definitiva, de todo lo que es capaz de hacer el que ama, incluida la inmólación de la propia vida. Ahora bien, podríamos decir: Si el amor supone la entrega de todo a la persona amada, ¿cómo no va a incluir en tal donación la renuncia al ejercicio de la propia voluntad? La voluntad es parte fundamental de una persona. Pero si el amor entrega la propia vida, es evidente que estará dispuesto a hacer lo mismo con la propia voluntad. Y por lo tanto con la capacidad de amar, la de tomar las propias decisiones y aun con la de fijar el rumbo de la propia vida. Y de ahí que pueda decirse que es precisamente el Amor, y solamente él, lo que convierte a la virtud de la obediencia en sublime e inefable.

La virtud de la obediencia (excluida ya cualquier idea de pasividad o negación) posee capacidad para inundar de gozo nuestro corazón. Como decía Nuestro Señor: *Hay más felicidad en dar que en recibir*. Aunque parezca increíble, y por más que el amor suponga reciprocidad, mutua donación o entrega mutua de dos que se aman, adquiere en él prioridad de naturaleza el dar sobre el recibir. Según el Señor, la fuente de mayor felicidad en el amor es la proporcionada por la acción de entregar. En realidad, quien está realmente enamorado no se preocupa acerca de lo que ha de recibir de parte de la persona amada; y mucho menos como si de un concepto de pago se tratara. El verdadero enamorado piensa más bien en donar

y entregar; y hasta, si posible fuera, en superar en generosidad a la persona amada: *Yo puedo dar más que tú*. Y éste sería el momento de considerar las parábolas de los talentos y la de las minas, aparte de otras enseñanzas de Jesús contenidas en el Evangelio.

Efectivamente, *hay más alegría en dar que en recibir*. La prueba de que esto es así la tenéis en que al Espíritu Santo, conocido como el *Nexus Duorum* —Vínculo que une al Padre y al Hijo—, se le suele llamar con muchos nombres; aunque es el de *Don* el que los Padres le otorgan con más frecuencia. El Espíritu Santo es llamado así, *Don* —uno de sus nombres—, porque significa (es) una entrega absoluta, infinita y total. ¿De quién y con respecto a quién? Del Padre al Hijo y del Hijo al Padre, en el seno de la Trinidad.

Eso explica que la obediencia acostumbre a ir acompañada de la alegría que produce... haberlo entregarlo todo. Que es lo mismo que decir haberlo perdido todo. Y no deja de ser interesante notar que en el Evangelio de San Juan se alude en diversos lugares al binomio *pérdida-alegría*.

Recordad, por ejemplo, el caso de la mujer que, por haber perdido su moneda y después de haberla buscado por toda la casa, escudriñando cuidadosamente hasta debajo de los muebles y enseres, una vez que por fin la encuentra, convoca alborozada a sus amigas y vecinas para comunicarles su alegría.

O el del padre afligido que todos los días observaba atentamente, desde la azotea de la casa, esperando impaciente la vuelta del hijo que, después de haber exigido su parte de la herencia, había marchado irresponsablemente a tierras lejanas. Hasta que, al fin, un día lo ve regresar en la lejanía. Es entonces cuando se adelanta, emocionado y anhelante, sin aguardar a que llegue, a fin de recibirlo y abrazarlo cuanto antes. Lleno de alegría, ordena la celebración de una gran fiesta para que todos se regocijen: había recuperado al hijo que, después de haber renegado del propio hogar, regresaba arrepentido.

Recordad la alegría del buen pastor. Había perdido una de sus ovejas y se encamina apresurado a buscarla, dejando las otras noventa y nueve en el aprisco. Hasta que al fin la encuentra. Y entonces la recoge con inmensa alegría —sin increparla con recriminaciones—, la pone sobre sus hombros, la acaricia y le habla con dulzura, hasta que la lleva de nuevo al redil para reunirla con las otras.

El mundo no puede comprender la alegría que el hombre es capaz de sentir después de perderlo todo. . . por amor. Nosotros mismos sentimos a veces cierta dificultad en entenderlo. Y sin embargo, la alegría de entregarlo todo por amor, con el consiguiente sentimiento de haber quedado desposeídos, son los que trazan el camino a la verdadera Felicidad. La alegría que es fruto y consecuencia del Amor solamente es infundida en el corazón humano por el Espíritu Santo, como uno de los más importantes de sus frutos.

Recordad la fábula que narraba el poeta indio Rabindranath Tagore. La del *Gran Rey y el Mendigo* que pedía limosna en el camino de la aldea:

Me hallaba yo, el Mendigo, pidiendo mi limosna en el camino de la aldea, cuando de pronto, a lo lejos, oí llegar el carro del Gran Rey que avanzaba hacia donde yo me encontraba. Creyendo llegada mi ocasión, me dispuse a implorar la generosidad del Rey.

Y así, en efecto, cuando pasó junto a mí, extendí la mano lastimosamente y en actitud de espera. Cuando entonces, con gran sorpresa por parte mía, pude ver al Gran Rey, descendiendo de su carro. . . , ¡extendiendo la mano hacia mí, esperando sin duda que yo le entregara algo de lo mío!

Abrumado en mi confusión, sin saber qué hacer ni qué decir, hurgué por fin en mi zurrón y le entregué al Gran Rey, yo el Mendigo, ¡un grano de trigo! Él lo mantuvo encerrado en su mano, hasta que al fin me lo entregó de nuevo y yo lo introduje otra vez entre mis cosas.

Llegada la noche, ya de regreso en mi choza, vacié mi zurrón. ¡Y cuán amargamente lloré cuando pude comprobar que el grano de trigo se había convertido en un grano de oro! ¡Oh, si yo hubiera sido más generoso, como para entregarle al Rey todas las miserables cosas que componían toda mi hacienda!

Es evidente que el Mendigo de la fabulita de Tagore tendría que haber conocido las palabras de Jesús: *Hay más alegría en dar que en recibir.*

Estando Cristo en la Cruz, después de haber sido despojado de todo en entrega amorosa voluntaria, dice a su Madre señalando al apóstol San Juan: *Madre, he ahí a tu hijo.* Era el último discípulo que le quedaba y que había permanecido con Él hasta el final. Asimismo se dirige también al Discípulo Amado para decirle: *Hijo, he ahí a tu Madre.* Con lo cual también entregaba y renunciaba a todo lo que aquella mujer significaba para Él.

Y sin embargo, tan inmensa generosidad, movida por tan profundo amor, no constituyó todavía para Jesucristo el acto supremo de obediencia y de pobreza. Pues aún podía entregar al Padre el más íntimo e intenso de sus sentimientos. El que había sido motor de su existencia y constituido la razón de su vida: su Amor al Padre. Y siendo ésa absolutamente *la última y única cosa* que aún poseía, también la entrega: *Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu.* Tened en cuenta que se trata ahora del Espíritu, o Aquél que procede conjuntamente del Padre y del Hijo y es, por eso mismo, la Expresión del mutuo y recíproco vínculo amoroso existente entre ambos. Si se quiere interpretar así, se trata del propio Corazón del Hijo rebotante de Amor hacia su Padre. Aquello que daba sentido a toda su existencia y de lo cual también es voluntariamente desposeído.

La obediencia y la pobreza, elevadas hasta el paroxismo de la infinitud, se habían identificado en la cumbre con la única cosa que constituía su razón de ser, a saber: la *Totalidad* que lo abarca todo en el Universo y es conocida con el nombre de Amor.

Por lo que a vosotros respecta, tened en cuenta que el Amor de Dios implica que vais a recibirlo todo de Él. Pues siendo su Amor infinito no lo entrega parcialmente, ni bajo condiciones. Esperando a su vez ser correspondido de la misma manera, puesto que es la reciprocidad una característica esencial en el Amor.

Es por eso que nuestra obediencia a Dios es la prueba de nuestro amor hacia Él. Con frecuencia pensamos que Dios nos pide cosas que nos parecen difíciles de entregar, y hasta podría parecer que Dios quiere *probarnos*, como si todo consistiera en una especie de test. Sin embargo no es así, puesto que lo único que Dios pretende *probarnos* es su Amor. Y es la obediencia lo que actualiza en nosotros el Amor, que es a su vez la única de las realidades que puede acercarnos a Él. . . , y lograr que Él se acerque a nosotros. Pues se trata del Amor, efectivamente, o del *Nexus Duorum*, como llamaron también los Padres al Espíritu Santo.

A propósito de la obediencia, ya os he contado alguna vez un caso de mi propia experiencia. A los pocos días de ser ordenado sacerdote, fui enviado como coadjutor a una parroquia

de Murcia capital. Con un párroco al antiguo estilo (ya antiguo en aquella época), aunque bueno y piadoso. Sin embargo adolecía de algún pequeño defecto, lo cual no tiene nada de extraño si se cae en la cuenta que se trata de una enfermedad normal que contraemos todos los mortales, antes o después (más bien antes). Sucedió que el hombre estaba convencido que él era el mayor predicador que habían alumbrado los siglos. A su lado, según él pensaba, San Juan Crisóstomo, Bossuet, o el mismo Newman, no eran sino vulgares aprendices. Desgraciadamente la descarnada realidad era bien diferente: a no dudarlo, era el peor predicador que he conocido jamás en mi ya larga vida.

No obstante, debido a que él era el *maestro* y yo, en cambio, no sabía predicar —así lo había decidido él sin haberse tomado jamás la molestia de comprobarlo— no me permitió dirigir la palabra a los fieles durante los tres años y medio —los primeros de mi vida sacerdotal— de mi permanencia en la parroquia. Afortunadamente el Señor me concedió una gran paciencia y un enorme amor. Jamás se me ocurrió protestar o exigir mis presuntos derechos, además de actuar siempre con cariño y respeto a su persona. Consideré en todo momento que era normal que no me permitiera predicar, puesto que, por otra parte, también yo estaba convencido de que no hubiera sabido hacerlo (aunque es lo cierto que no tuve ocasión de comprobarlo).

Después, a lo largo de mi vida, he tenido demasiadas y sobradas ocasiones de adoctrinar a otros con la Palabra de Dios. Y siempre convencido, de todas formas, que Dios quiso someterme previamente a aquella pequeña prueba de obediencia, acerca de la cual Él mismo puso cuidado en ayudarme a superar con éxito.

Sea como fuere, en la existencia cristiana jamás se produce fruto sin la inmolación personal; como el grano de trigo del que habla el Evangelio. Es absolutamente necesario experimentar previamente el sabor de la Cruz. Y es inútil aspirar a participar de la gloria de la Resurrección del Señor sin compartir primero los sufrimientos de su Pasión y de su Muerte, tal como asegura san Pablo cuando habla de los motivos por los cuales fuimos bautizados. Por eso, cuando el Señor pide a Abrahán que sacrifique a su hijo —su único hijo, a través del cual le había sido prometido que sería padre de multitud de gentes—, el Patriarca no cuestiona la voluntad de Dios; hasta el punto de que lo hubiera sacrificado si Dios no se lo hubiera impedido.

Dios espera de nosotros que pongamos nuestra confianza en Él. Aunque en tal grado y manera como para hacer realidad aquello de *esperar contra toda esperanza*, que decía el Apóstol. Y así, cuando podría parecer que todo estaba perdido, ponemos la confianza en Dios... para descubrir que, en realidad, todo había sido hallado.

Por eso escribió San Juan de la Cruz aquella bella estrofa:

*Pues ya si en el ejido
de hoy más no fuere vista ni hallada,
diréis que me he perdido;
que andando enamorada,
me hice perdidiza y fui ganada.*

Me hice *perdidiza* y fui *ganada*. Una vez más, y como siempre, nos encontramos ante las extrañas y aparentes contradicciones que jalonan la vida cristiana... Las cuales son, al mismo tiempo, las más bellas realidades de la existencia humana.

EPIFANÍA

(6, Enero, 2008)

Después de nacer Jesús en Belén de Judá en tiempos del rey Herodes, unos Magos llegaron de Oriente a Jerusalén preguntando:

—¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido? Porque vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarlo.

Al oír esto, el rey Herodes se inquietó, y con él toda Jerusalén. Y, reuniendo a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les interrogaba dónde había de nacer el Mesías.

—En Belén de Judá —le dijeron—, pues así está escrito por medio del Profeta:

*Y tú Belén, tierra de Judá,
ciertamente no eres la menor
entre las principales ciudades de Judá;
pues de ti saldrá un jefe
que apacentará a mi pueblo Israel.*

Entonces, Herodes, llamando en secreto a los Magos, se informó cuidadosamente por ellos del tiempo en que había aparecido la estrella; y les envió a Belén diciéndoles:

—Id e informaos bien acerca del niño; y cuando lo encontréis, avisadme para que también yo vaya a adorarlo.

Ellos, después de oír al rey, se pusieron en marcha. Y entonces, la estrella que habían visto en el Oriente

se colocó delante de ellos, hasta pararse sobre el sitio donde estaba el niño. Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría. Y entrando en la casa, vieron al niño con María, su madre, y postrándose le adoraron; luego, abrieron sus cofres y le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra. Y, después de recibir en sueños aviso de no volver a Herodes, regresaron a su país por otro camino.

(Mt 2: 1-12)

Llegados desde lejanos y diferentes países en busca del Mesías, y guiados por la misma estrella, los *Reyes Magos* hubieron de confluír en la misma caravana.

Lo mismo que os sucede a vosotros, venidos desde lugares tan diversos y lejanos, guiados también por esa estrella que es Jesús. Tal como lo llama el Apocalipsis: *La Estrella Brillante de la Mañana*. Conducidos pues por la misma estrella, cual es la ilusión por buscar y seguir a Jesús, habéis coincidido aquí como formando parte de una misma caravana. Persiguiendo en realidad un mismo objetivo y unidos en un solo corazón y una sola alma.

Puestos a pensar en los problemas sociales que inquietan al mundo y atormentan a los hombres, como son, por ejemplo, las numerosas discriminaciones raciales, religiosas, políticas, sociales y económicas; y después de comprobar los tremendos fracasos cosechados en los vanos intentos por superarlos, es posible darse cuenta —con tal que se tenga buena voluntad— de que no hay sino una forma de resolverlos, cual es el amor y la fidelidad a Jesucristo. Con el que ya no hay judío, ni griego, ni esclavo, ni libre, ni bárbaro, ni hombre, ni mujer; pues *todos sois uno en Cristo Jesús*, como decía el Apóstol. Ante lo que se impone una terrible realidad. Que consiste, como acabo de deciros, en que todos los intentos por solucionar

las dificultades utilizando otros procedimientos han resultado inútiles.

Pero los Magos, guiados por la misma estrella y en busca del Mesías, confluyeron en una sola caravana y llegaron hasta Jerusalén. La Historia no nos ha informado de dónde procedían —simplemente se nos dice que *de Oriente*, que es un término lo suficientemente ambiguo como para dejarnos envueltos en el misterio—. Al final de la narración se nos dice que, habiendo sido advertidos en sueños para que no volvieran al rey Herodes, regresaron *a su lugar de origen* por otro camino. Tampoco la Historia escrita nos ha conservado sus nombres, los cuales conocemos meramente a través del testimonio, un tanto envuelto en la penumbra, que nos ha legado la Tradición. Quizá todo se deba a que no importen tanto los nombres o lugares concretos, ni la opinión que el Mundo se haga de tales cosas; sino las acciones realizadas por los hombres en la fidelidad al plan de Dios, y mediante el seguimiento de la *Estrella Brillante de la Mañana* que es Jesucristo.

En cierta ocasión en que los apóstoles regresaban gozosos, después de haber cumplido la misión a la que habían sido enviados por el Señor, lo informaban con entusiasmo:

—*Maestro, hasta los demonios se nos sujetaban en tu nombre, con el cual hemos realizado también otros muchos milagros.*

Y Jesús les decía:

—No os alegréis demasiado por esas cosas: porque habéis hecho milagros en mi nombre y acciones espectaculares y grandiosas a los ojos del mundo. Alegraos más bien de que vuestros nombres están escritos en el Reino de los Cielos.

Pues ésa y no otra ha de ser vuestra vida. Vuestros nombres, vuestra reputación, vuestra fama ante los hombres, probablemente no signifiquen nunca nada; e incluso puede suceder que seáis despreciados y, en el mejor de los casos, olvidados. Todo lo cual es lo que menos importa. Porque aquello de lo que habéis de alegraros es de que vuestros nombres están escritos en el Reino de los Cielos. Y es que la verdadera santidad y la auténtica grandeza solamente se muestran en su entera realidad a los ojos de Dios. Por lo que a mí respecta, desconfío de las grandezas humanas de cualquier tipo que sean. Incluso de ciertas famas de santidad, a pesar de que a menudo alcanzan gran relevancia en el mundo; pero que no siempre parecen avaladas por los hechos. La auténtica grandeza de los hombres y las verdaderas santidades solamente por Dios suelen ser conocidas, sin que suministren demasiada seguridad —por lo mismo que no son de fiar— los baremos del Mundo. Los Libros que contienen los nombres de los elegidos están celosamente custodiados en los archivos y anaqueles del Cielo, como dice el Señor.

Es posible que os ocurra a vosotros lo mismo que a los Magos de la narración evangélica. Que no sea conocido nunca

vuestro lugar de origen (ni al Mundo le importe demasiado saberlo), ni cuáles fueron vuestros itinerarios o vuestras metas, y ni siquiera vuestros nombres. Ahora bien, ¿importaría mucho eso? Porque sería Jesús, el Señor, quien en definitiva os vendría a decir:

—*Aunque el mundo os desconozca, vosotros estáis conmigo desde el principio, y sabéis a dónde vais. Pues adónde yo voy ya sabéis el camino, pues yo soy el Camino.*

Llega un momento para nuestros tres misteriosos personajes, en su caminar en busca del Mesías conducidos por la estrella, que la pierden de vista y ya no saben hacia dónde han de dirigirse. Y es entonces cuando, ya próximos a Jerusalén, deciden preguntar a los notables del Reino acerca del lugar en el que podría ser encontrado el Mesías.

Algo semejante ocurre en nuestras vidas. Llegan momentos en los que la *Estrella Brillante de la Mañana* oculta su presencia y ya no la sentimos a nuestro lado. Como si, por alguna razón no siempre conocida, nos hubiera dejado solos.

Sin embargo hemos de estar dispuestos a que tales cosas sucedan y a no sorprendernos demasiado. Pues son éstos los momentos que Dios tenía preparados para nosotros. Aquéllos en los que es preciso ejercitar la fe, a fin de hacer posible que nuestra vida adquiriera el valor de una Aventura que merezca el nombre de tal. Pues una Aventura en la que no hubiera que afrontar riesgos ni pruebas no sería Aventura. Se supo-

ne, por ejemplo, que una buena película con un buen guión ha de contemplar una sucesión de momentos emocionantes e inesperados capaces de sorprender al espectador. Pues en realidad, más o menos, así es como discurre el conjunto de nuestra vida. La corona, como nos recuerda también la Escritura, solamente se le entrega a los vencedores. Y para ello es preciso primero haber luchado y afrontado peligros y vicisitudes. Lo cual, para un discípulo de Jesucristo, solamente tiene sentido compartiendo la existencia y, sobre todo, la muerte de Jesucristo.

Cuando lleguen tales momentos, en realidad habríamos de sentirnos felices. El Señor está poniendo a prueba nuestra fe, y no con otro fin que el de hacerla robusta. En último término, para proporcionarnos las mejores posibilidades de que compartamos mejor su propia muerte. Para eso fuimos creados y para eso fuimos bautizados.

Quiero insistiros acerca de que vuestros nombres están escritos en el Reino de los Cielos, y que importa poco que el Mundo no lo tenga en cuenta. Pues debéis desconfiar siempre de las glorias y excelencias que el Mundo promete. En realidad no son tales, y ni siquiera se puede decir que sean oropel, y más bien lo único que contienen es amargura, vacío y dolor. Las verdaderas glorias son únicamente aquéllas que Dios considera como tales.

El auténtico discípulo de Jesucristo es perseguido o, por lo menos, desconocido: *Los que quieran vivir según Cristo,*

padecerán persecución, dice el Apóstol en su segunda Carta a Timoteo. La verdadera santidad sólo por Dios es apreciada y medida. Desde luego, no por el mundo, y mucho menos por los presuntos santos: ¿qué santo se ha atribuido la santidad a sí mismo? Dígase lo que se quiera, la existencia cristiana significa incomprensión y persecución por parte del Mundo. Siempre me ha producido especial impresión un texto del capítulo once de la Carta a los Hebreos, en el cual, hablando de los que abrazaron la fe, se dice que *fueron apedreados, aserrados, muertos a espada, anduvieron errantes cubiertos de pieles de oveja y de cabra, necesitados, atribulados y maltratados; y es que el mundo no era digno de ellos, perdidos por desiertos y montes, por cuevas y cavernas de la tierra.*

Esa fue su existencia porque efectivamente el Mundo no era digno de ellos. Los hombres nos equivocamos cuando buscamos la gloria y las excelencias terrenas, olvidando que la única excelencia terrena y celestial, a la vez humana y divina, y la única capaz también de proporcionarnos la felicidad y la paz del corazón, es la búsqueda, el seguimiento y el amor a Jesús Nuestro Señor. El Espíritu sopla donde quiere y no sabes de dónde viene ni a dónde va, y esa misma *inseguridad* y contingencia son las que adornan la vida de los que se dejan conducir por Él.

Hoy celebramos la simpática y bella fiesta cristiana de la Epifanía. Llamada así porque se refiere a la manifestación an-

te el mundo de la grandeza de la divinidad de Jesús. La Iglesia conmemora hoy el hecho de que tal gloria fuera mostrada a los gentiles, representados en este caso por esos tres personajes que vinieron, según se dice en el texto, desde el lejano Oriente. Ojalá que sea maravillosa para vosotros y contribuya, como sucede con todas las fiestas que la Iglesia nos propone, a que abunde en vuestra alma el conocimiento y el amor de Jesucristo.

En la época de mi infancia, los niños vivíamos más de la sana fantasía, y tal vez por eso gozábamos de más facilidad para elevar el espíritu hacia las cosas del Cielo. La noche que precedía a la fiesta esperábamos con ansiedad a los Reyes Magos. A los que imaginábamos llegar cargados de regalos, dispuestos a repartirlos generosamente entre todos los niños del mundo. ¿Cómo podían hacer tal cosa en una sola noche...? Pero la pregunta no importaba mucho en aquellos momentos, ya que, ante el regalo que nuestra imaginación se encargaba de dibujar y de encumbrar como *maravilloso*, los pequeños detalles eran lo de menos.

En la sociedad de aquella época, al menos en España (acabada la guerra civil), abundaba la pobreza. Y parece que los Reyes Magos, a lo largo de los siglos, se han adaptado siempre a las condiciones de los lugares y de los momentos históricos. Al fin y al cabo eran *Magos* y, además, por si fuera eso poco para nosotros los niños, la Iglesia los consideraba

además como *Santos*. Sea como fuere, los regalos con los que nos alegraban eran pobres y escasos. Lo cual, a fin de cuentas, a nosotros no nos extrañaba lo más mínimo, pues sabíamos comprender y tener en cuenta lo que os acabo de decir.

Para mayor felicidad, tampoco nos importaba en absoluto la penuria y pobreza de los regalos. Éramos inmensamente más afortunados que los niños de ahora, pues no habíamos experimentado nunca el vacío que producen el hartazgo y el hastío. Un simple carrito de madera con un caballito de cartón, movidos por un cordelito del que había que tirar, todavía se encontraban muy lejos de la época de los ordenadores y de los juguetes electrónicos. Y sin embargo nos sentíamos profundamente felices. La verdad es que nadie ha sabido explicar, al menos hasta ahora que yo sepa, los milagros que causa la pobreza y los misterios que produce la abundancia. Mientras que la primera es fuente de alegría, la abundancia, en cambio, desemboca inevitablemente en el aburrimiento. Como una paradoja más de la existencia humana, todo parece indicar que las cosas, al contrario de lo que acostumbramos a pensar, son portadoras del vacío: a mayor abundancia de ellas, más pesadumbre y angustia en el alma. Después de todo, según palabras del mismo Señor, solamente los pobres son bienaventurados.

Pero las sorpresas de la Fiesta de los Reyes Magos, al menos para nosotros, no habían hecho sino empezar. Es cierto

que, con el paso del tiempo y según nos hacíamos mayores, fuimos conociendo mejor el entramado y el procedimiento del reparto de regalos. Pero lo que, según la lógica humana, hubiera sido causa suficiente para ahogar nuestra fantasía, en realidad fue solamente motivo para que sucediera lo contrario. Porque fue entonces cuando empezamos a descubrir que existían regalos de otra especie y motivos de alegría mayores. Y no me refiero ahora a regalos de más calidad o de mayor precio, sino a otra cosa extraordinaria en la que, al menos hasta entonces, no habíamos caído en la cuenta: que éramos nosotros mismos los que podíamos regalar. A Nuestro Señor Jesús, por supuesto; y es que habíamos descubierto, por fin, que *hay mucha más alegría en dar que en recibir*.

En cuanto a vosotros, mañana os reintegráis a vuestros lugares de estudio y de trabajo. Lo cual quiere decir que nos separamos, aunque en realidad seguiremos unidos. Para mí será un día duro el de mañana. Ya sabéis que los ancianos somos fuertemente afectados por los sentimientos. Por lo que, si bien la separación tiene que ver meramente con la distancia, como acabo de deciros, de todas formas significa privarse de vuestra cariñosa compañía. Hemos disfrutado juntos de los días felices de la Navidad, hemos convivido en nuestro hogar y hemos comprobado una vez más aquello de la Escritura: *Bienaventurados los que viven en la Casa del Señor*.

Que el Señor os regale en este día —día de regalos— lo mejor de lo mejor; a saber: un conocimiento más profundo y un

amor más intenso hacia Él, unos grandes deseos de santidad, una gran ilusión por vuestra vocación, y una determinación firme y seria de otorgarle un *sí* rotundo y entregarle vuestro corazón. Os lo dice un anciano cuya vida ha sido larga y ha luchado intensamente: no he podido encontrar la paz del alma hasta darle al Señor todo lo que me pedía; o al menos casi todo lo que me pedía. Aunque, a decir verdad, jamás podremos pensar que lo hemos entregado todo, y hasta quizá baste con la sincera intención de desear haberlo hecho. Y siempre con la conciencia clara de que somos débiles y pequeños y de que, por lo tanto, necesitamos de su ayuda; lo cual es infinitamente mejor que la extraña circunstancia —pura fantasía— de que hubiéramos sido autosuficientes.

Mientras continuamos demorando y dejando para después una entrega total al Señor, la cual tenía que haber sido realidad desde el comienzo de nuestra vida espiritual, es imposible encontrar la paz. Por el contrario, cuando se responde al Señor con un *sí* sin condiciones, es entonces, y solamente entonces, cuando se halla la paz. Pues a una proposición de amor en totalidad solamente es dado responder con un *sí* en totalidad.

Una paz del corazón que, a su vez, es compatible, tanto con el sentimiento de vuestra pequeñez, como con el de la condición de pecadores, que os van a acompañar a lo largo de vuestra vida. Pues realmente somos débiles y pecadores, por más que siempre nos queda el recurso imprescindible de echar

mano de nuestra confianza en el Señor: *la fuerza se perfecciona en la debilidad*, decía el Apóstol. Aceptad con humildad tales sentimientos, así como yo los he aceptado en mí mismo por lo que mira a mi propia vida. Al fin y al cabo, como dice también la Escritura, el Señor elige a los débiles y pequeños para llevar a cabo sus obras. Y después de todo, como decía Él mismo, *yo os he puesto para que vayáis, para que deis fruto, y para que vuestro fruto permanezca*. De ahí la seguridad de que la abundante cosecha recogida, fruto de vuestra vida y de vuestras obras —*mayores obras de las que yo hice*, según afirmaba el Señor—, brillará en el Cielo por aquella eternidad de eternidades de la que hablaba el profeta Daniel.

Y nada más. Que sea el de hoy un día muy feliz para vosotros y un bello comienzo de trimestre académico. Sabéis que os quiero mucho y que mi corazón está siempre con vosotros. Duro es tener que separarnos, y para nosotros los viejos mucho más difícil todavía. Pero todo es efímero y pasajero y, de todas maneras, puesto que *el tiempo es breve*, pronto tendremos la oportunidad de estar juntos para siempre en el Cielo.

Marchad mañana alegres y contentos a vuestros lugares de trabajo, como cosa necesaria que es para vuestra formación. Puesto que habréis de ser, siguiendo la consigna del Señor, *la sal de la tierra y la luz del mundo*, necesitáis estudiar. Siempre os he dicho que en realidad los libros no sirven para nada,

puesto que la verdadera Ciencia y toda la Luz vienen de Dios. Lo que sucede es que ni tal Luz ni tal Ciencia se reciben jamás si no se pasa afanosamente por los libros, habida cuenta de que Dios tiene la extraña costumbre de no ayudar jamás a los perezosos. La gracia de Dios —el *incremento* de la Escritura— viene de arriba, por supuesto, y nunca falta para los que tienen buena voluntad. . . , así como el ánimo dispuesto a morir en total inmolación; como el grano de trigo del que habla el Evangelio.

Tuve un amigo, gran sacerdote actualmente ya fallecido, que acostumbraba a decirme que la Iglesia esperaba mucho de nosotros. Por mi parte, jamás intenté indagar de él las razones en las que se apoyaba para decirlo, ni él tampoco trató nunca de explicarlas. Pero, sea como fuere, sí que podemos asegurar que la Iglesia tiene puesta su esperanza en vosotros. Me refiero, desde luego, a la Iglesia atribulada de nuestros tiempos y a la más atribulada todavía de los que se avecinan.

Así que mañana volveréis, contentos y felices, a continuar con la tarea de vuestra formación y preparación. Los demás aquí nos quedamos. . . , ¿podría decir que tranquilos? Por supuesto que no. Para un sacerdote, y quizá menos todavía si se trata de un sacerdote anciano, no existen ni han existido nunca los días tranquilos. Solamente llegarán, por fin, el día de nuestra muerte, cuando el Señor nos reciba en sus brazos, después de haberle ido entregando nuestra existencia día

tras día, y ahora ya en ese momento definitivamente y para siempre.

Que el Señor y la Virgen María Nuestra Madre os iluminen y estén siempre con vosotros. Sin duda que vais a necesitar su asistencia en vuestra preparación para la gran Aventura que os espera: la de ser testigos de Jesucristo y adelantar así el advenimiento del Reino de Dios sobre la tierra.

LA SAGRADA FAMILIA

(13, Enero, 2008)

Cuando tuvo doce años subieron a la fiesta, como era costumbre. Pasados aquellos días, al regresar, el niño Jesús se quedó en Jerusalén sin que lo advirtiesen sus padres. Suponiendo que iba en la caravana, hicieron un día de camino buscándolo entre los parientes y conocidos, y al no encontrarlo, volvieron a Jerusalén en su busca. Y al cabo de tres días lo encontraron en el Templo, sentado en medio de los doctores, escuchándoles y preguntándoles. Cuantos le oían quedaban admirados de su sabiduría y de sus respuestas. Al verlo se maravillaron, y le dijo su madre:

—Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira que tu padre y yo, angustiados, te buscábamos.

Y él les dijo:

—¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es necesario que yo esté en las cosas de mi Padre?

Pero ellos no comprendieron lo que les dijo.

Bajó con ellos, vino a Nazaret y les estaba sujeto. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. Y Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres.

(Lc 2: 42-52)

El texto evangélico de San Lucas, correspondiente al día de hoy, nos cuenta uno de los episodios más sobresalientes de la infancia de Jesús.

Los Evangelios no abundan demasiado en noticias referentes a la infancia de Jesús. Aunque contienen lo suficiente para que podamos extraer de ella enseñanzas provechosas, tanto para nosotros como para los demás.

Casi todo lo que sabemos acerca de la infancia del Señor se lo debemos a San Lucas. El cual no pertenecía al grupo de los Doce Apóstoles, sino que era el discípulo más cercano de San Pablo. Todo parece indicar que la predicación de éste último es la fuente más importante utilizada por el Evangelista, si bien algunos añaden una supuesta cercanía a la Virgen María, de la que habría obtenido las referencias contenidas en los primeros capítulos de su Evangelio. San Lucas procedía de la gentilidad y tenía por patria a Antioquía. Era médico de profesión, lo que explica que su maestro Pablo lo llame cariñosamente en alguna de sus *Cartas médico queridísimo*.

Según la narración, el Niño, sin decir nada y sin advertirlo sus padres, permaneció en el Templo cuando su familia y parientes volvieron a sus hogares una vez cumplido con lo prescrito por la Ley. El hecho no tiene porqué parecer extraño.

Siguiendo la costumbre de la época, solía viajar en caravanas por temor a los muchos peligros del camino, y no era raro que hombres y mujeres lo hicieran en grupos separados. Lo que podría explicar la tardanza de María y José en echar de menos al Niño, puesto que cada uno de ellos pensaría que iba con el otro.

Cuando por fin se dieron cuenta, durante alguno de los descansos del camino, comprobaron sorprendidos que el Niño no aparecía. Y, puesto que todas las indagaciones resultaron infructuosas, decidieron preocupados regresar a Jerusalén para buscarlo. Ya podéis imaginaros la angustia y la congoja con la que ambos desandarían lo andado, preguntando con ansiedad a unos y a otros. Al fin lo encontraron, al cabo de tres días, en el Templo y sentado en medio de los doctores de la Ley. Los cuales estaban atónitos ante la sabiduría, la inteligencia y la profundidad de las respuestas de aquel Niño.

Quizá nos hayamos preguntado alguna vez por las razones que moverían a Jesús a llevar a cabo esta travesura. Y además, por si fuera poco, dedicarse a discutir con doctores de la Ley, poniéndolos en ridículo. ¿Es que se propuso quizá dar testimonio de su divinidad? ¿O tal vez de su papel mesiánico? ¿De su elevada inteligencia humana, seguramente...?

Es probable que Jesús no tuviera en mente ninguno de estos objetivos. Cuando, ya de mayor, comienza su vida pública, la inaugura con el Bautismo en el Jordán, recibido de

manos de San Juan Bautista. Con lo que realiza una profunda demostración de humildad, puesto que se presenta ante todos como en condición de pecador, mezclado con todos los demás y pretendiendo recibir también por su parte el bautismo de penitencia.

No parece que este tipo de conducta se corresponda muy bien con prematuras y espectaculares demostraciones de divinidad o mesianismo. Tal vez todo consistió en una mera *irrupción*, espontánea y momentánea, de lo que el Niño llevaba dentro. Como una inmensa oleada de sentimientos desbordados pero al mismo tiempo controlados. Algo que parece muy humano, pero que por eso mismo nos hace recordar que Jesucristo lo era. Por supuesto que en tal *irrupción* no debe descartarse el elemento divino. Según el misterio de la unión hipostática, es a la única Persona Divina del Señor a quien se deben atribuir siempre todas sus acciones, tanto las puramente humanas como las estrictamente divinas. Pero, de todos modos, yo no creo que en el episodio del Templo haya que echar mano de la divinidad. Prefiero pensar, aunque sea como simple presunción, que bien pudo tratarse de una mera y violenta *manifestación* de un elevado estado de sobrenaturalidad, aunque actuando a través de una simple naturaleza humana. Aquella acción, como todas las realizadas por Él, es atribuible a la Persona Divina del Señor, tal como os acabo de decir. *Pero fue de todos modos llevada a cabo por un Niño*

humano, con su carácter enteramente (si no exclusivamente) humano. La grandeza del suceso del Niño en el Templo, discutiendo con los doctores de la Ley, deriva precisamente *del hecho de que era un crío quien lo llevaba a cabo.*

Incluso en nosotros, la *sobrenaturalidad* infundida por la gracia se manifiesta siempre a través de la *naturalidad*. Os he dicho demasiadas veces que el santo suele mostrarse como un ser *extraordinario*, pero nunca aparece como un *tipo raro*. Por lo que respecta a Jesucristo, las dos naturalezas —la divina y la humana—, aun sin mezclarse ni confundirse, forman un todo en su Persona Divina.

Pero, volviendo a nuestro episodio del Templo, es probable que el Niño no se propusiera otra cosa que ponerse a discutir buenamente con los doctores de la Ley, sin ninguna otra intención ulterior. Los niños tienen cosas así, y nadie se siente sorprendido por eso; y Jesucristo, no lo olvidemos, *en aquel momento era también un crío.*

Cuando yo era joven, me encantaba leer la hermosa novela de José María López Lozano, *Las Campanas Tocan Solas*, en la que se narran tan bella y poéticamente las *Historias de Tiberio*. Allí aparecen, en abierta contraposición, la figura de Tiberio y las de los otros niños del pueblo en el que vivía. Tiberio era mitad humano y mitad ángel: *un error de Dios*, siempre maravilloso hasta en sus errores, decía López Lozano. Los niños del pueblo, como toda la gente que lo habitaba, eran

bastos y rudos; como la propia familia en la que Tiberio había nacido, incluidos sus propios hermanos.

De todas maneras, Tiberio tiende a aparecer en el libro más como ángel que como ser humano. Un niño casi angélico o un ángel casi humano; como se prefiera. Sin embargo, a mí se me antojaba que en realidad él era allí lo único verdaderamente natural, y hasta lo único realmente humano. Al contrario de quienes lo rodeaban, tanto adultos como niños; siempre toscos, rudos, ganapanes y zopencos: sus hermanos, por supuesto; pero también su padre, el alcalde, el maestro, el boticario. . .

Pero para mí, Tiberio era lo verdaderamente natural. Lo que tenía que ser la infancia y lo que Dios había pensado que fuera. En este sentido, Tiberio no era solamente el modelo ideal de un verdadero niño, sino también el de un hombre completo. Al fin y al cabo, *si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos*. De ahí que, cuando nos encontramos con un niño que ya ha sido víctima de la corrupción, no podemos dejar de percibirlo sino como algo aberrante y repulsivo; en donde han desaparecido definitivamente la sencillez, la ingenuidad y la fe profunda de los niños.

Una de las profesoras de nuestro Colegio me contaba, en cierta ocasión, acerca de sus experiencias en la clase y de cómo había interrogado a algunos niños:

—*Y tú, ¿qué cosas serías capaz de entregarle al Señor?*—
le decía a uno de ellos.

—*Pues yo* —contestaba el niño— *le daría a Jesús mis cosas, mis juguetes...*

Yo en cambio se lo daría todo —decía otro— *hasta mi propia vida; pues Jesús se lo merece, y no se le puede amar si no se le da todo.*

Era un niño de diez u once años quien hablaba de ese modo. Con algo de la sinceridad, la sencillez y la naturalidad con las que se expresaría el Niño Dios. Cualidades que, al fin y al cabo, son características imprescindibles de la verdadera santidad. Pues es cierto que los hagiógrafos, con su tendencia a exagerar a veces, hacen que los santos parezcan encontrarse más allá del alcance de nuestras manos. Pues al presentarlos como menos asequibles los hacen también menos imitables. Cuando, en realidad, los santos son precisamente tan divinos porque son tan humanos; lo mismo que son tan humanos porque son tan divinos. Recordad que, según el Señor, Dios reserva sus mejores secretos, no para los sabios y prudentes como quizá cabría esperar, sino para los niños, los pequeños y los humildes de este mundo.

Y a este propósito, algunos recuerdos de mis primeros años de sacerdocio y también de mi infancia:

Nada más llegar al que fue mi primer cargo, la parroquia de San Andrés, en la ciudad de Murcia, trabajé intensamente con jóvenes y niños. La parroquia, que era quizá la más pobre de la ciudad, poseía una población juvenil muy numerosa;

cosa entonces normal en un país con una tasa muy elevada de natalidad.

Trataba con ellos, aunque en profundidad, de las verdades fundamentales de la fe cristiana. Les hablaba de la práctica de la oración, concebida como conversación amistosa y de intimidad con Jesús, de la práctica de la comunión frecuente, del valor del sacrificio como participación en la vida del Señor, del esfuerzo, del trabajo. . . Hasta que un día, hablando con uno de los niños, pude darme cuenta de que ocultaba algo extraño en el pecho bajo la camisa:

—*¿Qué es lo que llevas bajo la camisa?*

Pues bien, lo que llevaba el crío era una ramita de espinos. Me había oído hablar de la necesidad de parecerse al Señor, de compartir su Cruz y su Muerte, de la belleza del sacrificio. . . Eran niños muy pobres, habitantes de un barrio considerado entonces como altamente miserable; lo que era en realidad. Pero eran también extraordinariamente nobles, de corazón muy puro, rápidos en comprender y generosos en responder cuando se les hablaba de Jesús.

—*Quítate eso ahora mismo, chaval; y búscate otra clase de sacrificio*— le dije.

Recuerdo otra ocasión en la que llegué a la parroquia a una hora del día en la que no había culto. En aquellos tiempos las iglesias estaban abiertas para la entrada de los fieles durante todo el día. En la mía concretamente (que era lo normal

en casi todas partes), desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche, más o menos. En el caso al que me refiero, creo que llegué allí hacia el medio día, en un momento en el que la asistencia de los fieles era prácticamente nula. Pero mi sorpresa fue grande cuando observé a un niño que se había encaramado al altar y abrazado al sagrario. El altar principal era ancho y espacioso, como correspondía al templo de mayor tamaño de la ciudad que era San Andrés, después de la Iglesia Catedral.

—*Pero muchacho, ¿qué haces ahí?*— le grité entre sorprendido y enfadado.

—*Estoy hablando con Jesús. Y me ha parecido que éste era el sitio en el que podía estar más cerca de Él.*

—*Baja de ahí inmediatamente*— le dije, alzando la voz. *Si entra alguien en el templo va a pensar que estás loco. Y a mí me va a incluir en el paquete.*

Así son los niños. Al menos mientras no interviene el Sistema y los corrompe. ¿Quién ha dicho que los niños no son capaces de hacer oración. . . ? Recuerdo la discusión que mantuve con otro sacerdote joven, hace ya muchos años. Me preguntó si era cierto que yo estaba enseñando a los pequeños a hacer oración.

—*Por supuesto*— le contesté. —*¿Y por qué no?*

—*Pero es que los niños*— continuó mi amigo, sorprendido, *no son capaces de hacer oración.*

Pero en realidad, y para nuestra desgracia, son más capaces que nosotros los mayores. Si acaso no se han corrompido todavía, conservan un corazón más limpio, están más abiertos a la fe, no son víctimas de los prejuicios y tampoco son egoístas. En definitiva, están más y mejor preparados para llevar a cabo una verdadera intimidad con el Señor.

Hace ya demasiado tiempo que oí relatar una anécdota referente a la vida de Santa Teresa de Jesús. Si acaso es Historia o Leyenda, lo ignoro. Aunque, de todos modos, la narración es encantadoramente bella:

La Santa, mientras visitaba algunos de sus conventos, de rigurosa clausura. . . , con paréntesis importante que yo añado a propósito del caso: Pues la clausura, a diferencia de lo que ahora sucede, se cumplía con estricta seriedad. Y dicho lo cual, cerramos el paréntesis y continuamos con la narración:

Con enorme sorpresa, de pronto e inesperadamente, la Santa se encuentra —¡dentro de la clausura!— a un niño hermosísimo que la contemplaba fijamente.

—*¡Pero niño! . . .*—balbuceó Santa Teresa —*¿Qué haces aquí y, sobre todo, quién eres tú?*

—*Te lo diré*—dijo el niño —*si primero me dices quién eres tú.*

Y la Santa:

—*Yo soy Teresa de Jesús.*

A lo que el niño contestó, dando un santo y dejándose caer en los brazos de Santa Teresa:

—*Pues yo soy... ¡Jesús de Teresa!*

Las anécdotas que suelen contarse de la Santa de Ávila —leyenda o realidad, que no importa tanto— son tan bellas en cuanto que reflejan la poesía que fue su vida. Pues la *Monja Andariega* fue tal en realidad. Pero es, al mismo tiempo, la imagen de la *perfecta mujer*: inteligente, dinámica, emprendedora, valiente y fuerte, rebosante de fe, doctora en el sublime arte del verdadero Amor y, sobre todo, una *mujer*. No pretendió jamás emular al hombre para realizarse. Como un eco lejano de la que fue la Madre de Dios, le bastó simplemente con *ser ella*.

¿Qué es lo que pretendía Jesús poniéndose a discutir con los doctores de la Ley? ¿Dar testimonio de su divinidad...? ¿Tal vez deseaba dejarlos estupefactos...?

Es probable que allí no hubiera otra cosa, a mi entender, que el hecho de que al Niño le pareció que sería magnífico y divertido ponerse a discutir con aquella gente. Hacerles preguntas un tanto difíciles, responder a las de ellos con soltura y, en definitiva, llevar a cabo una travesura. Tened en cuenta que hacer travesuras es una condición propia del ejercicio de la naturalidad en los niños.

¿Acaso no es una travesura, y de las grandes, la de quedarse en el Templo sin que lo advirtieran sus padres, permitiendo

que emprendieran solos el camino de regreso con la caravana...? Y es que las travesuras ingenuas, carentes de malicia, son algo connatural en la vida de los niños.

Recuerdo otra de ellas cometida por mí mismo, en los tiempos de mi adolescencia. Incluso pudo haberme costado la vida, y fue así:

A pesar de que yo andaba bastante lejos de ser un niño modelo, a mi manera amaba al Señor. Confiaba en Él fuertemente y era firme mi creencia en el Ángel de la Guarda. Pues bien; mi hogar lindaba con las afueras del pueblo en el que vivía; y yo acababa de salir de casa, camino del mercado, adonde me había enviado mi madre a realizar algunas compras. Cuando caminaba calle arriba (había una pequeña pendiente en el lugar), bolsa en mano a cumplir lo que se me había ordenado, oí repentinamente un fuerte estrépito y gritos de la gente. Calle abajo corrían alocadas unas mulas desbocadas arrastrando un carromato de gran tamaño que daba tumbos, mientras el dueño seguía desde atrás, corriendo cuanto podía, y dando enormes voces. La gente huía despavorida y se refugiaba en el interior de las viviendas o en los portalones. Y fue entonces cuando se me ocurrió el disparate de colocarme en mitad de la calle, muy firme y bolsa en alto, con el fin de detener a las mulas. Recuerdo muy bien que puse toda mi confianza en el Señor y en mi Ángel Guardián, lo que hizo que me sintiera en gran seguridad. Algunos se asomaban

con precaución, desde las puertas de las casas, gritándome para que me apartara rápidamente; y estoy seguro de que hasta vosotros mismos pensaréis que estaba cometiendo una grave imprudencia (en lo que habrá que admitir que tenéis razón). De todos modos, cuando por fin llegaron las mulas arrastrando el carro hasta donde yo estaba con el brazo en alto, se detuvieron instantáneamente y se tranquilizaron. Entre la admiración de la gente, que ya comenzaba a salir de sus refugios.

Preciso es reconocer que estas travesuras, o imprudencias si las queréis llamar así, son propias de los niños. Lo cual se debe seguramente a que ellos no son egoístas ni calculadores. Tampoco tienen dudas de fe y, por si fuera poco, aman al Señor con generosidad; hasta el punto de que, a no dudarlo, si los mayores se lo permitieran, se lo entregarían todo al Señor. Lo peor del caso surge cuando empiezan a conocer nuestros egoísmos, nuestra tendencia al cálculo y el gusto por el aplazamiento en lo que a las cosas buenas se refiere. Por supuesto que no voy a pregonaros la falsedad de que es la sociedad la que hace malo al hombre, bueno en sí por naturaleza; aunque es evidente el alto grado de influencia de los adultos en la formación de los pequeños. Yo me limitaría a decir que la desgracia de los niños tiene mucho que ver con un momento preciso: aquél en el que empiezan a darse cuenta de lo poco y mal que los mayores sabemos amar.

Una cosa que se desprende con fuerza del texto evangélico de hoy es la importancia de las *virtudes pasivas*, así llamadas por algunos, aunque en realidad nada tienen que ver con la pasividad. En realidad suponen una gran entereza y un gran amor a Dios, además de una total docilidad a la Gracia que desciende de lo Alto. ¿Habéis pensado seriamente alguna vez que *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*? ¿Que vivió entre nosotros aproximadamente treinta y tres años, de los cuales solamente tres fueron los que dedicó a la llamada *vida pública*? Algo de lo que podemos estar seguros que jamás se nos habría ocurrido. Porque si el mismo Dios iba a vivir con nosotros un tiempo limitado y corto, convirtiéndose incluso en uno de nosotros, habríamos supuesto como cosa normal el aprovechamiento al máximo de su estancia. Sin embargo las cosas no ocurrieron así. Pues la mayor parte de ese tiempo estuvo dedicada a la llamada *vida oculta*. Como si el Señor hubiera querido vivir un buen período de tiempo dedicado a una pretendida preparación: a la obediencia, a la sujeción, a la inmolación. . . Dice el texto que, después de que sus padres lo encontraron en el Templo, bajó con ellos a Nazaret *y les estaba sujeto*. Así que el Señor de los Cielos y de la Tierra, Creador del Universo y fundamento de todas las cosas, se mantuvo sujeto a la obediencia de dos seres humanos durante treinta años, oculto y desconocido en un pueblo desconocido de una región olvidada y sometida. Adquiere conocimientos,

en cuanto hombre, de San José y de su Madre y acepta y admite ser formado por ellos... Ante todo esto, no queda sino admitir que la manera de pensar de Dios no coincide con la de los hombres, y que es bien cierto que *sus caminos no son nuestros caminos*.

Nosotros hubiéramos imaginado el plan —en la medida en que hubiéramos podido— de una manera bien distinta. Sin embargo Dios lo trazó bajo esta forma, tan extraña para nosotros: ocultamiento, obediencia, sumisión, trabajo, sacrificio... Efectivamente, sin los treinta años de vida oculta seguramente no habrían llegado los de la vida pública.

En cuanto a vosotros, antes de comenzar a cumplir vuestra misión necesitaréis unos años previos de formación. En los que el esfuerzo y el sacrificio han de intervenir como elementos esenciales. Vuestros criterios y vuestra forma de vivir, que siempre han de ser distintos y aun contrarios a los del mundo, no van a discurrir precisamente por la vía del confort, del dinero o de la fama. *Y les estaba sujeto*. El que no haya aprendido a obedecer, jamás será capaz de mandar. Y quien no se haya ejercitado en someterse y en renunciar a su propia vida, nunca podrá pretender hacer que los demás aprendan ese camino y se acerquen a Jesucristo.

Ése, y no otro, es el único *camino real*. El que Dios trazó para Sí mismo y dejó trazado para nosotros: ... *Ya sabéis el camino... Yo soy el camino*.

Otra importante lección contenida en el texto evangélico de hoy se refiere al amor a los padres y a las relaciones con la familia.

Según una regla que es fundamental en el amor, en aplicación estricta de una correcta jerarquía de valores, Dios es lo primero y el primero como objeto del amor. Algo frecuentemente olvidado y más aún en el mundo de hoy, en el que se suelen colocar otros valores delante y por encima del mismo Dios. Incluso a veces en referencia a cosas tan sagradas, justas y razonables —como las relaciones entre padres e hijos— capaces de oscurecer y hacer olvidar el Primer Mandamiento; o de dejarlo al menos en un segundo plano. Sin embargo las enseñanzas del Evangelio son, además de claras, absolutamente terminantes: *El que ame a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. . . El que ame a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí. . . Y los peores enemigos del hombre son los de su propia casa. . .*

—*¿Por qué me buscabais? ¿Acaso no sabéis que he de ocuparme de las cosas de mi Padre?*

Dios es lo primero de todo. En cuanto a la familia, pese a su fundamental importancia, tendrá que ser colocada en su lugar propio dentro de la jerarquía del amor, el cual nunca será el primero. Un lugar reservado en exclusiva, en todos los aspectos de la vida humana, a Dios y solamente a Dios.

Que el cristiano ha de contar en este orden de cosas, y también en otros, con la incomprensión de la propia familia,

es cosa normal y ya prevista. El texto escriturístico de hoy lo dice claramente: *Y sus padres no lo comprendieron*. Por lo que vuestra vocación y vuestro destino, bien claros y determinados por Dios, no siempre serán comprendidos por vuestros padres; pues no resulta fácil a la naturaleza humana desprenderse del amor a los hijos. Las enseñanzas de Jesucristo son claras: *Quien ame a su hijo o a su hija más que a mí...* Pero las tendencias hacia abajo de la naturaleza son bien fuertes, y no todos saben ser generosos en el amor. Algunos, por el contrario, son grandes de corazón y entregan valientemente sus hijos a Dios; si bien es verdad que raramente alcanzan a comprender por completo la situación.

Y seguramente no vale la pena esforzarse en hacer que la comprendan, pues es probable que ese sentimiento forme parte del plan de Dios y que incluso sea recompensado. Al fin y al cabo, entregar sin comprender, sólo por amor a quien lo pide, no deja de ser meritorio y es un verdadero acto amoroso. Recordad a San Pedro: *Señor, toda la noche hemos estado pescando y no hemos conseguido nada; mas porque Tú lo dices, echaremos de nuevo la red*. De hecho ni siquiera el mismo Jesucristo se esforzó en tratar de hacer comprender a los suyos, tanto en este episodio de su vida como en otros que luego tuvieron lugar en su vida pública.

Algo realmente bello en el texto de hoy es la afirmación de que el Niño *crecía* en edad, en sabiduría y en gracia delante

de Dios y de los hombres. Es la Humanidad del Señor en todo su esplendor. La cual, al igual que la nuestra, iba madurando hasta mostrarse en Él en su plenitud de auténtico Hombre.

El *angelismo* propio de la infancia es realmente seductor, aunque destinado a pasar por la prueba del trabajo y del sufrimiento para convertirse al fin en *santidad*. La cual, a su vez, no es otra cosa que la belleza de la infancia pero llegada, por fin, a su plenitud: *Cuando yo era niño hablaba como niño, sentía como niño y razonaba como niño. Pero cuando al fin me hice hombre, abandoné las cosas de niño*, les decía San Pablo a los Corintios en su Primera Carta. Pero tened cuidado, porque abandonar las cosas de niño no significa renunciar a la infancia, a saber: a todo lo que de bello y sublime tiene la infancia. En este sentido, decir que el Niño iba creciendo en edad, en sabiduría y en gracia ante Dios y ante los hombres, equivale a decir que se iba mostrando en Él, de manera inefable, todo aquello en lo que Dios había pensado, como el perfecto ideal, cuando decidió en su bondad crear al Hombre.

Índice General

HOMILÍAS

Proemio	7
Primer Domingo de Adviento	25
Segundo Domingo de Adviento	45
Tercer Domingo de Adviento	71
Vigilia de Navidad	89
Navidad	111
Domingo Dentro de la Octava de Navidad	133
Octava de Navidad	155
Epifanía	171
La Sagrada Familia	189